

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

"IN THE HALL OF MONTEZUMA"
MEXICO EN LA CONCIENCIA VIAJERA
ANGLOSAJONA EN LAS DECADAS
DEL 30 Y 40 DEL
SIGLO PASADO



U N A M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COORDINACION DE HISTORIA

TESIS
QUE PARA OBTENER EL GRADO
DE LICENCIADO EN HISTORIA
PRESENTA:
MA. BEGOÑA ARTETA GAMERDINGER

MEXICO, D.F.,

1984.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

INTRODUCCION	1
1 PANORAMA POLITICO: MEXICO INDEPENDIENTE HASTA 1845.	15
2 TEXAS: TERRITORIO EN DISPUTA.	23
3 IDEAS ANEXIONISTAS: "EL DESTINO MANIFIESTO"	30
4 CALIFORNIA: DE COSTA A COSTA.	53
5 MEXICO: REPUBLICA <u>SUI GENERIS</u>	67
6 IGLESIA: PAPISTA, HISPANICA E IDOLATRICA	89
7 EJERCITO: DEL LEVANTAMIENTO INTERNO A LA INVASION.	105
8 LOS MEXICANOS: PUEBLO POCO VIRTUOSO.	116
9 LA MUJER: EL <u>DOLCE FAR NIENTE</u> .	137
10 ARQUEOLOGIA: UNA BUSQUEDA DE AMERICANIDAD.	146
11 CONCLUSIONES.	155
12 APENDICE: GALERIA DE RETRATOS.	162
13 BIBLIOGRAFIA.	186

INTRODUCCION

En 1845, John L. Sullivan publicó en la Democratic Review un artículo sobre Texas en el que defendía y justificaba la desmembración sufrida por México en nombre del "destino manifiesto"¹.

El destino manifiesto, frase, acuñada por Sullivan y consagrada como línea política, resume la idea providencialista que convertía al pueblo norteamericano en el elegido para extender la llamada "área de la libertad", y en el caso de Texas servía para justificar el que un grupo social se estableciera en tierra no ocupada, organizara su gobierno por contrato social y, en un momento dado, solicitara su admisión a la Unión Norteamericana².

La idea providencialista en que se basa el manifest destiny proviene del proyecto expansionista inglés del siglo XVI y de su iglesia reformada, que utilizaron para atacar el proyecto español, también expansionista pero papista. En el Siglo XIX bajo la influencia de la Ilustración, los Estados Unidos secularizaron los argumentos religiosos de la época colonial para esgrimirlos a favor de su incipiente y pujante nacionalismo.

Esta concepción providencialista, que liga el principio religioso de salvación con el logro material y, por ende, la condena con la falta de progreso y adelanto, cristaliza en el llamada calling o doctrina vocacional, por medio de la cual, como asienta Ortega y Medina:

Se elimina el pesimismo predestinatorio mediante el sano resorte psicológico tan grato al hombre, de estimar su progreso, su éxito y su perfeccionamiento en el mundo como signos patentes de salud, de elección; lo cual proporcionará al hombre puritano una confianza ilimitada en sí mismo, origen de su complejo de superioridad protestante y nórdica. Por semejante, pero contraria razón, el mismo

2

hombre puritano considerará el retroceso, el fracaso y la imperfección como estigmas que evidencian la condena ³.

Este convencimiento de tipo individual del programa providencialista inglés del siglo XVI, pasó a formar parte de la conciencia colectiva norteamericana, ya que, como el mismo Ortega establece:

... el impulso religioso, idealista y codicioso, amén de agresivo-defensivo va a ser heredado en su totalidad por los norteamericanos, quienes llevarán las premisas teóricas y las prácticas absorbentes de la doctrina a sus más descaradas, crudas y extremas posibilidades ⁴.

Posibilidades en las que a México le toca desempeñar un papel no buscado, pero protagónico. La ocupación de las tierras entre el río Nueces y el Bravo por las fuerzas del general Taylor marcó el inicio de la guerra que tuvo como resultado final la anexión de los Estados del Norte de México a la Federación Norteamericana, mediante los tratados de Guadalupe Hidalgo, firmados en 1848.

La acción de Taylor provocó largos debates en el Congreso de Washington sobre la actitud y reclamos que deberían hacerse al gobierno de México, los que tenían como denominador común una clara posición anexionista, coincidente en lo fundamental, aunque divergente en aspectos tales como la extensión del territorio que sería aconsejable apropiarse una vez terminado el conflicto armado: si les convendría quedarse con todo o solamente con parte del mismo.

Para algunos, el ejemplo y las virtudes anglosajonas puritanas salvarían a México, a pesar suyo; para otros, anexionar un país con diferente raza, leyes, idioma y costumbres era un error del que podrían arrepentirse por lo que debería tomarse lo "justo" para engrandecer a Estados Unidos y ocupar únicamente las tierras que les ocasionaran menos problemas⁵.

Estas ideas formaban parte de la opinión norteamericana con anterioridad a la guerra misma, pero en la década de los años cuarenta del siglo pasado, la búsqueda de nuevas y mejores tierras se había convertido para muchos ciudadanos de ese país en "... una verdadera fiebre que empezaba a racionalizar su ambición"⁶.

Así, para justificar la obtención de territorios que no les pertenecían, los norteamericanos adaptaron a las nuevas exigencias burguesas los principios de la tradición calvinista puritana, que cristalizaron en el "destino manifiesto". Con base en éste, podían condenar a un país como el mexicano que, después de realizada su independencia, seguía dando pruebas de su falta de progreso, tanto material como político.

Educados en una idea mesiánica, cualquier ciudadano norteamericano podía lanzar sus dardos contra México, convencidos de las bondades y verdades, para ellos patentes, que ofrecía su cultura al contrastarla con la del mundo hispánico. Esta cultura se basaba en una teoría libertaria y democrática, de tipo regenerador, que hacía de los Estados Unidos el "pueblo elegido", y le permitía utilizar la idea de la tierra no cultivada o mal aprovechada y la carencia de principios democráticos y libertad republicana como argumentos que apoyaban su expansión a costa del territorio mexicano.

La falta de objetividad en muchos de los juicios sobre México, constituyen el eje central de una postura que tenía por objeto dar a conocer mundialmente la situación en que se encontraba dicho país, para patentizar, a la luz de los valores norteamerica

nos, las deficiencias que impedían agruparlo entre las naciones "civilizadas".

Estas ideas con un claro objetivo político, formaban parte de la opinión pública norteamericana, que consideraba indispensable los territorios del Norte de México para consolidar su expansión económica, como lo prueban los debates en el Congreso de Washington y el interés de la prensa norteamericana en el desarrollo del conflicto entre México y Texas.

Esta postura anexionista con todas sus variantes y las opiniones sobre México y sus habitantes se pueden establecer por medio de los documentos políticos y la prensa de la época de Estados Unidos, pero nos interesó, y es la base de este trabajo, detectarlas en ciudadanos de ese país y de Inglaterra; que radicaron en México en el siglo diecinueve, entre mediados de los años treinta y los primeros de la década siguiente, los años previos a la guerra México-norteamericana. Estos visitantes recogieron sus impresiones y opiniones en obras publicadas posteriormente en Estados Unidos e Inglaterra, las que con seguridad contribuyeron a afianzar las ideas expansionistas; de los libros estudiados, sólo dos están traducidos al español, el de la marquesa Calderón de la Barca, mucho más conocida y difundido que el de Brantz Mayer, diplomático norteamericano, cuya obra se reeditó tres veces en su país, entre 1844 y 1847.

De los ocho viajeros seleccionados, cinco son norteamericanos y tres ingleses, y todos comparten una misma herencia cultural y forman parte de una corriente de opinión en la que prevalece la supremacía ética-económica y la necesidad de velar por los intereses del pueblo norteamericano, el que desde su surgimiento como nación estaba convencido de su grandeza y destino histórico; así como también formaba parte de esa corriente la superioridad racial que llega al desprecio de las otras razas y el orgullo del progreso material, signo manifiesto del favor divino, propios de la ética calvinista.

Los viajeros anglosajones cuyas obras se seleccionaron para este estudio, aparecen disdibujados en el mismo, porque el interés no se cifra en ellos individualmente, sino en su quehacer literario como exponentes del pensamiento político y social que predominaba en la Norteamérica de esos años con respecto a México. Como testigos oculares, sus críticas a una sociedad política, religiosa e ideológicamente distinta a la suya se vuelven reiterativas y envuelven juicios que apoyan las justificaciones pseudolegales y morales que requerían los fines de anexión territorial, inclusive las que avalarían un enfrentamiento armado.

El destino manifiesto, como resumen de los ideales calvinistas, con el criterio siempre presente y nunca perdido de que la virtud debe prevalecer, lo expresan los viajeros anglosajones con distintos argumentos, diferentes matices y desigual grado de sutileza en la pretensión anexionista, pero está presente en todos, como lo estaba y sustentaba la misma opinión pública norteamericana.

Enseguida se presenta una semblanza breve de los viajeros anglosajones, siguiendo el orden cronológico de su llegada y estancia en el país, de la que se hace hincapié en los lugares que recorrieron, y también se citan las obras que escribieron, cuya referencia completa puede consultarse en la bibliografía.

Charles Joseph Latrobe, inglés, escribió su obra The Rambler in Mexico: MDCCCXXXIV, publicada en Londres en 1836. Entró al país por el puerto de Tampico, cruzó la Huasteca, hasta el estado de Hidalgo, donde visitó los minerales de Real del Monte, para trasladarse de ahí a la ciudad de México. Desde esta ciudad hace una serie de excursiones cortas a Chapultepec, Texcoco, Tlalnepantla, Cuernavaca, Xochicalco, Cuautla, Cholula y Puebla, de donde parte hacia Veracruz para embarcarse, pasando por Perote y Jalapa.

Permanece tres meses en México, lo que él mismo reconoce es poco tiempo para poder emitir una serie de juicios referentes al país y sus habitantes, pero los hace y bastante contundentes; Ahora, todas las críticas de Latrobe sobre la nación, sus habitantes y sus instituciones, parece olvidarlas ante la belleza del paisaje, especialmente el del Valle de México y la ciudad, a la que denomina: "Ciudad de los Palacios", surgida del barro, de las ruinas de Tenochtitlán.

De los autores estudiados es el único que visita México antes de que estallara la guerra con Texas, pero aun sin el trasfondo de este conflicto, asegura que no fue de ninguna manera favorable la impresión que recibió tanto de los habitantes como del sistema de gobierno de México.

Señora Calderón de la Barca, de soltera Frances Erskine Inglis, nació en Edimburgo, capital de Escocia, en 1806. Hacia 1830 emigra junto con su familia a los Estados Unidos y se estableció en la ciudad de Boston. Se casó en 1838 con don Angel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario de España en México, una vez reanudadas las relaciones diplomáticas con este país, después de reconocida su independencia.

Llega al puerto de Veracruz el 18 de diciembre de 1839 y permanece en México durante dos años y veintidós días. De su copiosa correspondencia familiar, la escritora escogió cincuenta y cuatro cartas para ser publicadas, en Boston y Londres en 1843, con el título de Life in Mexico during a Residence of two years in that country.

Desde el primer momento se muestra como una gran observadora, y en sus relatos llenos de ironía y sentido del humor deja constancia del acaecer cotidiano del México de aquellos años. En su obra se revela el cariño e interés que la nación y sus gentes van despertando en ella, sin que le pase desapercibida la posi-

bilidad de una intervención del país del Norte, dada la situación por la que atravesaba el mexicano.

En su libro relata algunos de los recorridos que hizo por el interior del país, los que inicia con su viaje de Veracruz a México y su visita a Santa Anna en Manga de Clavo, la hacienda que éste poseía cercana a Jalapa. Establecida su residencia en la ciudad de México, en diferentes oportunidades visita sus alrededores: Tacubaya, Chapultepec, San Agustín de las Cuevas (Tlalpan) y Tectihuacan, y llega hasta Tulancingo, Huasca, Real del Monte y Tepenacasco.

En otra ocasión hace un recorrido por "Tierra Caliente", el que comprende Cuernavaca, Miacatlán, grutas de Cacahuamilpa, Cocoyotla, Yautepec, Cocoyoc y Atlixco, para volver a la ciudad de México por Cholula, Puebla y Río Frío. También hace un viaje más largo a Michoacán, y pasa para ello por Toluca, la Hacienda de la Gavia, Angangueo, Tajimaroa, Queréndaro, Pátzcuaro, Uruapan, Jorullo, Saltos de la Tzaráracua y Morelia, de donde regresa a la capital, para partir pronto a Veracruz, en donde embarca con rumbo a Norteamérica.

Brantz Mayer, llegó a México el 12 de noviembre de 1841, en donde permanece hasta noviembre del año siguiente. Estuvo en el país en calidad de secretario de la Legación Norteamericana, puesto que desempeñó durante las gestiones diplomáticas de dos ministros plenipotenciarios Powhatan Ellis y Waddy Thompson. Precisamente al primero dedica su libro Mexico as it was on as it is.

Su obra fue publicada en 1844 y reeditada en 1846 y 1847. Contiene referencias generales sobre el clima, la población por departamento o provincia, la calidad y número de alfabetizados, la mortandad y otros temas similares. Además, comenta sobre la armada, el ejército, la producción minera y la acuñación de moneda; también se refiere al poder e influjo de la iglesia, a la política y sus perspectivas, así como al comercio, la industria,

y el periodismo. Hace continuas observaciones sobre las costumbres, el carácter, cualidades y defectos del mexicano sobre los tipos populares y fiestas religiosas, y dedica varios capítulos al México prehispánico y las zonas arqueológicas.

En cuanto a los viajes por el interior, además de describir las ciudades que tocó en su recorrido de Veracruz a la ciudad de México, visitó los alrededores de la misma: Villa de Guadalupe, San Agustín de las Cuevas, Los Remedios, Tacubaya y San Angel; también fue a Teotihuacán, Texcoco y Tetcotzingo e hizo una excursión de diez días por "Tierra Caliente": Cuernavaca, Temixco, Xochicalco, hacienda de Miacaltán, Cacahuamilpa, Cuautla y Ayotla.

De Mayer puede adelantarse que, al contrario de otros viajeros, no aparece como anexionista a ultranza, y él mismo en su prólogo advierte que no sólo hablara de los vicios, faltas, miserias y revoluciones de México y sus habitantes, sino también de las virtudes y méritos de su pueblo, el que de llegar a disfrutar de los beneficios de una civilización pacífica, alcanzaría una prosperidad incomparable.

George Wilkins Kendall participó en la expedición que promovió el general y presidente de Texas, Mirabeau B. Lamar, en 1841, que tenía como destino la ciudad de Santa Fe de Nuevo México y por objeto auspiciar y apoyar un movimiento independentista en ese territorio. Esta expedición fue un fracaso por las deplorables condiciones, el retraso y la división en pequeños grupos con que llegaron los expedicionarios a dicha ciudad.

El general Armijo, gobernador de Nuevo México, obtuvo una fácil victoria y entre los prisioneros se encontró Kendall, que en su obra, Narrative of the Texas Santa Fe Expedition, relata los incidentes de la expedición, desde sus preparativos hasta su prisión en el hospital de San Lázaro, en la ciudad de México, de

donde salió libre gracias a las gestiones diplomáticas, hechas por Waddy Thompson.

En su viaje desde Nuevo México, como prisionero, recorre El Paso, Chihuahua, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Guanajuato, Celaya, Salamanca y Querétaro; de la ciudad de México parte a Veracruz, pasando por Puebla, Perote y Jalapa, y se embarca a Estados Unidos.

Kendall era periodista y en Nueva Orleans utiliza su profesión como vehículo de su ferviente propagandismo anexionista, el que apoyaba incluso la necesidad u obligación que tenían los Estados Unidos de declarar la guerra a México.

Para 1856 su obra se había reeditado ya en siete ocasiones, y en el apéndice a la última edición afirma que su mayor felicidad fue ver ondear la bandera norteamericana en el Palacio Nacional, ya que volvió a México durante la invasión de 1847.

Waddy Thompson, abogado y político norteamericano, nació en 1798 en Pickensville, Carolina del Norte. Desembarcó en el Puerto de Veracruz el 10 de abril de 1842 y residió en México hasta 1844, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del gobierno norteamericano, sustituyendo en dicho cargo a Powhatan Ellis.

Presentó sus cartas credenciales el 21 de abril de 1842 y desde ese momento abocó su tarea a la solución de tres problemas principales: las reclamaciones económicas norteamericanas sobre México, las tirantes relaciones entre este país y Texas, y la libertad de unos trescientos prisioneros, muchos de ellos ciudadanos de los Estados Unidos, capturados durante la expedición texana a Santa Fe.

Como el mismo Thompson dice, escribió sus memorias, a petición de sus amigos, las que fueron publicadas en Nueva York y Londres,

en 1846, con el título Recollections of Mexico. En su obra describe el Puerto de Veracruz, San Juan de Ulúa, Jalapa, Perote, Puebla, Cholula y la ciudad de México. Incluye referencias generales al clima, productos naturales y vegetales, minería, deuda pública, comunicaciones, ejército, población, comercio e iglesia.

En el prólogo de su libro hace hincapié en la necesidad de dar a conocer al mundo la forma en que se practica el catolicismo en México, al que encuentra fanático y reducido a una absurda, ridícula y venal superstición, y, al igual que otros autores, describe a los políticos y a la gente del pueblo, y se refiere a sus calles, casas, diversiones y costumbres; además se extiende en el problema texano y destaca la importancia que tiene California en la política norteamericana.

Albert Guillian, había sido comisionado por el presidente Tyler como cónsul en el puerto de San Francisco, pero no pudo llegar a su destino debido al agravamiento de los problemas entre México y los Estados Unidos y a la orden de expulsión de los norteamericanos de dicho territorio, decretada por el gobierno mexicano. Guillian era originario de Virginia, desde donde se dirigió a Nueva Orleans, para embarcar a Veracruz, puerto al que llega en 1843, para seguir la ruta acostumbrada hasta la ciudad de México.

Escribe el libro Travels in México, during the years 1843-44 a petición de sus amigos y por creer que puede interesar a los lectores norteamericanos conocer las impresiones recogidas en un viaje de tantas millas. En su libro, Guillian deja constancia de su largo recorrido, de la ciudad de México salió con rumbo al norte y pasó por San Juan del Río, Querétaro, Guanajuato, Silao, Lagos, Aguascalientes, Zacatecas, Fresnillo, Sombrerete, Durango, Guatemepec y Canales, de donde va a Mazatlán, por lo que recorre Tamazula y Culiacán. Vuelve a Canales y de ahí

atraviesa hasta Tampico, pasando por Matehuala, para embarcarse en dicho puerto con rumbo a Estados Unidos.

Desde el prefacio de su libro, Guillian manifiesta su sentir con respecto al atraso e ignorancia que encuentra en México y al gran orgullo que le produce pertenecer al pueblo de la libertad y democracia, como él llama a los Estados Unidos. Furibundo anexionista, su obra es devastadora en cuanto a sus opiniones sobre México y los mexicanos y por el tono violento que emplea para pedir se imponga a ese país el castigo que merecía.

Benjamin Norman, explorador y arqueólogo norteamericano, llegó a Tampico y realizó un recorrido por el Río Pánuco en busca de antigüedades mexicanas y del origen de las razas y su civilización, lo que le da pie para escribir su libro, publicado en 1845 con el título: Rambles by land and water or notes of travel in Cuba and Mexico; including a canoe voyage up the river Panuco, and researches among the ruins of Tamaulipas, etc.

Norman ya había visitado nuestro país anteriormente, en calidad de arqueólogo, y escrito su obra Rambles in Yucatan, después de una estancia de cuatro meses en este lugar.

Aunque su interés principal radica en lo propuesto por el título de su obra, no escapa a su comentario la situación política y económica del país, el carácter y la condición de sus habitantes, así como tampoco deja de manifestar su posición a favor del anexionismo, ya que es partidario de la idea de apropiarse de todo el territorio que se considerara necesario en ese momento.

George F. Ruxton, inglés, fue miembro de la Real Sociedad Geográfica y la Sociedad Etnológica. Se embargó en South Hampton el 2 de julio de 1846 con rumbo al puerto de Veracruz, desde donde se dirigió a la ciudad de México. De esta ciudad describe su aspecto y principales construcciones y se refiere a la condición social y moral de sus habitantes, temas que repite en

todas las poblaciones que visita.

Desde la ciudad de México viajó al Norte y cruzó todo el país: Querétaro, Celaya, Silao, Lagos, Aguascalientes, Zacatecas, Fresnillo y Durango, ciudad ésta a la que considera la última de la parte civilizada de México. A partir de ella, hacia el norte, dice que no existe más que una vasta tierra sin cultivar, casi deshabitada, atacada constantemente por apaches y, peor aún, por comanches. Cruza Mapimí, pasando por ranchos y pequeñas poblaciones, y recorre Chihuahua, El Paso, Socorro, San Antonio, Albuquerque, Santa Fe, Río Colorado y Arkansas, llega a San Louis Missouri, el río Illinois, Chicago y Nueva York, de donde parte para Liverpool, puerto en el que desembarca a mediados de agosto de 1847.

De este enorme recorrido escribe Advertures in Mexico and the Rocky Mountains, publicado en Londres en 1847. Durante su estancia en México estalló la guerra con Estados Unidos, y en su relato deja constancia de sus ideas con respecto a este conflicto, así como su sentir y el disgusto que le causa todo lo mexicano.

Con excepción de la marquesa Calderón de la Barca, que se limita a prevenir sobre la pujanza de los Estados Unidos, los autores estudiados se acercan a México, sus instituciones, su pueblo y la situación por la que atravesaba desde su independencia hasta los años cuarenta del siglo pasado, sin un juicio objetivo y sin buscar tampoco en las raíces históricas una explicación que les permitiera comprender las diferencias evidentes entre dos culturas y dos formas de entender la vida.

En general, utilizan la comparación para juzgar, acusar, condenar y, más aún, proponer soluciones desde la óptica de quien se siente tan manifiestamente superior, que puede prescindir de la opinión, el sentir y la voluntad del objeto de salvación, e incluso

forzarla, si es el caso, siempre a favor de sus propios intereses.

Para dar estructura a las diversas y abundantes opiniones de los ocho viajeros, este trabajo se dividió en diez capítulos, un apartado con las conclusiones y una galería de retratos, que como apéndice, presenta la descripción que éstos hacen de los principales personajes mexicanos de la época. Los dos primeros capítulos esbozan la situación y los cambios políticos operados en México de 1822 a 1845, y la que prevalecía con respecto al conflicto texano. El tercero, sobre el destino manifiesto, presenta las distintas posiciones anexionistas y el auge que tuvieron ante la inminente incorporación de Texas, y el siguiente recoge los argumentos que avalaban la incorporación de Nuevo México y la Alta California a la Federación Norteamericana.

Los seis capítulos restantes consignarán las opiniones vertidas por los viajeros sobre la república, la iglesia, el ejército, el pueblo mexicano y su arqueología, y son los que evidencian con claridad la técnica de comparación empleada a favor de su propia ideología e intereses.

NOTAS

- 1 Juan A. Ortega y Medina (1972), p. 153. (Véanse las referencias bibliográficas completas de todos los capítulos al final del texto).
- 2 Josefina Vázquez y Lorenzo Mayer (1982), p. 39.
- 3 Juan A. Ortega y Medina, op. cit., p. 72
- 4 Ibidem., p. 106.
- 5 Véase Josefina Vázquez de Knauth (1973), pp. 71-93.
- 6 Ibidem., p. 70

1. PANORAMA POLITICO DEL MEXICO INDEPENDIENTE HASTA 1845

Una vez consumada su independencia, las dificultades políticas y económicas internas por las que atravesó México facilitaron el intento de las potencias europeas y la norteamericana por agrandar sus áreas de influencia, con los consiguientes beneficios que esto podría suponerles.

Si durante los primeros años de México como nación independiente, las potencias aludidas, iniciaron gestiones diplomáticas con gran optimismo por ambas partes, éstas se fueron deteriorando con el tiempo, hasta el punto de que no escasearon los enfrentamientos armados en un período relativamente corto, los que se vieron favorecidos por la inestabilidad interna de que daba muestra el país.

Los cambios políticos que se resumen en este capítulo abarcan hasta 1845, porque se trata sólo de dar una panorámica de la situación tan inestable por la que atravesaba México, que tiene como trasfondo la independencia y anexión de Texas, a la que ineludiblemente se refieren los viajeros anglosajones aquí estudiados, que radicaron y recorrieron el país entre 1830 y los primeros años de 1840. Los viajeros esgrimen la idea de un país incapaz de gobernarse a sí mismo como una de las acusaciones más empecinadas para justificar la anexión de sus territorios, a una nación que, al proclamar como sagrados los derechos de libertad constitucionales, hacía de su realización un deber, e inclusive parte de su "destino manifiesto", para el que no existían fronteras.

Después del corto imperio de Iturbide, 1822-1823, México promulgó al año siguiente su primera constitución, con la cual adopta el sistema de gobierno "republicano, representativo, popular y federal", y se nombra a Guadalupe Victoria y Nicolás Bravo como primer presidente y vicepresidente de la República.

Hasta entonces, los grupos políticos no tenían verdadera existencia y las diferencias ideológicas eran más bien de matices. Al ocupar Victoria la presidencia el único grupo político organizado era el de los masones escoceses; pero al establecerse el régimen federal y con la influencia del Ministro Poinsett se funda la logia de York, en 1825. El establecimiento de dos facciones políticas significó el inicio del deterioro del funcionamiento gubernamental.

En 1827, con el primer decreto de expulsión de españoles, Nicolas Bravo se pronuncia contra el gobierno, mediante un movimiento encabezado por el coronel Manuel Montaña, al que Victoria logró sofocar con la intervención de Vicente Guerrero, que derrota y hace prisionero a Bravo, el que posteriormente es juzgado y condenado al exilio. Con estos hechos termina la presidencia de Victoria. La logia escocesa había sido vencida y se iniciaba la división entre los yorkinos.

A las segundas elecciones presidenciales se presentaron dos candidatos yorkinos: el general Vicente Guerrero, postulado por el sector popular y el general Manuel Gómez Pedraza, favorito de los yorkinos elitistas y de algunos escoceses. El 1º de septiembre de 1828 Gómez Pedraza es declarado presidente y el 3 de diciembre del mismo año renuncia y abandona el país, convencido de la falta de apoyo que tenía para hacer frente a los levantamientos de guerreristas descontentos por su nombramiento; entre otros, el de Santa Anna, sin éxito, en Jalapa y el de Lorenzo de Zavala y el general José María Lobato en la ciudad de México, que apoyados por artesanos y plebe tomaron el edificio de la Acordada.

El Congreso se reunió el 9 de enero de 1829, declaró nulos los votos a favor de Gómez Pedraza, porque no habían expresado la voluntad popular, y nombró a Vicente Guerrero presidente y vicepresidente a Anastasio Bustamante; gobierno que estuvo en el poder del 1º de abril al 18 de diciembre de 1829.

La situación financiera del país era caótica, y al decretar el Congreso la segunda expulsión de españoles, el 6 de julio de 1829 partieron de Cuba con rumbo a México, tres mil hispanos al mando del brigadier Isidro Barradas en lo que se calificó como una acción de reconquista. Una tempestad obligó a la expedición a refugiarse en Nueva Orleans, por lo que desembarcó en Tampico hasta el 24 de julio. Los generales Santa Anna y Mier y Terán fueron a enfrentarse con el enemigo, mientras las fuerzas del gobierno quedaban acantonadas en Jalapa al mando de Bustamante. Barradas se vio obligado a capitular.

Las críticas de la prensa a Guerrero eran inclementes y el descontento hacia su gobierno crecía. En noviembre estalló en Campeche un movimiento que pedía la república centralista, el que al ser secundado por Bustamante al mando de las tropas del gobierno, obligó a Guerrero a refugiarse en su hacienda de las montañas.

Anastasio Bustamante se hizo cargo de la presidencia el 1° de enero de 1830, con personas tan disímolas en su gabinete como Lucas Alamán, conservador, y Valentín Gómez, reformista y anticlerical. Se inició un período de persecuciones contra individuos considerados peligrosos, que terminaban con frecuencia en cárcel, destierro o fusilamiento. Vicente Guerrero, mientras tanto, se había unido al movimiento del general Alvarez, pero ambos fueron vencidos en Chilpancingo en enero de 1831.

Alvarez se internó en las montañas y Guerrero se fue a Acapulco. En este puerto entabló amistad con el capitán italiano Francisco Picaluga, que le traicionó e hizo prisionero en el bergantín "Colombo", para entregarlo a las autoridades en Huatulco, Oaxaca. Vicente Guerrero fue juzgado por un consejo de guerra en Cuilapa, que lo condenó a muerte. Terminaba así la resistencia en el sur y con ello se restableció el orden en toda la república.

La situación económica y por ende la Hacienda Pública fueron las preocupaciones prioritarias de la administración de Bustamante. Alamán, ministro de Hacienda, buscó el modo de reavivar la agricultura e industrializar al país, como lo prueba el que en 1830 se presentara al Congreso un proyecto que proponía el establecimiento de un Banco de Avío para Fomento de la Industria Nacional.

En 1829, el general Mier y Terán partió a Texas con el encargo de realizar un estudio sobre las condiciones que guardaban esos territorios. El informe que envió era alarmante y él aconsejaba aumentar el número de colonos mexicanos y el establecimiento de aduanas.

En abril de 1830, el Congreso aprobó una nueva Ley de Colonización que prohibía la entrada de más norteamericanos a Texas y que señalaba la dependencia de este territorio de la Federación para los asuntos de colonización.

En enero de 1832 se iniciaron nuevos levantamientos en el puerto de Veracruz a los que se invitó a participar a Santa Anna. El alzamiento, que parecía condenado al fracaso, se fortaleció con los que se produjeron en Zacatecas y Jalisco, que pedían se restaurara a Gómez Pedraza como legítimo presidente. Santa Anna, que había desconocido a este último años antes, se adhirió a la petición.

Bustamante, al frente de sus tropas, se dirigió al norte a combatir a los rebeldes. Durango y Texas también se habían pronunciado en su contra. El presidente aún en funciones obtuvo una victoria importante, pero al abandonarlo varios de sus jefes, decidió llegar a un armisticio.

El 23 de diciembre de 1832 se firmaron los Convenios de Zavala, que reconocían a Gómez Pedraza como presidente legítimo hasta abril de 1833. El general Gómez Pedraza, se limitó a

19
concluir el período para el que había sido elegido en 1828. El 1º de abril de 1833, Antonio López de Santa Anna y Valentín - Gómez Farías fueron nombrados respectivamente presidente y vicepresidente de la República Mexicana.

Al retirarse Santa Anna a su hacienda de Manga de Clavo, cerca a Jalapa, sube al poder el grupo de reformistas, entre los que se contaban Gómez Farías, Francisco García y José Ma. Luis Mora, que formaron lo que ellos mismos llamaron el Partido del Progreso, dedicado febrilmente a desarrollar una doble reforma eclesiástica y militar.

La reforma religiosa comprendía cuatro puntos: el patronato, - las órdenes religiosas, la instrucción y los bienes eclesiásticos. Con respecto al primero, se atribuía al Estado el derecho de ejercer el patronato de la iglesia; en el segundo, se - suprimía la coacción civil para el cumplimiento de los votos - monásticos.

En cuanto a la instrucción, la reforma suprimió la Universidad y el Colegio Mayor de Santa María de todos Santos y se estableció la formación de un Directorio de Instrucción Pública, encargado de organizar la enseñanza laica. El cuarto punto comprendía la secularización e incautación de los fondos de las - misiones de California y Filipinas. La reforma militar tendía a debilitar al ejército y a formar milicias cívicas.

La resistencia a las reformas enunciadas no se hizo esperar y los más diversos intereses empezaron a unirse contra el gobierno. Se pidió a Santa Anna que volviera a ocupar la presidencia, y al aceptarla, la ruptura con Gómez Farías fue inevitable. Este se retiró a Zacatecas, desde donde pidió un pasaporte para autoexiliarse al saber que se pedía su expulsión del país. Las leyes de esta primera reforma fueron derogadas.

Hacia fines de 1834, se hablaba abiertamente del fracaso del -

federalismo y hubo levantamientos en varios Estados. Santa Anna, obtuvo una victoria en Zacatecas al mando de las tropas del gobierno, pero a su regreso a la ciudad de México el movimiento a favor del centralismo se había generalizado.

El Congreso Constituyente se reunió y expidió la base preparatoria de una futura constitución centralista, que daba el nombre de Departamentos a los Estados. Después de muchas discusiones y consultas públicas se promulgó, a fines de 1836, la nueva Constitución Centralista, conocida como las Siete Leyes.

Mientras tanto, el centralismo servía de pretexto a los texanos para independizarse. Santa Anna, que había partido hacia allá en defensa de la República, dejando como presidente interino a José Justo Corro, obtuvo algunos éxitos, pero fue derrotado y hecho prisionero, y regresó al país en 1837. En abril de ese mismo año, asumió el poder el general Anastasio Bustamante, electo conforme a lo dictado por la constitución centralista recién establecida.

Los pronunciamientos federalistas no cesaron desde que fue promulgada la Constitución, situación difícil para el gobierno, que se vio agravada por las reclamaciones que Francia le hacía en nombre de sus súbditos radicados en el país, por las pérdidas que sufrieron durante los movimientos revolucionarios. Desde Veracruz, con diez barcos de guerra, el representante francés, barón Desffaudis, apoyaba las reclamaciones de su gobierno. Todos los puertos del golfo quedaron bloqueados.

En octubre de 1838 llegó el contralmirante francés Carlos Baudin, quien se reunió en Jalapa con el ministro de Relaciones de México, don Luis G. Cuevas, para celebrar negociaciones. Al no aceptar el gobierno de México las demandas de Baudin, la tropa francesa abrió fuego sobre la fortaleza de San Juan de Ulúa y la ciudad de Veracruz, hasta conseguir su capitulación. La guerra quedaba declarada.

Una vez más Santa Anna estuvo al frente de las tropas y combatió a los franceses en Veracruz, batalla en que resultó herido de una pierna, que le fue amputada más tarde. A principios de 1839 nuevas negociaciones permitieron la firma de un tratado, por el que México se comprometía a pagar a Francia seiscientos mil pesos.

Anastasio Bustamante pudo hacer frente en 1840 a un levantamiento en la ciudad de México encabezado por el general José Urrea y Valentín Gómez Farías, al que siguieron otros hasta llegar al que, en agosto de 1841, dirigió Santa Anna para desconocer las Siete Leyes. Después de resistir durante cuatro años, Bustamante se vio obligado a pactar con sus oponentes, y el 28 de septiembre de 1841 firmó las Bases de Tacubaya que desconocían los poderes supremos y convocaban a un nuevo congreso constituyente.

Al renunciar Bustamante se designó presidente a Santa Anna, quien tomó posesión del poder en octubre de 1841 y convocó en seguida elecciones para un congreso constituyente. Instalado éste en junio de 1842 y formado en su mayoría por federalistas, formuló un proyecto de constitución de tendencias liberales. En octubre, ante la violencia que desató dicho proyecto, Santa Anna se retiró a Manga de Clavo, dejando como presidente interino a Nicolás Bravo.

Bravo tuvo que hacer frente a la toma de la Ciudadela por el general Valencia y aceptar la disolución del Congreso. El que convocó en seguida, con el nombre de Junta Nacional Legislativa, elaboró la constitución denominada "Bases Orgánicas, vigente de 1843 a 1846, período en el que gobernaron al país tres presidentes electos, además de sus interinos. En julio de 1843, el gobierno mexicano decretó la expulsión de todos los estadounidenses de California, Sonora, Sinaloa y Chihuahua.

Santa Anna fue electo presidente constitucional en 1843, cargo que no juró hasta el 4 de junio de 1844, por estar enfermo y retirado en su hacienda, y que ocupó interinamente Valentín Canalizo. La inestabilidad crecía y la guerra con Estados Unidos parecía inevitable: la anexión de Texas a ese país era un hecho.

Santa Anna se dirigió a Guadalajara, que se había pronunciado en contra suya, iniciando una rebelión que cundió con rapidez, mientras un golpe de estado en la capital destituyó al interino Canalizo e impuso como presidente a José Joaquín Herrera.

Herrera se esforzó en evitar la guerra con Estados Unidos, -- consciente de los escasos recursos del país para sostenerla. -- Creía conveniente reconocer la independencia de Texas si esto evitaba su anexión al país del norte, pero tuvo que abandonar la presidencia, al ser proclamado el plan de San Luis, que declaraba cesantes los poderes legislativo y ejecutivo. Este plan fue acaudillado por el general Paredes y Arrillaga, que se había acantonado en San Luis Potosí con las tropas que iban a reforzar la defensa del Norte.

Paredes ocupó la capital y fue nombrado presidente. A pesar de haberse iniciado la guerra con Estados Unidos hubo pronunciamientos en contra de su gobierno en México, Puebla y Oaxaca. En Guadalajara, los federalistas encabezados por Gómez Farías, reconociendo su debilidad, recurrieron a Santa Anna para que volviera a la presidencia. En Agosto de 1846 desembarcó éste en Veracruz y en septiembre entró en la capital. Con el restablecimiento de la constitución de 1824 fue nombrado una vez más presidente y Gómez Farías Vicepresidente.

2. TEXAS: TERRITORIO EN DISPUTA

Durante el período que comprende este estudio, el problema de Texas estaba en plena efervescencia. Ningún gobierno mexicano estuvo dispuesto a ceder las tierras que consideraban parte del territorio heredado de sus antepasados, pero ninguno pudo evitar, tampoco, la independencia de ese territorio primero y su posterior anexión a los Estados Unidos, con las consecuentes reclamaciones fronterizas; hechos que actuaron como punta de lanza de los propósitos expansionistas norteamericanos y marcaron el inicio de las hostilidades entre México y dicho país.

El interés de los Estados Unidos por Texas se había iniciado abiertamente a principios del siglo XIX. El dinamismo social de los norteamericanos, caracterizado por el auge económico, los llevó a buscar nuevas tierras para establecerse. Los emigrantes europeos que llegaban al Nuevo Mundo con la idea de obtener un pedazo de terreno que les diera seguridad y la posibilidad de mejorar económicamente, no podían desaprovechar la oportunidad de extenderse a territorios poco explotados, en donde "el trabajo y el esfuerzo serían los fundamentos de la sociedad".¹

Por otro lado, la revolución industrial había engrandecido la industria textil y el mercado del algodón. Cultivo al que se habían dedicado los estados del sur de Estados Unidos, con excelentes ganancias por la elevación del precio, y que hacía de este "auge algodonoero" un buen pretexto para ambicionar nuevas tierras: la Luisiana y Texas para empezar.

El desarrollo económico que en pocos años obtuvieron las colonias inglesas independientes y lo que ellos consideraban "un gobierno perfecto" les permitieron justificar su expansionismo: su deber era "extender el área de la libertad"², es decir,

reproducir sus instituciones.

A pesar de que España, desde fines del siglo XVIII había tratado de poblar Texas y establecer presidios en dicho territorio, a principios del siglo siguiente las tierras del norte de la Nueva España continuaban prácticamente deshabitadas. La venta de Luisiana en 1804 aumentó el temor del gobierno español, ya que el norteamericano empezó a reclamarle descaradamente Texas como parte de la misma, sin importarle que la frontera estuviera más o menos bien definida, ni el que Texas hubiera sido siempre tierra española.

Ante la ambición norteamericana, el gobierno español no tuvo más que aceptar la venta de las Floridas en 1819, a cambio del establecimiento de una frontera bien definida. La firma del tratado Adams-Onís, terminaba con la reclamación norteamericana sobre Texas como parte de la Luisiana.

Moisés Austin, como exsúbdito español, solicitó permiso para establecerse en Texas con algunas familias; permiso que se le concedió en 1821 y que, al morir aquél, fue aprovechado por su hijo Esteban. En la concesión inicial se "autorizaba el establecimiento de 300 familias a las que se otorgaban 640 acres* por jefe de familia; 320 a la esposa, 100 por cada hijo y 89 por cada esclavo. Asimismo, se les concedía exención de impuestos por siete años, y permiso para importar libremente cuanto les fuere menester"³.

Con la declaración de independencia de la Nueva España el gobierno del Imperio ratificó, el permiso aunque condicionaba la colonización de extranjeros a que éstos fueran católicos y a que no se establecieran en las costas ni cerca de las fronteras.

* Acre = .4047 de hectárea

Con la caída de Iturbide, el gobierno de la República Federal cedió la facultad de colonización a las autoridades de los estados de Coahuila y Texas, lo que dio lugar a que se multiplicaran las concesiones de tierras sin que se tomara ninguna precaución. "Miles de norteamericanos que no podían pagar las cuotas que el gobierno de los Estados Unidos cobraba por la tierra vieron en Texas la gran oportunidad, junto con ellos se desplazaron también aventureros, prófugos de la justicia y hombres sin oficio ni beneficio, que acabaron por crear un ambiente de corrupción"⁴.

Las restricciones mínimas que el gobierno de México impuso a Texas se violaron o evadieron desde un principio. Los texanos lograron una serie de prerrogativas, entre ellas, la que eximió a los colonos establecidos de la ley aprobada por Guerrero en 1829, que abolía la esclavitud, ante el escándalo que en dicho territorio causara la misma, y que se redujo a prohibir solamente la entrada de nuevos esclavos al territorio de Texas.

Este estado de cosas no dejaba de preocupar a muchos mexicanos, alarma que aumento cuando los dos primeros ministros de Norteamérica en el país, Poinsett y Butler, expresaron el deseo de su gobierno de comprar Texas, y que se agudizó a fines de la década de 1830, al saberse en México que la prensa de los Estados Unidos hablaba abiertamente de que Texas sería adquirido en breve. Ante esto, Guerrero envió a Manuel Mier y Terán a estudiar la situación en que se encontraba dicho territorio, el que rindió un informe realmente desalentador: la población norteamericana era aplastante, por lo que predominaba la lengua inglesa, la religión protestante y las costumbres anglosajonas; además -aseguraba en dicho informe- Estados Unidos se estaba preparando para invadir el territorio texano⁵.

Ante el informe de Mier y Terán, Lucas Alamán promovió una nueva ley de colonización, que hacía depender a Texas de la Fed-

ración para todo lo relacionado con dichos asuntos; se aumentó el número de aduanas, y se redoblaron los esfuerzos tendientes a conseguir que más mexicanos se establecieran como colonos en Texas, a la vez que se prohibía la entrada a los norteamericanos.

Las medidas adoptadas disgustaron a los colonos estadounidenses y las quejas no se hicieron esperar. Austin escribió a Mier y Terán para reclamarle sobre la prohibición de entrada a los norteamericanos, y a pesar de que en la contestación se le aseguraba que se respetarían los compromisos contraídos con anterioridad, máxime en una colonia legal como la suya, la inquietud de los texanos aumentó ante el temor de perder sus prerrogativas. El movimiento rebelde texano se inicia burlando las aduanas recientemente establecidas.

Los colonos texanos se unieron al movimiento rebelde que en 1832 derrocó al gobierno de Bustamante, lo que representó el fin de las medidas promovidas por Alamán y Mier y Terán. En octubre de ese mismo año, se celebró una convención de colonos texanos en San Felipe, de la que quedaron excluidos los mexicanos, situación que no vuelve a ocurrir por la influencia que ejerció Austin para que fueran tenidos en cuenta.

Si la primera convención sirvió para hacer peticiones al gobierno mexicano, la que se celebró al año siguiente, presidida por Samuel Houston, líder de un grupo de norteamericanos, tuvo ya claros objetivos anexionistas, que planteaban como primera etapa la formación de Texas como estado independiente. Austin, enviado a México para presentar las demandas, logra que se derogue la ley que prohibía la entrada a Texas a los colonos norteamericanos, pero no que se acepte su independencia.

Las hostilidades entre Texas y el gobierno mexicano se agravan; en noviembre de 1835 la Convención de San Felipe proclamó la -

independencia de Texas, basándose en la falta de vigencia de la constitución federalista de 1824. Austin dirigió las operaciones militares y se adueñó de las principales guarniciones hasta la caída de Béjar. El 2 de marzo de 1836, se declaró la independencia de Texas, y se eligió como presidente a David L. Burnet y a Lorenzo de Zavala como vicepresidente.

Al llegar las noticias a México, Antonio López de Santa Anna, quien se encontraba en Manga de Clavo, decidió salir a sofocar la insurrección en condiciones muy poco favorables: el país se encontraba en bancarrota, por lo que se tuvieron que conseguir préstamos y el ejército se reclutó por medio de la leva de hombres inexpertos, a los que esperaba una larga jornada hasta llegar a Texas.

En un principio, el ejército mexicano logró ocupar las principales plazas de Texas. Santa Anna se apoderó de la fortaleza de el Alamo, pero en abril de 1836 fue cogido por sorpresa en San Jacinto y hecho prisionero cuando intentaba escapar. Se le condujo a Galveston en donde fue obligado a firmar los tratados de Velasco, el 14 de mayo de 1836.

Durante los primeros meses, el gobierno norteamericano se declaró "neutral", pero ante la imposibilidad de México para reorganizar un ejército que defendiera el territorio texano, reconoció la independencia del mismo en 1837. A pesar del apoyo que el presidente Andrew Jackson prestó abiertamente a la independencia de Texas, por medio de Samuel Houston, la actitud oficial del gobierno norteamericano fue cauta hasta principios de 1840. A partir de esa fecha, la idea expansionista cobra fuerza y empieza por reclamar Oregon y Texas.

El presidente Tyler, claro partidario de la anexión de Texas, la propone el Senado, pero éste la rechaza, lo que no fue obstáculo para que se aprobara el 10. de marzo de 1845, por una

"resolución conjunta" de las dos cámaras del Congreso. En junio de ese mismo año, Texas votaba a favor de su anexión a los Estados Unidos, y lo que sigue es ya sabido: la guerra contra Estados Unidos y la pérdida de tres cuartas partes del territorio nacional.

NOTAS

- 1 Josefina Z. Vázquez (1978), p. 1832.
- 2 Loc. cit.
- 3 Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Mayer (1982), p. 32.
- 4 Josefina Z. Vázquez (1978) p. 1835.
- 5 Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Mayer (1982), p. 1836.

3. IDEAS ANEXIONISTAS: "EL DESTINO MANIFIESTO"

Una vez independizadas de Inglaterra, las colonias que formaron los Estados Unidos de Norteamérica se abocaron a la tarea de extender su territorio, plenamente convencidas de su derecho, como nación, a poseer más tierras, al que daban sustento las ideas calvinistas de la predestinación, según las cuales, las merecían dado los avances y el progreso que habían logrado en unos cuantos años de libertad.

Los círculos políticos y diplomáticos son los primeros en dar vida a las ideas expansionistas al conseguir, por medio de una serie de negociaciones, los primeros territorios de los que se apropiaron: la Luisiana, vendida por Napoleón en 1804, y posteriormente, La Florida, la que España se vio forzada a vender en 1819. La adquisición de Luisiana dio origen a muchos problemas, porque en el acta de cesión no quedaron especificadas sus fronteras y los norteamericanos aprovecharon la omisión para reclamar Texas como parte de ese territorio.¹

Durante los últimos años de la guerra de independencia mexicana, los norteamericanos impulsaron el Plan de Esteban Austin para colonizar Texas, como un primer paso para asegurar su posterior anexión. Conseguida la independencia, Poinsett propone al primer gobierno republicano de México la construcción conjunta de un camino comercial de Missouri a Santa Fe, capital de Nuevo México, así como la compra de Texas. A partir de esta primera propuesta, las negociaciones diplomáticas no cesan, a pesar de las negativas mexicanas con respecto a esa venta.

La idea expansionista se convirtió en punto importante del programa político norteamericano, y se transmitió y tuvo eco en la opinión pública al convertirse en tema fundamental de las campañas electorales; efectivo para obtener el voto de los ciudadanos, que comprendían los beneficios económicos que resulta

rían del crecimiento territorial propuesto y deseado por sus dirigentes. La anexión de Texas y la expansión hacia el oeste era una preocupación común, que manipulaban todos aquéllos que tenían acceso a un foro público.

En dichos foros, en la prensa y otros medios de comunicación de la época, los debates sobre la expansión del país giraban en torno a tres aspectos de la misma: los argumentos que la justificaban, la forma de realizarla y los límites geográficos de la extensión. Al respecto, Josefina Z. Vázquez dice: "Públicamente se defendía el derecho a ocupar tierras deshabitadas o gobernadas de manera tiránica; a veces se abogaba por el uso de la fuerza, otras por la simple ocupación y algunas más por el cumplimiento del mandato divino de multiplicarse y poblar la tierra².

Como se citó ya en la Introducción, en 1845, John L. Sullivan acuñó la frase "destino manifiesto" en un artículo sobre Texas publicado en la Democratic Review, en el que justificaba y defendía la desmembración sufrida por México³ con base en el manifest destiny, el cual sostenía "que cualquier grupo humano podía establecerse en tierra no ocupada, organizar su gobierno por contrato social y en un momento dado solicitar su admisión a la Unión Norteamericana"⁴.

No se podía condensar en menos palabras la estrategia que emplearon en Texas ni resumir mejor en dos términos, destino manifiesto, la idea providencialista del pueblo norteamericano, que se sentía escogido para extender la llamada "área de la libertad"; en la línea siempre del expansionismo inglés de carácter religioso del siglo XVI, que secularizan en el XIX, para utilizar este retocado providencialismo a favor de su imperia-
lismo incipiente.

En la delimitación geográfica que debería tener la extensión - para que conviniera y beneficiara a los intereses del país, se pueden destacar dos corrientes de opinión. La de aquéllos que mantenían el principio de obtener solamente las tierras más - deshabitadas, y, por lo mismo, con menos problemas de integra- ción, para evitar, así, los peligros inherentes a una anexión - de pueblos racial, religiosa, lingüística y culturalmente tan diferentes.

Otros estaban a favor de una expansión gradual y paulatina - hacia el sur, que progresara en la medida en que las razas mes- tizas que habitaban esas tierras lo merecieran; en otras pala- bras, su incorporación la supeditaban al abandono de los valo- res culturales propios de esos pueblos y la adopción de los an- glosajones. Dentro de esta corriente, había quienes pensaban que, una vez incorporados, el solo ejemplo de los norteamerica- nos era suficiente para transformar a dichos pueblos.

A partir de los años treinta y especialmente en los primeros - de la década siguiente, se percibe con claridad el convenci- - miento y la decisión con los que la opinión pública norteameri- cana ha hecho suya la política expansionista de su gobierno, - situación que se refleja en los viajeros anglosajones aquí es- tudiados, que coinciden todos en la aceptación de ese princi- pio fundamental, aunque difieren en la manifestación abierta - o velada del mismo, en la forma en que debía conseguirse y en los límites que debería tener la expansión de Estados Unidos.

Los distintos argumentos que esgrimen los viajeros para justi- ficar la extensión territorial, la diferencia de opiniones en cuanto a la estrategia de ocupación, los comentarios sobre las dificultades de la empresa colonizadora y regeneradora que se sienten llamados a realizar en México, requieren necesariamen- te de la referencia de lo que sucedía en Texas en esos años y a los planes que se avizoraban para California.

México era un objetivo mediato, para muchos discutible, y la colonización e independencia de Texas una fórmula a punto de desembocar en el primer gran logro de una política de anexión más combativa y dinámica que la inicial, circunscrita a los tratados y a la negociación. Por otro lado, directa o indirectamente, con enfoques divergentes o apreciaciones similares, la independencia y anexión de Texas es un tema que abordan todos los viajeros.

Después de la batalla de San Jacinto, 1836, que dio lugar a que Texas se proclamara independiente, las relaciones entre México y Estados Unidos se tornaron difíciles. El primero no aceptaba la autonomía de este territorio y el gobierno norteamericano la reconocía y establecía su derecho a mantener relaciones directas con el nuevo estado, al que no podía impedir la entrada de sus ciudadanos, libres como eran de emigrar a donde mejor les pareciera.

El interés que el gobierno de Estados Unidos había mostrado hacia ese territorio, aumentaba el temor no infundado del gobierno de México sobre las intenciones anexionistas del primero de las que en los primeros años de la década de 1840, se ocupaba ya abiertamente la prensa norteamericana, planteando la posibilidad de la cesión o venta de dicho territorio.

La anexión por las dos vías citadas difería de otra que reclamaba Texas como parte de Luisiana, con base en la ya citada ausencia de los límites de dicho territorio en las actas de cesión, y que llevaba al extremo de reclamar Cuba como parte de la Florida.

Tesis que sostiene B.M. Norman, explorador que durante su viaje a Tampico plantea, en los términos que se consignan a continuación, el tema de Texas y de la anexión de Cuba, adelantándose a lo que ocurriría en 1898:

¡Qué conveniente sería para Estados Unidos anexar Cuba a sus dominios! ¡Qué bien embonaría con el cinturón de Florida para proteger el itinerario a nuestras metrópolis sureñas y el comercio del Golfo! Podíamos reclamarla con una lógica extraordinaria, al fundamentar que, en una ocasión, había sido ya el límite de Florida y, el famoso Soto, gobernador de ambos lugares. España no tuvo ningún derecho a separarlas en la venta y cesión de Florida, como tampoco lo tuvo, después de todo, a separar Texas de Luisiana... ⁵.

Norman es un convencido de que Estados Unidos debe adueñarse de todo el territorio que le sea posible, aprovechando la debilidad de sus vecinos:

En política nacional es un buen principio tomarse un pie cuando te dan una pulgada, especialmente cuando el donante es tan débil como para oponerse a la usurpación; principio que se ha ratificado tantas veces, que es difícil encontrar una nación sobre la tierra que pudiera oponerse a él con razones consistentes... ⁶.

Principio para el que Norman tiene un colofón, a título de sugerencia, en el que alerta sobre posibles "razones consistentes" que echaran por tierra los sueños colonialistas:

Yo sugiero que, ahora que la fiebre anexionista está en pleno apogeo, nos apropiemos de todo lo que nos hemos propuesto o de todo lo que queremos; rápidamente, antes de que la gente cree una con-

ciencia e imponga el respeto a los derechos de -
nuestros vecinos más débiles ⁷.

Difícilmente se encontrarán unas afirmaciones más descaradas y realistas en los otros viajeros, mucho más diplomáticos que Norman, el que no hace mas que reflejar las ideas anexionistas de buena parte de la población norteamericana, que las tomó, a su vez, del proyecto político nacido de los primeros gobiernos del país independiente.

El razonamiento de Norman y de quienes pensaban como él, llevado a sus últimas consecuencias justificaba la extensión de Estados Unidos, por lo menos, hasta Panamá. Cuba les debía pertenecer porque formó parte de Florida, y ahora ésta era colonia de la Unión, al igual que Luisiana, de la que Texas era un territorio más, y por lo tanto suyo, lo que lleva a la dependencia de éste con respecto al virreinato de la Nueva España, que llegó a extenderse por toda centroamérica.

El argumento responde perfectamente al consejo de Norman de "tomarse la mano cuando te dan el pie", y de su factibilidad él mismo deja constancia cuando recorriendo el Pánuco, exclama: "Será una región maravillosa para los cultivadores y especuladores principiantes, cuando el "área de libertad" se extienda hasta el Istmo de Panamá"⁸. Para Norman y otros muchos, la democracia y el ideal republicano norteamericano estaban destinados a extenderse, a corto plazo, hasta Panamá, proyecto que tenía un sólo defecto, la población que habitaba esas ricas tierras, admiradas y deseadas por todos. Como Norman apunta: "En el buen panorama del sur, puede decirse que el hombre es el único que desmerece"⁹.

A diferencia de Norman, Waddy Thompson, diplomático norteamericano destacado en México, que tiene entre sus tareas la de con

vencer a Santa Anna y su gobierno de las ventajas de la anexión pacífica de Texas, cree que la penetración a México debería hacerse en forma gradual; lo primero era influir en la población de dicho país, para que aceptara las bondades del sistema norteamericano y, una vez que se hubiera hecho acreedora de confianza -al aceptar los valores anglosajones-, podría incorporarse a los Estados Unidos.

Thompson no creía en la posesión por medio de la violencia; más aún, su reticencia a que ésta se apresure permite sospechar que el diplomático formaba parte del grupo que veía con muchas reservas la incorporación de pueblos muy diferentes, lo que no significaba que no fuera a producirse en el tiempo y en la extensión que él mismo propone.

En las páginas que dedica a narrar una de sus entrevistas con Santa Anna trasluce su posición con respecto a la política expansionista. Primero, refiere lo que el gobernante mexicano pensaba: "Lucharé siempre por la reconquista de Texas -aseguraba Santa Anna con vehemencia a Thompson-, y si muriera en mis cinco sentidos, mis últimas palabras serían una exhortación a mis conciudadanos para que nunca abandonen el esfuerzo por reconquistar ese territorio..."¹⁰. A esta declaración, agrega Thompson el siguiente razonamiento que le hizo Santa Anna:

Usted, señor, sabe muy bien que firmar el tratado de traspaso de Texas, sería lo mismo que firmar el decreto de muerte para México...mediante el mismo procedimiento, (los norteamericanos) tomarían una tras otra las provincias mexicanas, hasta tenerlas todas.¹¹

37

Esta opinión de Santa Anna da pie a que Thompson agregue lo -
que él mismo opina:

Sinceramente, no podría decir que no pienso de --
esa forma, lo que no sé es si la anexión de Texas
acelerará ese resultado. Que nuestro idioma y le-
yes están destinadas a ocupar este continente, lo
considero como el más seguro de los futuros aconte-
cimientos. Nuestra raza jamás ha puesto un pie so-
bre una tierra, que no solamente no haya conserva-
do, sino que la ha hecho progresar. Y no me refie-
ro únicamente a nuestros antepasados ingleses, si-
no a aquella raza de teutones de la que ambos - -
descendemos ¹².

Norman hablaba de Panamá y Thompson piensa en la ocupación, o
por lo menos en una área de influencia que se extendiera a to-
do el continente, con una sencilla y hasta candorosa seguri-
dad de lo inexorable del acontecimiento; aunque reiteré su opi-
nión de que no se trata de algo inmediato, cree que tampoco -
habrá que esperar mucho, ya que los estados del norte de Méxi-
co acabarán buscando el refugio de las nobles y estables insti-
tuciones norteamericanas, cansadas de las constantes revueltas
a las que México parecía estar condenado. Al respecto Thom-
son comenta:

Este sentimiento se está generalizando entre los
hombres ilustres y patriotas, que saben no están -
preparados para crear instituciones libres y de su
incapacidad para mantenerlas. Como ha sucedido en
otros países, existe un gran peligro de que el dra-
ma termine en una anarquía, que desemboque en des-

potismo, porque así es el movimiento natural del péndulo ¹³.

La idea de que los estados del norte pedirían por voluntad propia su incorporación a la unión norteamericana tenía muchos adeptos, que la explicaban aduciendo la escasa población mexicana asentada en esos territorios y el número cada vez mayor de grupos de aventureros norteamericanos, que se habían instalado en ellos como avanzada, a pesar de las prohibiciones del gobierno mexicano para que entraran al territorio nacional.*

Albert Guillian, cuya estancia en México coincidió con la de Thompson y Mayer, empieza por no encontrar explicación a la prohibición antes citada sobre el asentamiento de colonos estadounidenses en las provincias mexicanas del norte, ya que México no podía encontrar mayor amigo que el pueblo de Estados Unidos. Consignada esta opinión, páginas adelante la olvida, y perfila una política claramente anexionista, disgustado por las ofensas que el gobierno mexicano inflige a los ciudadanos de su país.

El bloqueo de los puertos es uno de los posibles castigos que Guillian piensa se pueden aplicar a México; castigo que lo beneficiaría en vez de perjudicarlo ya que, al no poder exportar ni importar, se vería obligado a vender sus productos dentro del país, y termina este comentario con una alusión a la incorporación por voluntad propia:

* Esta idea persiste aún en el Norte en las capas elitistas empresariales e inclusive populares. Un indigenismo a ultranza; es decir un indigenismo mal entendido, en tanto que reivindicador, frente al criollismo norteño, podría hacer aceptable la idea anexionista procedente ahora del propio México.

En mi opinión, cuando se decida castigar a México, debería enviarse al mismo tiempo, un ejército a los departamentos del Norte, que se lanzarían por sí mismos a buscar la protección de Estados Unidos, y pedirían llegar a ser admitidos como parte de la Unión ¹⁴.

De hecho, ya se había producido un primer intento de incorporación como el sugerido por Guillian. En 1841, el gobierno texano mandó una expedición a Nuevo México con el único aparente objetivo de establecer una nueva ruta comercial, pero formada por un ejército organizado por el general Lamar, al mando del general Mc Leod, que estaban seguros se impondría fácilmente, porque contaría con el apoyo de los habitantes de Santa Fe, que aprovecharían la ocasión para rebelarse contra el gobierno mexicano, que los "tiranizaba", dada su incapacidad para resolver los asuntos internos del país.

Si se trata con cierta extensión este intento de los texanos de apoderarse de Nuevo México es por lo bien que ilustra la vía de incorporación por voluntad propia, que también pusieron en práctica los norteamericanos, como una más de sus estrategias de extensión; narrado, además, por uno de los viajeros, William Kendall, que participó en la expedición, fue hecho prisionero y traído a México, lo que da lugar a que se ocupe ampliamente de todo este episodio, por el que se convirtió en activo y radical propagandista del anexionismo, al volver a su país y dedicarse al periodismo.

Por lo pronto, Kendall niega haber tenido conocimiento previo de los fines de la expedición texana, "...que el general Lamar tenía otra intención, la de buscar que las provincias de Nuevo México, al este y al lado de Texas por el Río Grande, se pusieran bajo la protección de este gobierno, no lo supe hasta

estar en marcha hacia Santa Fe"¹⁵. Hecha esta declaración, Kendall explica las razones que movían a Lamar:

Le llevó a concebir este proyecto la bien fundada creencia de que nueve de cada diez habitantes estaban descontentos del yugo mexicano y ansiosos de encontrarse bajo la protección de aquella bandera a la cual realmente debían fidelidad.¹⁶

De nuevo salen a relucir dos argumentos, el de las pertenencias, Texas a Luisiana, Nuevo México a Texas, cuyo seguimiento lógico haría difícil fijar frontera alguna a la expansión, y el de la liberación; en el que Kendall insiste al agregar que en la determinación de Lamar influyó "la seguridad de que la gente recibiría la expedición con alegría y, de inmediato, declararía su obediencia al gobierno de Texas".¹⁷

Además de la seguridad de ser bien recibidos contaban con el apoyo de la población para el éxito de la empresa, de acuerdo con lo que Kendall consigna sobre las ideas de Lamar y los suyos:

Se pensó que de encontrarse alguna oposición a la pacífica entrada de los pioneros texanos, ésta vendría de las tropas regulares, que tenía estacionadas en Santa Fe el gobierno mexicano, las que fácilmente serían vencidas por los residentes, que en su mayoría, estarían a favor de tal entrada. En cuanto a tener que presentar algo así como una batalla regular o sojuzgar violentamente al país si la población se mostrara hostil a tales acontecimientos, nunca se intentó o planeó.¹⁸

Hasta aquí, Kendall habla de lo que Lamar creía, enseguida lo hará de los deseos de liberación que encontró en los habitantes de Santa Fe; comentarios que no dejan de ser curiosos, ya que al pisar dicho territorio fue capturado de inmediato y enviado a la ciudad de México.

El que no haya tenido oportunidad de tratar a algún residente de la provincia, no es obstáculo para que se declare convencido de los sentimientos de liberación que abrigaba la mayoría:

La impresión general en Texas era que los habitantes de Santa Fe estaban ansiosos de liberarse del yugo, que no solamente era irritante sino fuera de todo derecho, y que lo lograrían bajo la bandera de la 'amada estrella'; los acontecimientos que han sucedido desde entonces, y que comentaré después, me han convencido de que tal era el sentimiento de la mayor parte de la población.¹⁹

Kendall que "ingenuamente" iba a participar en lo que solamente era una expedición comercial, se vuelve un convencido de la necesidad de liberar a Nuevo México, porque sus habitantes así lo querían, como reitera cuando describe las razones que explican la derrota sufrida por los texanos.

Los puntos de vista del general Lamar sobre los sentimientos de la gente de Santa Fe y sus alrededores eran absolutamente correctos, no puede existir la menor duda de que estaban ansiosos de liberarse del yugo opresor de Armijo, y de pertenecer a las instituciones liberales de Texas; pero el gobernador nos encontró divididos en pequeños grupos,

agotados por las largas caminatas y necesitados de agua y alimentos; también encontró a un traidor entre nosotros, circunstancias éstas que aprovechó: su marcha fue sencilla y su conquista fácil.²⁰

Las circunstancias a que Kendall se refiere fueron ciertas y explican la derrota de los texanos, pero lo que interesa destacar aquí es la justificación que se hace de la anexión de esta provincia a Texas, con base en el deseo de sus habitantes de liberarse de las ataduras que lo ligaban a un país y a un gobierno que detestaban y de buscar amparo en el "gobierno de la libertad" adoptado por Texas, que pronto se uniría a la nación que daba ejemplo de bienestar y progreso.

Al panorama descrito hasta aquí, que tiene como trasfondo la anexión de Texas, conviene agregar las opiniones, a veces encontradas, de dos viajeros escritores y diplomáticos, porque ayudan a formarse una idea del ambiente que prevalecía fechas antes de la anexión de Texas.

Intentos como el del general Lamar, las declaraciones de carácter expansionista en la prensa norteamericana, los debates que sobre el tema se sostenían en el Senado de ese país, la presión que sus representantes ejercían ante el gobierno mexicano para que reconociera la independencia de Texas y cediera este territorio, la avanzada hacia California, todas estas circunstancias, no parecen contar para Brantz Mayer, diplomático norteamericano, que se extraña de que los mexicanos sospechen y teman las intenciones de su vecino del norte.

Mayer trabajó como diplomático en México durante las gestiones de Powhatan Ellis y Waddy Thompson, y no entiende que desde la guerra de Texas, los mexicanos, "...no puedan quitarse la idea errónea de que los Estados Unidos miran con ojos de codicia su

capital y su país".²¹

Cuando Mayer se refiere al perjuicio que el conflicto texano ha causado al comercio de Estados Unidos, pone en duda la parte que han tomado o que se dice que han tomado los norteamericanos en los movimientos revolucionarios de Texas²², y párrafos más adelante, reconoce la intervención de muchos norteamericanos en el ejército de Texas, a la que califica de ilegal e imprudente; reconocimientos y calificativos que no parecen congruentes con la línea de negociaciones que siguen los ministros plenipotenciarios que lo tienen a su servicio. A lo anterior, Mayer añade:

El pueblo de esta República se halla excitado por la idea que con tanta maña han divulgado algunos de sus dirigentes (inspirados por el extranjero según tengo para mí) de que nuestro gobierno y todos nuestros ciudadanos aún están deseosos del triunfo de Texas con el propósito de que dicho territorio se anexe a nuestras posesiones.²³

Para Mayer toda suspicacia mexicana se basaba en rumores infundados, producto de una conspiración extranjera; de aquí que crea que:

Si los consumados diplomáticos que dirigen ahora las relaciones entre los dos países consiguen desvanecer esa ilusión harán una obra duradera y benéfica para ambas repúblicas.²⁴

¿Es sincero Mayer? lo único cierto es que niega rotundamente el interés de Estados Unidos en Texas, a diferencia de Thomp-

son que, como encargado de las negociaciones, asegura que la anexión se dará, tarde o temprano. También es cierto que critica el que otras naciones amenacen a México a causa de sus deudas, concretamente condena a Inglaterra; mientras Thompson, por el contrario, recomienda presionar al gobierno de México, justamente con ese motivo, para que se pueda llegar a una negociación:

...el gobierno de México -opina Thompson- debe a nuestros ciudadanos tanto dinero como el que podrían esperar conseguir de nosotros, si abandonan su reclamación sobre Texas. En tanto no se le presione con estas demandas económicas, México no tendrá asunto que negociar ni consecuencia alguna la renovación de intercambios oficiales. ²⁵

En México, mientras tanto, la inestabilidad política y la bancarrota hacían dudar a los mismos mexicanos de la posible reconquista de Texas; clima que la marquesa Calderón de la Barca, una inglesa casada con el primer representante del gobierno español en México, esboza en pocas líneas:

Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizá nunca verán. Se abandonó un sistema de gobierno y no existe ningún otro en su lugar. ²⁶

El coloso que empezaba a perfilarse en el país del norte y su clara política de expansión, lleva a la marquesa a advertir a los mexicanos:

Que estén alertas, no sea que al cabo de medio si glo despierten del error y se encuentren que la ca tedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la virgen se vendieron al mejor postor; - que el piso ha sido lavado (lo cual no haría daño a nadie) y que todo está rodeado por una nueva y - preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo - ello realizado por algunos de los artistas de la - 'despierta' y lejana República del Norte ²⁷.

Norman al agravarse las relaciones entre ambos países, debido a la ya muy clara intención de anexar Texas, supone que México dada su situación, nunca se decidirá por una guerra, y que de seguir con una postura intransigente tendrá más experiencias - de claudicación:

...agradable o desagradable, abandonar la empresa es el único camino seguro, cuando el débil ha ofen dido al fuerte. Posición y movimiento éstos, con los que el pobre México, dividido y perturbado, ha llegado a familiarizarse. Y existen buenas razones para sospechar que tendrá aún más experiencias de este tipo. Sus actuales relaciones con los Esta-- dos Unidos, y la postura que ha adoptado con res-- pecto a la independencia de Texas, deja poco espa-- cio a la duda de que recibirá otra lección en tácticas de retiro . ²⁸

Más adelante, Norman se refiere a la corrupción de los guber-- nantes y a la destrucción segura que supondría enfrentarse a - Estados Unidos como dos razones aceptadas por los mexicanos pa

ra evitar la contienda armada, y así, continúa diciendo que, en México:

Mientras se promuevan sólo los intereses particulares o los de una camarilla política, solamente fanfarroneará y amenazará, sin pasar nunca a intentar algo más. Ya que, desde el más egoísta de sus jefes políticos al más violento de sus desafiantes patriotas, saben muy bien que se jugarían el todo por el todo, y a toda su nación le costaría la muerte, la posibilidad de hacer estallar una guerra con Estados Unidos.²⁹

Guilliam, quien al embarcarse hacia su país, recibe la noticia de que México estaba listo para declarar la guerra a Texas, asegura que Estados Unidos no permitiría que los valientes texanos fueran arrollados, sin ningún respeto a "las leyes de las naciones y los sagrados principios de la humanidad".³⁰

Guilliam parece olvidar, porque lo sabía, que México no reconocía la independencia de Texas, y, como territorio suyo, no podía admitir su incorporación a Estados Unidos.

Como muchos de sus compatriotas, piensa Guilliam que la defensa de los derechos texanos es una empresa que compromete el honor nacional, en nombre del mundo civilizado, y con respecto a la actitud del entonces presidente norteamericano, declara:

El nombre del presidente de los Estados Unidos hubiera descendido oprobiosamente ante la posteridad, si no hubiera interpuesto su voz de advertencia a México. La varonil decisión del presidente

Tyler sobre la cuestión texana lo ha cubierto de gloria suficiente para cualquier hombre, y los millones de gente que habitarán los fértiles llanos de Texas ensalzarán siempre su memoria, como apasionado defensor de todo aquello que consideran querido y sagrado las naciones civilizadas.³¹

Había que salvar a los texanos de las poco civilizadas instituciones mexicanas, emulando a los grandes conquistadores del mundo occidental, dispuestos a mejorar la condición moral de los conquistados, "conducidos por la mano de Dios"³², según Guilliam, en una empresa, en la que de ser ellos los vencedores, demostraba que la voluntad y preferencia divina estaban de su lado, por haberse hecho merecedores de estos favores.

Salvadores de Texas y de los principios proclamados por las naciones civilizadas, defensores de la libertad de un pueblo, desamparado y amenazado por los bárbaros mexicanos, Guilliam brinda para que ese mismo día Texas se anexe a los Estados Unidos, en el paroxismo de las intenciones proteccionistas, que colateralmente les permitían obtener y aprovechar los "fértiles valles" en palabras de Guilliam, del territorio texano.

Las riquezas naturales de México habían despertado ya anteriormente la codicia de las potencias europeas, de la que no estaban exentos los vecinos del norte del país. Estas riquezas, la belleza del paisaje, la diversidad y fertilidad de la naturaleza son un tema común en los visitantes extranjeros. Como lo son también la queja continua de su desperdicio, del que encuentran responsables y únicos culpables a sus habitantes, así como también del cambio que se produciría si tales riquezas estuvieran en sus manos. Como George Latrobe comenta:

Sin duda, no hay en la faz de la tierra, un país tan altamente favorecido por la naturaleza como la Nueva España. Difícilmente se puede nombrar un producto mineral que no se encuentre escondido en sus entrañas, y de algún vegetal, que con un adecuado manejo, no se pudiera perfeccionar en una u otra parte de su variada superficie. Pero, qué poco ha hecho el hombre hasta ahora para aprovecharse de estos beneficios.³³

Thompson repite la acusación: "No creo que exista en la tierra un país por el que Dios haya hecho tanto, y muy pocos en los que el hombre haya hecho tan poco".³⁴ Al pasar por Jalapa que le parece un paraíso, el mismo Thompson comenta: "No hay un lugar en la tierra más apetecible que éste para residir, siempre que se encontrara en manos de gente de nuestra raza, con el gobierno y leyes que llevan consigo a donde quiera que van".³⁵ Comentario al que añade su personal opinión expansionista: "Con el paso del tiempo y, probablemente un día no muy lejano, nada hay tan seguro como que esto sucederá".³⁶

Thompson cree que sólo falta un elemento a la naturaleza mexicana, la carencia de ríos, para decidirse a aceptar la anexión total:

Desde cierto punto de vista, tal vez los mexicanos tienen suerte al no tener un río, porque si lo tuvieran no sería posible permitirles que retuvieran al país en su posesión, no; a menos que aprovecharan los beneficios tan pródigamente derramados sobre esa tierra, porque, entonces, sí la podrían conservar.³⁷

El derecho de posesión de los naturales a su propia tierra estaba condicionada a su capacidad para generar riquezas; de otro modo, por lo visto no podrían ni siquiera reclamar la legitimidad de sus derechos, y según Thompson, lo único que los salvaba de ser desposeídos era el no contar con un río, que significara lo que el Mississippi llegó a ser para Estados Unidos.

Entre los obstáculos que impedían el progreso de México, Ruxton también cita la ausencia de ríos navegables, que pudieran sustituir la comunicación terrestre. Dificultad a la que agrega otras tres: la incomunicación de la región central más fértil con las costas, debida a las cordilleras que la limitaban y a lo escarpado del terreno, y la insalubridad de la región tropical, sujeta a enfermedades como la malaria, que impedían su colonización por una población blanca, que aprovechara sus riquezas desperdiciadas.

Pero el tercer obstáculo y el más grave son los habitantes del país. Según Ruxton, "...cuando vemos las partes componentes de la población de esta vasta nación, no nos equivocamos o perdemos al mencionar la existencia de sus males: ausencia total de gobierno, inmoralidad generalizada y la falta de energía física y moral, que en todas partes se manifiesta".³⁸

En Ruxton, el desprecio a los mexicanos se manifiesta continuamente, así, cuando pasa a Nuevo México y se interna por el río Colorado, exclama: "Volví la vista al último caserío, y sentí un estremecimiento de gusto al mirar la inmensa llanura de nieve ante mí y las altas montañas que la circundaban a los lados; al saber que, por ahora, había abandonado al último hombre civilizado bajo el atavío de un sarape mexicano".³⁹

Estas consideraciones con respecto a la calidad moral de los mexicanos, y las dificultades que tendrían que enfrentar en ca

so de la anexión total del país, manifestadas por quienes, según se acaba de ver en páginas anteriores, representaban distintas tendencias de la opinión pública norteamericana, parecen confirmar que la fiebre expansionista tenía como denominador común las riquezas de unos territorios que aumentaría las del suyo propio.

Guilliam, al celebrar la inminente anexión de Texas a Estados Unidos, confiesa que ésta era necesaria para el progreso de la Unión, ya que al ocupar parte de un territorio poco protegido, florecerían en Estados Unidos la manufactura del algodón. En cambio, si Texas se mantuviera independiente, a pesar del reconocimiento y apoyo de Norteamérica, tal vez Francia o Inglaterra podían apoderarse de esa provincia, lo que debilitaría la fabricación de los productos textiles en la Unión.

Para Guilliam, otra de las ventajas de la anexión de Texas es que ayudarían a aliviar el problema de la esclavitud, ya que mucha gente de color de los estados del norte sería arrastrada hacia Texas, por la gran cantidad de mano de obra que ahí se iba a necesitar.

La empresa regeneradora atenta a salvar los valores morales, el proyecto productivo que explotará los recursos materiales, las disquisiciones sobre los límites geográficos, el dominio cruento, la penetración gradual, la incorporación voluntaria, todas son distintas facetas de ese destino manifiesto que, como destino común, unificó tendencias y valores opuestos, configuró una nación y, para bien o para mal, señaló a sus ciudadanos.

NOTAS

- 1 Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Mayer (1982), p. 15.
- 2 Ibidem., p. 39.
- 3 J. A. Ortega y Medina (1972), p. 153.
- 4 Josefina Z. Vázquez y Lorenzo Mayer, loc. cit.
- 5 B. Norman (1846), pp. 60-61.
- 6 Loc. cit.
- 7 Loc. cit.
- 8 Ibidem., p. 114.
- 9 Ibidem., p. 160.
- 10 W. Thompson (1846), p. 238.
- 11 Ibidem., p. 160.
- 12 Ibidem., p. 239.
- 13 Loc. cit.
- 14 A. Guillian (1847), p. 142.
- 15 G. W. Kendall (1856) II vol. pp. 14-15.
- 16 Loc. cit.
- 17 Loc. cit.
- 18 Ibidem., I vol. p. 64.
- 19 Loc. cit.
- 20 Ibidem. I Vol. p. 366.
- 21 B. Mayer (1953) p. 381.
- 22 Ibidem., p. 402.
- 23 Ibidem., p. 404.
- 24 Loc. cit.

- 25 W. Thompson, op. cit., p. 241.
- 26 Mme. Calderón de la Barca (1967), p. 268.
- 27 Loc. cit.
- 28 B. Nórman, op. cit., p. 163.
- 29 Loc. cit.
- 30 A Guillian, op. cit., p. 260.
- 31 Loc. cit.
- 32 Ibidem., p. 261.
- 33 Ch. Latrobe (1836), p. 120.
- 34 W. Thompson, op. cit., p. 220
- 35 Ibidem., p. 13
- 36 Loc. cit.
- 37 Ibidem., p. 207.
- 38 G. Ruxton (1847), p. 104.
- 39 Ibidem., p. 210.

4. CALIFORNIA: DE COSTA A COSTA

A principios de los años cuarenta del siglo pasado, la anexión de Texas era inminente; había declarado su independencia, y pese a que México no la reconocía era obvio que la debilidad política, económica y militar de éste le impedían la reconquista de dicho territorio. Pero ahí no acababan las posesiones alejadas y poco habitadas de este país. Nuevo México y California se perfilaban como objetivos inmediatos para la expansión Norteamericana.

Nuevo México ya había sido objeto de avanzadas, como la expedición de los texanos al mando del general Mc Leod, descrita en el capítulo anterior, la que, a pesar de su fracaso, permite percibir el enorme interés que se tenía por ese territorio. El poco aprovechamiento de los recursos naturales es el aguijón y, a la vez, la justificación empleada para apropiarse de estas tierras. Así, Kendall, después de recorrerlas, al llegar a El Paso, comenta:

"En general, el Valle en sí es fértil, apropiado para el cultivo del maíz, trigo, frijoles y calabaza, así como para las patatas dulce o amarilla; nosotros lo vimos, sobre todo la última, sin lugar a dudas, se daría extraordinariamente bien. Bajo el sistema de producción anglosajón, esta región podría sostener cinco veces más población que la que tiene ahora..."¹

También Ruxton se refiere a la riqueza de esa zona después de atravesar Nuevo México, y al respecto opina: "Entre la parte de El Paso y los poblados de Nuevo México, la tierra es extraordinariamente rica y perfectamente adaptada para todo tipo de granos. En sus bosques crece el álamo americano y el roble ena

no, así como el mezquite, debajo del cual se da un gran número de matas"².

Para Kendall, el problema de aquellas tierras y un obstáculo para la emigración era la "necesidad de madera y la gran distancia que las separa del mercado"³. Ruxton insiste en otra justificación que no es nueva, el carácter de los mexicanos, cuya apatía, poco espíritu y cobardía, no los hacen merecedores de poseerlas. Refiriéndose a su experiencia en Nuevo México, apunta:

"Se han hecho varios intentos para colonizar esa ruta, pero todos han fracasado debido a la hostilidad de los apaches. Si este departamento pasara a manos de los americanos, pronto sería una floreciente colonia, ya que los rudos hombres de los bosques, con su hacha en un hombro y el rifle en el otro, no estarían acorbado por los salvajes, como lo están ahora los pusilámines propietarios de estas tierras, para poderles sacar provecho"⁴.

Ruxton llega a caricaturizar al mexicano, especialmente por la cobardía, que, según él, le caracteriza. A ésta se debe que no sean merecedores de tener unas tierras, que, en realidad, se encuentran bajo el control de los apaches y no de los hombres civilizados.

Sobre el mapa, la ruta hacia el oeste aparece clara como objetivo inmediato de incorporación. Hacia el sur, los problemas son mayores. Ninguno de los autores aquí estudiados había estado en California, pero las descripciones que hacen de ella remiten a las de un paraíso, que es necesario rescatar de los gentiles. Las ventajas de esta expansión eran múltiples, y tienen como telón de fondo el temor de que alguna potencia

européa, en especial Inglaterra, ocupen este territorio, y priven a los Estados Unidos de todos esos beneficios.

Entre las ventajas citadas por los viajeros está la posibilidad de construir una línea ferroviaria, que partiría de Nuevo Orleans y uniría a ésta con San Francisco, en el Pacífico. Proyecto que, para Guillian, no ofrece mayores problemas, dada la escasez de ríos, que permitiría la construcción sobre tierra firme, con pocos puentes, y sin que la nieve o el hielo fuera obstáculo para la comunicación de un extremo al otro, los doce meses del año ⁵.

La anexión de la Alta California les daba la oportunidad de realizar el sueño isabelino de ocupar el eje geopolítico de océano a océano. Y, además, como señala Guillian, "... el monopolio comercial del océano Pacífico, aseguraría el control del comercio del mundo" ⁶. Esta no pequeña ventaja forma parte de los razonamientos con los que Guillian trata de demostrar que es Dios el que les concede el derecho a esas tierras y a ese puerto.

Mayer, al que siempre había preocupado la posible intervención de Gran Bretaña en México con motivo de lo que éste le adeudaba, hace hincapié en que Inglaterra, "... se ha empeñado en conseguir en México un doble fin. Siempre ha considerado la deuda que con ella tiene contraída este país como el gran medio para entrometerse en su industria y en su comercio, y, al cabo, quizá exigirle que la satisfaga con territorio" ⁷.

Este territorio bien podría ser el de California. Y, ante este peligro, Mayer aclara a sus lectores: "...espero que no vayais a imaginaros que descubro los tesoros de California con el intento de animar a la gente a emprender una nueva campaña de Texas. Pero la condición de México es por extremo insegura. Imposible es afirmar o negar cual haya de ser el resultado final de las continuas revoluciones que han desgarrado tan hermoso

país"⁸.

A continuación, Mayer extiende su comentario sobre las perspectivas de México y, de nuevo, sobre Inglaterra y su especial interés en el mismo, y al respecto agrega:

Puede que se consolide la unión de sus provincias, puede que adopte un sistema federal de gobierno, y puede que vea desmembrarse su imperio, estableciendo cada Estado un régimen independiente y propio, pero, pase lo que pasare, es justo que no lo observemos con la misma cautela con que la Gran Bretaña lo vigila.⁹

Aunque para Mayer, México: "Participa del orgullo español que se cibra en el dominio de territorios y en la posesión del suelo; pero son extremas las dificultades por las que atraviesa"¹⁰. Y tampoco Estados Unidos parece darse cuenta de la penetración británica en los puntos mundiales más ventajosos, de acuerdo con la política avisora que siempre la ha identificado. Mayer alerta a su gobierno y a sus conciudadanos:

Lo que caracteriza a nuestro país es cabalmente la ausencia de esa política vigilante y previsoras. Como vivimos en medio de vastos territorios, con amplia capacidad para la expansión de nuestros habitantes por cientos de años, no nos preocupamos por el porvenir, ni miramos con ojos de codicia hacia esos puntos ventajosos de que se va apoderando Inglaterra poco a poco, para la propagación y defensa de sus intereses comerciales.¹¹

Es necesario que Norteamérica piense en las generaciones venideras y se decida actuar conforme a las naciones que prevén el futuro y tratan de acomodarlo a sus propios fines. Por eso, si no se imita y, a la vez, se pone coto a Inglaterra:

... estamos dejando que un rival capaz y ambicioso vaya adquiriendo el monopolio de posiciones que si por el momento no influyen directamente en los hombres de nuestra generación, no pueden menos, sobre todo en caso de guerra, de causar daños y perjuicios a nuestra posteridad ¹².

Cuando Mayer estuvo en México como diplomático, deploró lo sucedido en Texas por el perjuicio que había causado al comercio de su nación, línea ésta en la que parece se centran sus preocupaciones. Ahora, también peligraría el comercio si California cayera en manos de otra potencia, por tratarse de un lugar estratégico en el dominio de las islas del Pacífico y en el control-comercial con Asia.

Ante la inestabilidad política de México, y la falta de seguridad que ofrecía para salvaguardar su territorio de la amenaza europea, principalmente inglesa, Mayer justifica la protección y defensa que Norteamérica podía ofrecer a California. Como siempre se ha cuidado de expresar abiertamente ideas expansionistas, e inclusive afirma en su obra que no pretende alentar el desmembramiento de México, Mayer se apoya, precisamente, en las razones expresadas por un inglés, Forbes, para apuntar las que justificarían el interés y la intervención norteamericana en esa provincia y, así, cita la siguiente opinión de Forbes:

California es un país completamente distinto a México, y nada tiene que ver con éste, salvo en el

hecho de que los actuales habitantes pertenecen a la misma familia; hay que tener, pues, bien entendido que, en caso de desaveniencia entre los dos países, California estaría pronta a separarse de la nación madre ¹³.

Mayer, que acusaba a Inglaterra de tratar "de acrecentar su poderío con fines no sólo comerciales, sino territoriales e imperialistas"¹⁴, no parece ver reflejado a su país en ese espejo. De Inglaterra heredaron, y con ella compartían, un mismo programa político y similares ideas religiosas. No es de extrañar que Mayer vuelva a citar a Forbes: "Escaso es el comercio interno en California y aunque forma parte de la República Mexicana está separada y aislada por completo del resto de la nación"¹⁵; en busca de otro argumento, falaz o no, que ayude a pensar que la pérdida de la Alta California no significaría mucho para México.

El prurito de Mayer de buscar justificantes para el interés sobre California, en la distancia de la metrópoli y los problemas por los que atraviesa la misma, son disquisiciones que poco dicen a hombres de acción, como el comodoro norteamericano Jones, que se precipitó a atacar el puerto de Monterrey y a posesionarse de California, cuando creyó se había declarado la guerra entre México y su país, en octubre de 1842 ¹⁶. Hecho significativo, que parece demostrar el acecho norteamericano sobre este territorio.

Territorio que los viajeros describen como un lugar magnífico, especie de arcadia deshabitada, en espera del hombre civilizado, anglosajón, por supuesto; con un clima extraordinario, tierras feraces, extraordinarias para el cultivo, espesos bosques y manadas de caballos vagando libres por sus praderas. Además, hay minas, y el mejor puerto del Pacífico, San Francisco, y perlas-

en sus costas. Todas estas riquezas y más, desaprovechadas y -
amenazadas por el poderío inglés. Amenaza que Thompson retoma,
para prevenir al pueblo de Estados Unidos:

No diré cuál es nuestra política con respecto a -
California. Tal vez, ésta sea la de que continúe -
en manos de un poder débil como México y que todas
las potencias marítimas obtengan beneficios. Pero,
una cosa sí diré, valdría la pena una guerra de -
veinte años para evitar que Inglaterra la obtenga,
aunque tengo mis razones para pensar que no lo ha -
rá si el costo es una guerra con nuestro país ¹⁷.

Si Inglaterra se detendría ante Estados Unidos, ¿Qué podría ha -
cer México en caso de un conflicto? Como bien señala Thompson,
México, en California, "no cuenta con tropas y la distancia a -
la que queda este departamento impide que puedan ser enviadas"¹⁸.
Además, ¿qué ha hecho México en esas tierras para proclamar su -
derecho a poseerlas y legitimarlas como suyas? El mismo Thomp -
son ofrece la respuesta:

El gobierno de México no ha hecho nada de cosas -
tales como colonizar, extender sus leyes y ofrecer
protección, que es lo único que da derecho a poseer
un territorio a la gente civilizada sobre la salva -
je; por esto, los nativos de California están obli -
gados a cualquier otra nación tanto como a México.
El único conocimiento que tienen del gobierno mexi -
cano lo deben a las extorsiones y tributos que les
impone; literalmente es un huérfano y pertenece al
primer ocupante ¹⁹.

El primer ocupante será el que demuestre su capacidad de progreso, que ganará el derecho sobre esas tierras, si en sus manos avanzan económicamente y la población progresa en el orden moral. Planteamiento que lleva implícita la idea del "destino manifiesto".

Guilliam justifica abiertamente la incorporación del puerto de San Francisco, dados los beneficios que obtendrían los Estados Unidos con su anexión y que son nulos si queda, como hasta la fecha, bajo el dominio de México; un país que no cuenta con ningún poderío naval ni comercial, que le ofrece la tutela de una política egoísta, celosa de innovaciones progresistas, que se satisface con ganancias ilícitas. En cambio, San Francisco y sus alrededores progresarían con Estados Unidos, ya que, para Guilliam, era el mismo Dios quien lo señalaba:

El Todopoderoso, que creó tanto el mar como la tierra para el dominio del hombre, sin duda intentó, en toda su grandeza, hacer que los beneficios de las maravillosas aguas de San Francisco correspondieran a sus criaturas inteligentes, motivándolas para que respondan a los evidentes designios de la naturaleza ²⁰.

Las criaturas inteligentes parecen haber encontrado una fórmula para adivinar el pensamiento y cumplir los deseos divinos, de acuerdo con la voluntad expresa manifestada por el mismo Dios en sus designios sobre San Francisco. Los hombres "virtuosos" obtendrán la victoria, ya que, según Guilliam:

... será el Dios de las batallas el que guiará (a los Estados Unidos) a una victoria gloriosa, como es la de extender el "área de la libertad", ampliando sus conquistas con rayas y estrellas, y anexan-

do sus adquisiciones pacíficas a la política de su constitución ²¹.

Guilliam, predicador irredento de su propia causa, no duda, -- afirma que Dios les concede el derecho a adueñarse de esas tierras, cuya improductividad evidenciaba la incapacidad espiritual de los mexicanos para obedecer el mandato divino de hacerlas producir:

El territorio del oeste americano, como parte de la herencia divina del hombre, estuvo habitado, -- hasta épocas recientes, sólo por salvajes, y era -- conocido únicamente por las bestias de la creación y no por seres humanos civilizados, con excepción de las visitas ocasionales de algún cazador aventurero o un explorador, los que nunca intentaron reducir el rostro de la naturaleza al dominio señalado por el Gran Creador, que proclamó que el hombre debería cultivar la tierra ²².

De acuerdo con Guilliam, en ellos estaba el cumplir el mandato bíblico, sabedores de lo que Dios les pedía; era su obligación -- extender su influencia y con ella la libertad, de la que formaba parte importante de la conciencia. Si Inglaterra había sido pionera de la propagación de estos principios en estas regiones nuevas y salvajes, a los norteamericanos correspondía poner fin a la conquista de unos fanáticos y término al dominio de los tiranos, por medio, como dice Guilliam, "de la influencia redentora de la razón y los principios" ²³.

Mayer también hace referencia a la religión, pero desde un punto de vista práctico, ya que compara resultados. Así, por ejemplo, para condenar a la iglesia católica en sus intentos evange

lizadores, cuyos logros objetó con tanta dureza durante su estancia en México, Mayer compara lo logrado en Hawaii y las islas Sandwich con lo obtenido en California: "Ocioso sería poner en paragón los mezquinos resultados obtenidos por los misioneros en California tras una labor de siglos*, con los que sólo en veinticinco años han logrado los misioneros de las islas Sandwich"²⁴. Pero son estos tan marcados, que enseguida Mayer agrega:

No podemos dejar de mencionar que mientras en las islas hay 17 mil personas que acuden a la iglesia, y 18 mil alumnos frecuentan las escuelas, en California el número total de indios inscritos en tan sólo de 18 683, los cuales en su mayoría no saben leer, carecen de libros, de Biblias y de papel, y además son incapaces de gobernarse a sí mismos. No cabe duda de que los ministros de ambos cultos han tenido el mismo espíritu de celo; pero ciertamente son muy distintos los resultados ²⁵.

En la cita anterior es curiosa la precisión estadística de los indios inscritos en las escuelas californianas; como también llama la atención que Mayer olvide que la interpretación de la Biblia fue punto destacado en la contienda teológica entre ambas doctrinas; mientras una acepta la libre interpretación y, por lo mismo, fomenta la lectura, la católica la restringe, al condicionarla a la acotación y discernimiento interpretativo de la propia iglesia.

En cuanto a la incapacidad de los indios de California para gobernarse a sí mismos, Mayer, sin conocer la región ni a sus pobladores, en un intento de persuadirse y convencer a sus lectores de la nula relación entre los habitantes de California y el

* Mayer habla de siglos, pero la evangelización franciscana comenzó con el Padre Serra en 1794.

gobierno de México, en páginas anteriores había asentado: La población de California, formada en su mayoría por indios, los más salvajes desnudos, no solamente no tienen simpatía por México, sino la más decidida antipatía"²⁶. De aquí que sea difícil pensar que Mayer pudiera imaginar que esa clase de habitantes iba a tener mayor capacidad de gobierno que los mismos mexicanos, más preparados, a quienes él había censurado por sus escasas dotes de crítica y decisión. Pero, cualquier argumento, sofisma o artilugio eran válidos para lograr las tierras que respondían a los objetivos del programa de expansión territorial norteamericano.

Texas, Nuevo México, California, pero el mapa también se abría hacia el Sur. Norman habla de Panamá como límite de la extensión y Thompson de todo el Continente. En general, todos ellos coinciden en señalar la extraordinaria naturaleza de México y el pésimo aprovechamiento que hacen los mexicanos de los recursos naturales, así como de lo que éstos reeditarían en manos de otra gente, de raza anglosajona, con otra forma de vida. Las perspectivas son tentadoras, pero, ¿qué harían con toda esa población degradada, licenciosa, floja, que no compartía sus principios culturales e ideológicos?

Sólo Guillian responde contundentemente, al sur del Río del Norte y las Californias, opina este autor:

... el resto del Continente no es sino una pierna estéril -y no hablo de la de Santa Anna- del continente norteamericano, improductivo para otra cosa que no sean las minas de metales preciosos y, como los mexicanos son muy buenos mineros y están orgullosos de su ocupación, yo soy totalmente renuente a que cualquier otra gente pueda ser corrompida por sus prácticas intoxicantes ²⁷.

Guilliam, para quien la mano de Dios conduce la empresa norteamericana de salvación de tierras irredentas y poblaciones cuyo progreso moral había que acrecentar, no la ve ni la adivina en la posesión de un país, que sólo ofrece como potencial la minería, actividad despreciable porque corrompe al hombre y que, por lo mismo, pueden seguir practicando los mexicanos que no tienen salvación. Al desprecio se une el temor que parece desprenderse del siguiente comentario: "... los mexicanos -dice- Guilliam- son seres de raza diferente a la de los Estados Unidos; son solamente españoles e indios, hablan la lengua española y están aferrados a una religión establecida"²⁸.

El peligro de que la gente del norte se corrompiera con el contacto de los mexicanos lleva a Guilliam a negar la existencia y diversidad de los recursos y riquezas del país, y a denigrar sin medida a sus pobladores, haciéndose eco de toda una corriente de pensadores norteamericanos, sobre todo políticos, que así lo dejaron sentir en las sesiones del congreso durante la guerra con México.

La conquista de costa a costa, a expensas del patrimonio mexicano, no presentaba para los norteamericanos mayores problemas en cuanto a la integración o segregación de los pobladores no anglosajones; en cambio, los habitantes de los territorios centrales de México, excedían su capacidad de comprensión, por resultarles estrechos los moldes que a ellos los conformaban; desafortunadamente, para ellos y afortunadamente para nosotros, no eran racional, política, cultural y espiritualmente puros y virtuosos, ni tampoco buenos republicanos.

Lo que consignaron los viajeros en relación con la forma de gobierno, la religión y la iglesia, el ejército y el pueblo mexicano son los temas de los siguientes capítulos; los juicios y opiniones vertidos por ellos sirven, a su vez, para enjuiciar y, si viene al caso, para tratar de entender la razón de ser de lo que, para muchos observadores y críticos de su actuación en política exterior, son sinrazones.

NOTAS

- 1 G. W. Kendall (1856), II vol. p. 395.
- 2 G. Ruxton (1847), p. 171.
- 3 G. W. Kendall, loc. cit.
- 4 G. Ruxton, loc. cit.
- 5 A. Guilliam (1847), p. 270.
- 6 Loc. cit.
- 7 B. Mayer (1953), p. 403.
- 8 Ibidem., p. 471.
- 9 Loc. cit.
- 10 Loc. cit.
- 11 Ibidem., p. 459.
- 12 Loc. cit.
- 13 Ibidem., p. 472.
- 14 Ibidem., p. 475.
- 15 Ibidem., p. 470.
- 16 C. Bosh García (1961), p. 64.
- 17 W. Thompson (1846), p. 235.
- 18 Ibidem., p. 223
- 19 Ibidem., pp. 238-39.
- 20 A. Guilliam, op. cit., p. 288
- 21 Ibidem., p. 279.
- 22 Loc. cit.
- 23 Ibidem., p. 278.
- 24 B. Mayer, op. cit., p. 471.

- 25 Loc. cit.
- 26 Ibidem., p. 223.
- 27 A. Guilliam, op. cit., p. 270.
- 28 Ibidem., pp. 270-71.

5. MEXICO: REPUBLICA SUI GENERIS

Con la separación de España, México inició un largo camino en la búsqueda de su consolidación nacional. Al rompimiento con la metrópoli siguió la negación de tres siglos de historia en la búsqueda utópica por encontrar un ser nuevo, diferente, que lo redimiera de su pasado colonial. Planteamiento sincero con el que se presentaba ante el mundo, dispuesto a entrar en breve lapso en el concierto de las llamadas "naciones civilizadas".

Al empezar a agravarse los problemas internos y externos de la nación, se pensó en que eran tropiezos debidos a la inexperiencia de un país joven el cual los superaría en corto tiempo, una vez encontrara la forma idónea para conducirse por el camino conveniente. El establecimiento de la república federal parecía responder a esas expectativas; su adopción después del Imperio dejaba atrás la tradición decadente y situaba al país en la vía que llevaba al deseado desarrollo.

La república era la forma de gobierno más moderna y positiva, la habían adoptado las colonias del norte al independizarse de Inglaterra y su desarrollo económico creciente era evidente. Se podría suponer que poseía en sí misma la fórmula mágica para conducir al país que siguiera sus preceptos a la felicidad y el progreso.

México copia al sistema de gobierno de Norteamérica, pero está muy lejos de los principios que informaron al de ese país. Basados en la ética protestante o calvinista, la calidad republicana dependerá, para los norteamericanos, de la calidad espiritual del pueblo. Para los ingleses, monárquicos, este sentido moral condicionaba el éxito o fracaso de un gobierno, independientemente del sistema político que lo rigiera.

De ahí el asombro, incluso indignación, de los viajeros anglosajones que aquí se estudian, al contemplar el desorden que presenta la política mexicana. Para ellos, la situación de México a principios del siglo XIX es una evidencia clara del fracaso español en América, unido indisolublemente al aspecto ético-religioso imprimido a sus colonias. Mayer dice: "Convértese en norma de acción la lección de frivolidad y de corrupción que la vieja España (con su opresión e injusticia) enseñó a la colonia y la doblez fue elevada a la categoría de virtud".¹

El origen de los males mexicanos lo situaban en la herencia hispánica, y paradójicamente, la independencia lograda, más que solucionar agravó la situación, ya que un pueblo que no sabe hacer uso de la libertad, no la merece.

El caos económico y político en que había caído México en unos cuantos años delataba su incapacidad para aplicar los principios democráticos.

Ruxton al llegar a Veracruz comenta: "Esto que hace cien años era una floreciente ciudad comercial, ha sufrido, como todo en Hispanoamérica, los perniciosos efectos de un gobierno corrupto e impotente"², y páginas más adelante asegura que la separación de España ocasionó la ruina del país.

Si bien España había sido estigmatizada y atacada desde el siglo XVI por los países reformados, y a ella se atribuye el origen de todos los males que padecía México en el siglo XIX, es a este país al que se va a condenar aún con mayor énfasis. Desde el punto de vista anglosajón, el progreso material logrado por un individuo era prueba evidente de su salvación; los signos externos de progreso constituían las pruebas que el designio divino brindaba; este axioma se hacía extensivo a las naciones. México no mostraba más que condenación, dada la situa

ción caótica en que se debatía.

El siglo XIX no permitía la expresión llana de los argumentos que se acababan de exponer; pero no es necesario profundizar mucho para encontrar las raíces teológicas inmersas en el pensamiento y la vida cotidiana del pueblo inglés y norteamericano, preferentemente. Tenían necesidad de mostrarse a sí mismos y a los demás como "escogidos", que merecían esa distinción. Los que no poseían las virtudes para encajar en su esquema ético tenían pocas posibilidades de salvación.

Bajo este supuesto, qué se podía esperar de un país, cuyo pueblo, según Guillian, está formado en su gran mayoría por: "...estafadores, ladrones y asesinos incalificables"³. Por lo menos, hay que darlo a conocer, como lo propone el mismo Guillian: "Con vergüenza y remordimiento, pero la cristiandad y civilización del mundo ilustrado se ve obligada a denunciar al país como una nación de piratas".⁴

El sentido político-religioso, inseparable de la conciencia predestinatoria calvinista, confirmaba, al comparar su situación con la inestabilidad política mexicana, su superioridad. Racial y moralmente se erigen en los poseedores de los verdaderos principios republicanos y, en consecuencia, religiosos.

La salvación de México dependía del cambio que sufrieran sus gentes; si éste no se producía, Ruxton veía como única salida la posibilidad de una invasión o una anexión:

Poco me sorprende que el país se encuentre en tal estado. Nunca podrá progresar o llegar a civilizarse si la población actual no es suplantada por otra más enérgica. La forma de gobierno republicano no

es la adecuada para la población mexicana, como lo prueban sus recurrentes revoluciones. Mientras la gente no sepa valorar los enormes principios de libertad civil y religiosa, las ventajas de las instituciones libres se vuelven contra ellos mismos... (para que estas verdades lleguen a todos) debe primero haberlas comprendido una minoría amplia; y en éste caso, antes de que este requisito se logre, el país probablemente habrá pasado de las manos de sus actuales propietarios a las de una raza más enérgica y capaz⁵.

Los mexicanos eran incapaces de sostener sus propias instituciones, lo que daba pie para justificar la suplantación de los hombres que ostentaban el poder por otros que apreciaran los principios de la democracia y tuvieran, además, los valores necesarios para practicarla, al uso de los anglosajones, que habían demostrado plenamente la eficacia del sistema.

"Si México -dice Mayer- se obstina en seguir con el viejo sistema exclusivista semejante a aquél al que estuvo sujeto mientras fue colonia de España, declaro que no veo sino muy pocas esperanzas para el futuro. Necesita la luz del ejemplo, la fuerza de la emulación"⁶. Para Mayer, diplomático norteamericano, era imprescindible una corriente migratoria de gente educada en los valores proclamados por ellos, no para sacudir al país, solución superficial, sino para hacer una limpieza que los transformara como individuo y como nación.

Mayer piensa en una emigración suave y paulatina, que "...sin ningún trastorno violento de los gustos, simpatías o prejuicios de la raza antigua haga surgir una raza nueva, junto con una nación renovada y regenerada con el injerto de acodos y talentos extranjeros".⁷

La idea de regeneración está siempre presente; el mexicano por él mismo nunca podrá lograrlo necesita dirección externa. Aunque para Mayer existía otra solución, que Santa Anna, quien gobernaba en ese momento, procurara que el pueblo fuera adquiriendo conocimiento de sus deberes y derechos y con éste, la costumbre de gobernarse a "sí mismo". Mientras la paz y la estabilidad políticas no se consolidaran, México seguiría siendo presa de las luchas intestinas, el desorden y la ignorancia. En todo caso, como dice Mayer:

La suerte de México debe interesar muchísimo al pueblo de los Estados Unidos. Si caen sobre aquél las bendiciones de ventura y felicidad que traen la paz y los frutos de ésta, nuestra adhesión y simpatía por la república hermana habrán de ser grandes y duraderas. Si sobreviene la anarquía y el desmembramiento de sus estados, tendremos encima un vecino peligroso y un vecino molesto. Pero si se intenta una ocupación extranjera entonces no se pondrá término a la guerra sangrienta que en tal caso sobrevendría, sino expulsando al intruso y restableciéndose el republicanismo en este continente .⁸

Aquí cabría preguntar, ¿quién y cómo restablecería el republicanismo? La doctrina Monroe se hace evidente. Mayer resume en tres las posibilidades de relación con Estados Unidos, que el país alcance un grado de desarrollo y civilización conveniente, que se convierta en un enemigo molesto y peligroso vecino, o que se haga necesaria la ocupación extranjera.

En el primer caso, si el país lograra desarrollarse, Estados Unidos lo vería con simpatía y lo podría tratar de igual a igual, entendiendo por esta igualdad el respeto que le merecería como nación, ya que, con seguridad, representaría una

14

fuerza política y económica con la que difícilmente podría entablarse una contienda abierta. En el segundo supuesto, Mayer, como diplomático, no plantea una solución, pero sí advierte que de continuar la actual anarquía la vecindad representaría un peligro para Estados Unidos.

La tercera posibilidad, el peligro de una ocupación extranjera, que Mayer radicaba en la intromisión de Inglaterra o en la repetición de la aventura francesa de 1838, justificaría la intervención norteamericana, ya que el milagro del "restablecimiento del republicanismo" no se iba a dar por arte de magia, serían los norteamericanos los que salvarían al país de los intrusos e influirían en su destino.

Todos los viajeros parecen coincidir en el problema que supone establecer un gobierno liberal y democrático en un país donde la mayor parte de la población es ignorante. Simplemente, no pueden decidir quién y cómo los va a dirigir, pues no están preparados para ello. La democracia es el gobierno del pueblo y el pueblo mexicano no actúa en los momentos trascendentes, son unos pocos los que controlan el poder.

La misma marquesa Calderón de la Barca, que presencié dos levantamientos durante su estancia en México, alude a la inestabilidad de los gobiernos y a la nula participación del pueblo en la llamada República, que se comporta con una total pasividad. Con la ironía que la caracteriza, hace los siguientes comentarios sobre el pronunciamiento que, a favor del federalismo hicieron en la ciudad de México, Gómez Farías y el general Urrea, en julio de 1840:

Es asombrosa la calma de que ha dado muestras el pueblo soberano durante todo este período. ¿En cuál otra ciudad del mundo se habría abstenido de tomar parte al lado de éste o del otro bando? Las tien-

das están cerradas, los artesanos carecen de ocupación, hay millones de gente ociosa que vive sabrá Dios cómo, y sin embargo, no han ocurrido motines, no existe confusión ni aparentemente hay impaciencia. Grupos del pueblo se reúnen en las calles o se detienen a conversar frente a sus puertas a discutir las contingencias, pero esperan las decisiones de sus jefes militares, como si se tratara de un juicio divino contra el cuál toda apelación es inútil e impía.⁹

Durante el segundo levantamiento, el del general Valencia en la ciudad de México en 1841, que da lugar a la renuncia del presidente Bustamante, vuelve a sorprenderse: "Esta revolución -comenta- parece una partida de ajedrez en la que reyes, torres, caballos y alfiles hacen movimientos diversos, mientras los peones miran, sin tomar parte en el juego"¹⁰. Y continúa "...el comportamiento del pueblo es, para nosotros, inagotable fuente de sorpresas"¹¹.

La marquesa siente que nadie aprovecha o conduce por el buen camino a la gente y le sorprende muchísimo que ésta, a pesar de sus carencias, no exija sus derechos y privilegios y tenga una participación activa en la vida pública. Para los anglosajones era inaceptable y rechazaban la idea de que la forma de gobierno en México fuera la república; para ellos se trataba de una aristocracia dominante y no de una democracia participativa.

Nadie hacía hecho nada por mejorar las condiciones generales del pueblo y la independencia de España no había logrado cambiar la situación. Todos los viajeros, con mayor o menor énfasis, señalan como culpables a la iglesia y a una minoría privilegiada que, por conveniencia, lo mantenía en la ignorancia y

la ignominia. Para Kendall, por ejemplo:

Las inmensas riquezas de México se encuentran en unos cuantos, cuyo número se acerca al de los barones ingleses bajo el sistema feudal, y son dichas riquezas las que les confieren poder sobre los numerosos y abyectos pobres; nunca habrá un cambio - en favor de las clases bajas hasta que no se efectúe una revolución completa y radical en la propia naturaleza de los habitantes o hasta que el país - caiga en otras manos ¹².

Norman también encuentra en el carácter de los mexicanos el obstáculo mayor para el funcionamiento de una república:

El gobierno que se estableció en 1823 fue una república confederada, copiada, por lo demás, de la que rige en Estados Unidos. Como sistema de gobierno es el más adecuado para hacer feliz a la gente virtuosa e inteligente, pero no se puede adaptar a una comunidad compuesta, por un lado, de ociosos - revoltosos, ambiciosos y sin escrúpulos, y por el otro de un populacho ignorante y fanático ¹³.

Este "ser" mexicano imposibilitaba cualquier tipo de mejoría en el país. La actuación o práctica política dependía de la esencia ética de los habitantes, y ante la inestabilidad de la política mexicana las censuras de ingleses y norteamericanos, coinciden al sentir ese ser: "desorbitado, fanático, servil y despótico, a saber hispánico, oscurecido por la religión y podredumbre católicos" ¹⁴.

La única solución para regenerar al país parecen encontrarla en la llegada de una nueva raza, que aportase los principios morales necesarios para producir un cambio positivo.

El gobierno republicano de los Estados Unidos del Norte consolidaba los ideales de la Ilustración, y su población convencida de esto, sentía que daba ejemplo al mundo de lo que podía lograr en pocos años un pueblo compuesto de gente virtuosa y austera, virtudes surgidas de los principios calvinistas. A pesar de la llegada de otras religiones, dichos valores perduraron y, con el tiempo, se convirtieron en principios nacionales. La república mexicana que ellos observaban, distorsionaba por completo el modelo republicano establecido en Norteamérica, los fundamentos éticos no eran los mismos.

Lo que veían los viajeros en México se alejaba mucho de su concepto, democrático de igualdad. La fastuosidad, riqueza y ostentación que exhibían el presidente, su gabinete y el clero, es decir, la minoría que ostentaban el poder, parecían más acordes con una minoría aristocrática, que con el ideal republicano que reclama sencillez y austeridad.

A la marquesa Calderón de la Barca que, como esposa del representante de España en México, asiste a la apertura de las sesiones del Congreso, le sorprende el protocolo con que es recibido el presidente Bustamante, por considerarlo más apropiado para un monarca. Al respecto, dice: "La cantidad de sacerdotes con sus grandes sombreros de teja, y la entrada del presidente, anunciado por la música y golpe de trompetas, y seguido por su Estado Mayor, ofrecía un aspecto tan antirrepublicano como pudiera uno desear que fuera una asamblea"¹⁵.

A esa ostentación, tan hispánica como poco anglosajona, alude constantemente la marquesa por el asombro que le causa, quizá por llamativa, y ser tan distinta a lo que estaba acostumbrada.

da. La exhibe por igual el poder ejecutivo, la corte, como llama ella al gabinete, que las damas de alta sociedad.

Mayer, después de describir minuciosamente la recepción en que se presentó el cuerpo diplomático a Santa Anna, explica:

Si he sido tan minucioso en repetiros los pormenores de esta ceremonia, no es porque crea que interesan al lector las reseñas de saludos y discursos oficiales, sino porque semejante escena se efectuó en una República, ante el Presidente de una República y en un Palacio Nacional rodeado de soldadesca, entre redobles de tambores, sonar de trompetas y además zarandajas propias de una corte ¹⁶.

Ceremonia que a continuación compara con lo que sucede en Estados Unidos:

Tales pormenores parecen extraños a quienes, entrando por una puerta que no guarda ningún portero, y sin necesidad de pasar entre filas de ceñudos centinelas, y sin pompas ni aparatos militares, llegan hasta el Presidente de nuestro país, más afortunado, y lo encuentran sentado en su sencilla silla de recibo, junto a una chimenea acogedora, vestido con ropas decentes, pero modestas; y listo para daros la mano sin ceremonias e invitaros a tomar asiento junto al fuego ¹⁷.

En el párrafo anterior aparece sintetizada la mitología democrático-norteamericana; la misma oportunidad para todos, la re

pública iguala a los hombres, cualquier ciudadano puede ocupar la silla presidencial, y además, por lo visto, cualquier ciudadano, según Mayer, con sólo tocar la puerta podía entrevistarse con el presidente y sentarse con él al lado de la chimenea. En Washington, afirma Guillian, el presidente "...asume en público no ser otra cosa que un servidor del pueblo, y un ciudadano privado".¹⁸

En cambio, le parece una burla antirrepublicana ver aparecer al general Canalizo, en su carruaje, acompañado de su guardia de lanceros. Como Mayer, siente la necesidad de denunciar esas farsas que traicionan a las instituciones democráticas y corrompen las ideales de igualdad entre los ciudadanos. A los de su país les dice:

Informo a los sencillos ciudadanos de los Estados Unidos del extraordinario espectáculo que fue ver al primer oficial de la república mexicana en su carruaje, con una vistosidad y fastuosidad reales para ustedes inimaginables, pero aquí acostumbradas. Ahora, lo que más me sorprendió y verdaderamente me indignó fue contemplar al jefe de un gobierno republicano al frente de la llamativa exhibición, llena de incidentes propios del orgullo real, para complacer y engañar a gente murmuradora.¹⁹

Estas exhibiciones contradecían el verdadero sentido de la republicanidad, lo que las hace más increíbles y criticables, de aquí que Guillian al comentario anterior, añada:

Yo creía que en el siglo diecinueve, los republicanos de todo el continente americano habían hecho

a un lado y desdeñado el oropel propio de la ostentación monárquica y aristocrática, para basar su noble fuerza exclusivamente en la pureza de sus principios constitucionales y su devoción al progreso del país²⁰.

A Thompson también le parece que las costumbres mexicanas están muy lejos de la valorada sencillez norteamericana. Cuando se presentó el cuerpo diplomático, durante la ceremonia de los viáticos para la señora de Santa Anna, el presidente y todo su gabinete vestían ricos uniformes militares, lo que da ocasión a que Thompson compare con lo que ocurre en su país: "Me sorprendió el contraste con la sencillez de los trajes que usa el presidente de Estados Unidos; pero fue revelador observar la diferencia entre los dos gobiernos: la semejanza principal entre ambos es el nombre; ya que si México ha sido alguna vez una república, ha sido una república militar"²¹.

Para los norteamericanos las ceremonias y manifestaciones descritas no tienen cabida en un régimen republicano. Todos los viajeros comentan sobre los uniformes de gala, las joyas, el protocolo y los gastos; un boato de origen monárquico, que tiene de telón de fondo a la iglesia católica, que España dejó como herencia a los mexicanos.

Sin una auténtica república democrática el país no podía progresar; el ejército y el clero compartían el poder y el resto de la población no hacía nada por cambiar esta situación, impedida como estaba por los que la dominaban, que obstaculizaban su progreso para ser ellos los únicos privilegiados. Mayer a este respecto, dice:

Así pues, entre el Ejército y la Iglesia (aquél por el poder directo de la autoridad y de la fuerza, y ésta con sus no menos terribles armas espirituales) tienen a la nación sujeta exclusivamente a dos influjos, siendo la masa del pueblo demasiado ignorante y desunida, y la gente rica y educada demasiado indolente o pacífica para intervenir a favor del progreso de la democracia en el país. Esta doble dominación se le recuerda a uno en el incessante redoble de tambores y tañer de campanas, que de la mañana hasta la media noche le están a uno moliendo las orejas, y que apaga el ruido de la industria y el trabajo.²²

Entre los años de 1830 y 1847, período de este estudio, como ya se dijo, la figura política que domina el escenario mexicano es la de Antonio López de Santa Anna, personaje clave y controvertido que, para muchos de los visitantes, resume en su persona todas las contradicciones y defectos que caracterizaban al mexicano descrito por ellos, con tanto énfasis y colorido. Dado su protagonismo, casi todos los viajeros se ocupan de él y lo utilizan para resaltar, por comparación, las virtudes anglosajonas, convencidos de que son las destinadas a prevalecer en el mundo, o por lo menos, en América.

Thompson hace una apología de Santa Anna con la intención de borrar la idea de monstruo sanguinario que muchos querían ver en él²³, y después de confesarse su admirador, acepta que no es precisamente un hombre modelo: "...tiene muchas fallas y algunos defectos tanto públicos como privados; pero también muchas virtudes estimables y generosas; gran parte de sus vicios son atribuibles a su país y educación".²⁴

Es como si la población tuviera un cáncer que era necesario ex

tirpar, apreciación que desemboca en la idea de regeneración - que velada o manifiestamente aparece en los escritos de los - viajeros. Para Ruxton, todos los pecados de Santa Anna asoman en su rostro:

De hecho, nunca había visto una fisonomía en donde las perversas pasiones, que él notoriamente -- posee, estuvieran tan fuertemente señaladas. En -- cada rasgo están malignamente marcadas, la duplici-
dad resbalosa, la traición, la avaricia y la sen-
sualidad, y confirma la verdad de su conocido ca-
rácter, la impresión que sus vicios han estampado en su cara. En persona, es grave y no exento de -- maneras de gente bien nacida, lo que le granjea -- opiniones favorables superficiales, sobre todo del sexo débil, para quien siempre tiene las más corte-
ses atenciones .²⁵

Para Latrobe, Santa Anna es "...un horrible ser de poco genio o talento, pero más astuto que aquéllos que, como él, practican el arte vil de la intriga, en la que han caído tropas -- bien guiadas y más de algún viejo compañero"²⁶.

Norman considera a Santa Anna un traidor a los principios de la libertad y la democracia. Con motivo de la quema de judas en Semana Santa, piensa: "Colgar la efigie de Judas Iscariote, dieciocho siglos después de que él se ahorcó desesperado por -- su traición, y levantar un monumento a Antonio López de Santa Anna, me parece, en alguna forma, una diversión incongruente, pero estos mexicanos tienen sus costumbres, por extrañas que -- parezcan".²⁷

Cada vez que menciona a Santa Anna, demuestra Guillian la enor

me antipatía que tiene a este personaje, símbolo de corrupción y degradación. Si se encuentra en el poder es gracias al apoyo militar y no al sufragio popular, y el protocolo que lo rodea, así como el despliegue de riquezas, hacen exclamar a --
 Guillian: "...en tanto aliente en mi corazón el espíritu de un virginiano, nunca toleraré una usurpación militar y un despotismo dictatorial".²⁸

Todos los pecados de Santa Anna, incluso la avaricia y su pasión de poder, se podrían perdonar, opina Guillian, si hubiera hecho de su pueblo gente honesta e industriosa, pero entre los gobernantes existe gran corrupción. Asegura dicho autor, que durante su estancia en México oyó tanto sobre esta corrupción, que no duda en darla a conocer, y para corroborarla cita las enormes propiedades de Santa Anna en el estado de Veracruz.

Como un testimonio más de la corrupción de los gobernantes, menciona Guillian al general Canalizo, presidente interino y para el autor "dictador provisional"; por ser el de dictador el apelativo que mejor cuadra al presidente mexicano, y de él refiere que a dos meses de haber ocupado el cargo pagó por unas propiedades doscientos mil dólares, cuyo valor antes de ser él nombrado apenas llegaría a la mitad. Y concluye, "...es notorio como en México ocupar un cargo público es hacer una fortuna"²⁹.

La ascendencia calvinista y protestante de los viajeros encuentra en todos los aspectos de la vida política y religiosa el poder de la iglesia, con todo el fanatismo y superchería propios de la religión católica. Por eso vieron con franca simpatía la reforma liberal de 1833, que intentó limitar el poder eclesiástico. Cuando Latrobe llegó a México en 1834, el país era un verdadero polvorín, por la reacción que levantó dicha reforma, cuyo fracaso él lamenta:

El partido más ilustrado, compuesto por aquéllos que están en contra del fanatismo ignorante de sus conciudadanos y deseosos de introducir la política más avanzada de los Estados Unidos o Europa, se encontraban en desgracia, sus jefes exiliados y ellos mismos bajo la vigilancia del partido en el poder. Sus proyectos perecieron con ellos, las reformas a la educación fueron celosamente desaprobadas, el odio a los extranjeros se llevó a un extremo ridículo, y la administración de la justicia se violó de la manera más infame ³⁰.

Con el gobierno liberal pudo haberse dado el cambio, pero los continuos pronunciamientos, que al triunfar proponían modificaciones a la constitución, hacían fracasar las buenas intenciones, como señala lamentándolo en tonos vivos, el mismo Latrobe:

Nadie que haya pasado un mes en México pretendería asegurar que el estado actual del país es halagüeño para los defensores del republicano. Detectará la falta de un sistema, de confianza pública y privada, así como de esfuerzo para que las leyes se cumplan o se mantenga el orden. ³¹

La situación del aparato político se explica por la carencia de virtudes ciudadanas que caracteriza a la población, y así Latrobe continúa:

...existe una ausencia total de patriotismo, una ignorancia generalizada y gran diferencia al valor de la educación, ligadas ambas a la arrogancia y -

el orgullo; hay una ausencia increíble de hombres de talento de cualquier tipo, ya sea natural o adquirido, y un intolerable respaldo a la superstición y al más oscuro fanatismo; el más indigno partidismo se coloca en lugar del patriotismo, y el gobierno actual no tiene el poder para gobernar efectivamente, aun cuando su deseo fuera sincero.³²

Con la abolición de las reformas de 1833, había fallado el único intento serio para iniciar el cambio y llegar al establecimiento de un gobierno con las libertades requeridas por un verdadero sistema republicano, en especial, la religiosa, ya que la estructura y el poder que ésta tenía en esos momentos era el origen y la causa de todos los males que asediaban al país. Diez años después, Kendall no veía la situación muy distinta a la descrita por Latrobe. Como éste, también sentía que el partido liberal era el que podría llenar los requisitos necesarios para cumplir con el programa republicano, que, de hecho, no existía, pero eran innumerables los obstáculos.

Kendall reconoce que: "Hay muchos políticos, entre los federalistas mexicanos, liberales, ilustrados y bien intencionados, hombres de gran honestidad moral, ansiosos de dirigir el país sobre las bases de la república..."³³ Pero estos hombres poco pueden lograr; en primer lugar, está Santa Anna con un gobierno despótico y arbitrario, bueno, opina Kendall: "...Para mantener a su pueblo en sujeción, como puede entenderlo cualquiera que haya estado en México".³⁴ Pero sin una sola cualidad para gobernar al país, ya que en él: "...actúa en todo momento su propio egoísmo en lugar de su amor por la nación"³⁵.

Los políticos liberales debían superar las dificultades causadas por todos los males que germinaban en la nación, represen-

tados para Kendall en:

...una población ignorante difícil de manejar y -- completamente incapaz de gobernarse a sí misma; a -- lo que habría que añadir la influencia y el poder -- del clero, y, como si esto fuera poco, (estaban tam -- bién) los proyectos ambiciosos y egoístas de Santa -- Anna y detrás de él los de media docena de oficia -- les militares, a los que solamente la falta de ta -- lento y energía impedía convertirse en opositores; -- igual que lo era Santa Anna, de la supremacía del -- poder civil .³⁶

"Con todas las resistencias al avance pesando sobre sus esfuer -- zos -Kendall se pregunta- ¿qué esperanzas de éxito pueden te -- ner los amigos y partidarios de un gobierno libre?"³⁷ . Para es -- te autor sólo hubo un momento fugaz en el que México siguió -- los pasos que dio Estados Unidos para establecer la democracia -- el representado por un sacerdote guiando a la nación al ini -- ciarse la guerra de independencia, con el que acabó enseguida -- el despotismo militar y el triunfo de los intereses particula -- res.

Al contemplar la situación que vive México en los años cuaren -- ta del siglo XIX, Kendall interroga: "¿Dónde está la lección re -- cibida de los vecinos del norte?, la gente pobre no se encuen -- tra hoy en mejores condiciones que durante la dominación espa -- ñola".³⁸

Thompson llegó a México en 1842, cuando el Congreso discutía -- una nueva Constitución, a cuyas sesiones acude. Los debates, -- opina: "...eran suficientemente inteligentes, pero menciona -- ban mucho a Grecia y a Roma; tal vez el ejemplo de estos países

estaba más acorde con sus gustos y propósitos, que el de otros más modernos y libres".³⁹

Sin embargo, estas sesiones que a juicio del autor hubieran llevado a la expedición de una constitución federal, no concluyen, ya que el congreso fue disuelto por el enfrentamiento entre conservadores y liberales y formar estos últimos la mayoría. En su lugar se nombró una junta de personas notables, que expidió las "Bases Orgánicas", en 1843. Santa Anna se retiró a su hacienda veracruzana y el general Bravo quedó como presidente interino, y de nuevo estallaron pronunciamientos en todo el país. Sobre la clausura de las sesiones del Congreso, Thompson comenta:

El hecho fue celebrado con un gran desfile militar por las calles de México. La verdad, nunca he visto algo tan repugnante ni que me haya desalentado tanto acerca del futuro destino de México. El desfile pasó frente a mi puerta, y no puedo expresar el sentimiento que me produjo ver a esa soldadesca ignorante y envilecida, encabezada por unos oficiales, tan ignorantes como sus subalternos, de los auténticos principios de un gobierno ideado para asegurar las libertades del pueblo, que por eso podían celebrar el triunfo de la fuerza bruta sobre el deseo del pueblo honradamente expresado.⁴⁰

Los viajeros coinciden en la apreciación de lo poco que se puede esperar del país; México no daba pruebas de mejorar su situación y nada de lo que percibían y describieron coincidía con los valores proclamados por la República del Norte.

La necesidad de "regeneración" era urgente y ésta requería la presencia de otra raza más virtuosa. Para los viajeros estudiados, la solución sería que México abriera las puertas a la inmigración extranjera, movimiento que plantean como gradual y pacífico, aunque conocían bien el interés que Estados Unidos tenía sobre el país y no les era ajeno el movimiento texano de independencia y anexión; procedimiento de incorporación en el que quizá entreven la mejor solución, aunque no lo manifiesten abiertamente en sus escritos.

Lo que sí quedaba claro es que México necesitaba sacudirse las ataduras hispánicas y hacer "buen uso" de su libertad; mientras el mexicano no se reeducara en los verdaderos principios republicanos, a los que avalaba la grandeza y el progreso logrados en Estados Unidos, su inestabilidad política justificaba una invasión armada de cualquier potencia en nombre de los ideales republicanos.

NOTAS

- 1 B. Mayer (1953), p. 456.
- 2 G. Ruxton (1847), p. 106.
- 3 A. Guilliam (1847), p. 158.
- 4 Loc. cit.
- 5 G. Ruxton, loc. cit.
- 6 B. Mayer, loc. cit.
- 7 Loc. cit.
- 8 Ibidem., p. 457.
- 9 Mme. Calderón de la Barca (1967), pp. 184-85.
- 10 Ibidem., p. 308.
- 11 Ibidem., p. 310.
- 12 G. W. Kendall (1856) II vol. p. 114.
- 13 B. Norman (1845), p. 117.
- 14 J. A. Ortega y Medina (1955), p. 128.
- 15 Mme. Calderón de la Barca, op. cit., p. 53.
- 16 B. Mayer, op. cit., p. 103.
- 17 Loc. cit.
- 18 A. Guilliam, op. cit., p. 100
- 19 Loc. cit.
- 20 Loc. cit.
- 21 W. Thompson (1846), p. 54.
- 22 B. Mayer, op. cit., p. 446.
- 23 W. Thompson, op. cit., p. 65.
- 24 Ibidem., p. 80.

- 25 G. Ruxton, op. cit., p. 18
- 26 Ch. Latrobe (1836), p. 153.
- 27 B. Norman, op. cit., p. 179
- 28 A. Guillian, op. cit., p. 107.
- 29 Ibidem., p. 121.
- 30 Ch. Latrobe, op. cit., pp. 154-155.
- 31 Ibidem., pp. 302-303.
- 32 Ibidem., p. 303.
- 33 G. W. Kendall, op. cit., II vol. p. 365.
- 34 Loc. cit.
- 35 Loc. cit.
- 36 Ibidem., p. 366.
- 37 Ibidem., p. 367.
- 38 Ibidem., p. 69.
- 39 W. Thompson, op. cit., p. 179.
- 40 Ibidem., pp. 179-180.

6. IGLESIA: PAPISTA, HISPANICA E IDOLATRICA

El catolicismo fue visto con enorme hostilidad por todos los viajeros. Los continuos ataques que hacen contra esta doctrina, siguen la línea de la confrontación cultural entre dos formas de pensamiento, que se remonta al siglo XVI, y que definió, en gran medida, las características sociales y económicas de las dos naciones que se alzaron como las defensoras y propagadoras de su propia iglesia: España e Inglaterra.

Dado el momento histórico del enfrentamiento de estos dos países, es en América y en su proyecto evangelizador, en donde cada uno se esforzará por demostrar las bondades de su doctrina, y en donde encontrarán la justificación para legitimar los derechos de colonización.

La controversia evangelizadora entre los misioneros católicos y los puritanos la heredan mexicanos y norteamericanos en el siglo XIX. Estos últimos, retoman los dogmas que dividieron "a la cristiandad en dos mitades tan espiritualmente distintas como ética y económicamente opuestas"¹, y los utilizan para confirmar el fracaso evangelizador español, que promovió, entre otros aspectos, un sincretismo religioso entre las creencias indígenas y el catolicismo peninsular. Sincretismo que, en sus variadas manifestaciones, observan los viajeros con horror.

Según Kendall, inicialmente los españoles trataron de inculcar la religión católica a los indios por medio de la fuerza y la crueldad; después, con una actitud más humana, permitieron mezclar sus supersticiones a los ritos católicos para ganárselos, lo que dio lugar a las anomalías que pudo observar en sus ceremonias.² El autor condena el amalgamamiento permitido por los misioneros españoles, incapaces de erradicar la superstición, porque tuvo, según su opinión, un resultado funesto:

"...hasta nuestros días, la religión de una gran parte de la clase mestiza es una mezcla de extravagantes y grotescas ceremonias (provenientes de los indígenas) y de las solemnes e impertubables, propias de la religión de la iglesia romana".³

La hostilidad contra el catolicismo español admite ataques sin reparar en las diferencias de fondo. Se le acusa por su permisividad ante las creencias indígenas y, al mismo tiempo, se le denuncia por la crueldad mostrada para erradicar las mismas. Latrobe, viajero inglés que estuvo tres meses en México, se indigna al contemplar ciertas prácticas:

"¿Y esto es cristianismo? ¿Es esto el culto al único Dios verdadero, el que para ser implantado en lugar de las supersticiones existentes dio lugar a que esta vasta región los conquistadores españoles derramaran la sangre de millones de paganos ignorantes?"⁴

Y, a continuación retoma, como lo hacen otros viajeros, lo más trillado de la "leyenda negra", y así asevera que los conquistadores españoles:

"Para justificar su crueldad contra los nativos pregonaron su idolatría y los sacrificios humanos que practicaban, argumentos que exageraron y acomodaron a su interés por provocar el horror y borrar la compasión que pudieran sentir hacia ellos los fanáticos católicos europeos; la exageración les fue necesaria para justificar en algún grado las innegables atrocidades perpetradas contra los indios".⁵

La leyenda negra se convirtió en historia que, a fuerza de ser repetida, reafirmaba a los anglosajones en la idea del triunfo - espiritual conseguido por ellos en Norteamérica y, por ende, - del fracaso del español en sus colonias:

"...esta mezcolanza -dice Mayer- de añejas exterioridades bárbaras y ritos indígenas pudo servir, -- quizá, para atraer a los pobladores primitivos en los comienzos de la colonización; pero el conservarlas no se compecece con la mentalidad de nuestra época ni con las necesidades de la República".⁶

Esta recriminación constante a la iglesia católica española, - que permitió la infiltración de ritos paganos para conseguir - adeptos a su doctrina, sirve a los viajeros para destacar su - fracaso. No había logrado conservar la pureza de la religión y de sus principios morales, en un claro contraste con lo lo-- grado por los peregrinos rígidos y austeros que se asentaron - en Massachussetts.

No sólo la mezcolanza de ritos, la mezcla de sangre y de razas es inadmisibile a la luz del puritanismo inglés, que veía en la más leve desviación del espíritu, no ya de la carne, un signo evidente de condenación, que estigmatizaban con el rechazo y - el aislamiento del grupo. En esta negación del aspecto carnal del hombre hacen residir su superioridad moral. Superioridad - que comprueba la tesis puritana, que relaciona la salvación - con el éxito que supone alcanzar la prosperidad, a la que van unidas virtudes tales como orden, austeridad y limpieza.

Thompson, en el prólogo a su libro Recuerdos de México, dice - que escribe para denunciar la forma en que se practica la reli- gión católica en México, la que de ser general, haría extensi-

92

va a todos los países que profesan la religión de Roma. Ya que, para alguien como él:

"...educado en la nada ostentosa pureza y simplicidad de la religión protestante, encuentro muy chocante la pompa y fastuosidad del ritual católico - que se practica en México, e igualmente desagradables las repugnantes mascaradas e imposturas que degradan a la religión cristiana convirtiéndola en absurda, ridícula y venal superstición"⁷.

Para los anglosajones, la observancia de los principios religiosos es la base de la estructura social y lo que veían en México les parecía indigno de un pueblo que pretendía se le considerara una nación civilizada.

La diferencia teológica sobre el culto a las imágenes, que la iglesia reformada desechó, va a dar lugar a las críticas y ataques más despiadados de los viajeros, que ven en ello signos evidentes de idolatría, auspiciada por el clero y aprovechada, por los líderes civiles para engañar al pueblo.

Thompson se remonta a la época de Hernán Cortés, del que dice encontró "en una muñeca" la forma de infundir valor a su ejército tras la derrota de la llamada Noche Triste. Muñeca que exhibió ante sus soldados como si de la Virgen María se tratara, que enviada del cielo, había prometido interceder por ellos.⁸ Realizada la conquista, Cortés mandó construir una capilla en el lugar del milagro, en donde se veneraba la Virgen de los Remedios que, para Thompson, no era otra cosa que "una muñeca de alabastro, con la nariz rota y un ojo vacío".⁹

Para Latrobe tanto la Virgen de los Remedios como la de Guada

lupe, de la que decía había sustituido a la diosa Tonatzin, comprobaban la superstición del pueblo mexicano. Kendall recoge la opinión de Latrobe, y con respecto a la veneración por esta última imagen, comenta: "es interesante como ejemplo de las absurdas supersticiones e imposturas con las que en un principio fueron engañados los pobres indios, por un clero astuto"¹⁰.

Mayer convierte a Hidalgo en un farsante, que se valió de los más bajos ardides para conseguir sus fines. Dice de él que, en la mitad de una arenga política, se dirigía a una imagen de la Virgen de Guadalupe, cuya cabeza movable accionaba por medio de un resorte, "que movía para que asintiera a las preguntas que le hacía frente a la multitud, aprovechándose, así, de la ignorancia de la misma".¹¹

La antipatía de Mayer por Hidalgo se debe a que es un representante de la iglesia que explota "el supersticioso poder de dominación que ejercía el clero sobre la muchedumbre de los indios insurgentes"¹².

Excepto la señora Calderón de la Barca, quizá por respeto a la religión que profesa su marido, el resto de los viajeros critica ácremente la superchería y el culto a las imágenes, en las que encuentran verdaderas atrocidades dogmáticas, sostenidas por una iglesia falsa, que engaña con esas triquiñuelas a su grey y explota, así, la ignorancia de ésta en su propio beneficio.

La marquesa, inclusive, no puede evitar un comentario gracioso sobre las imágenes milagrosas y al narrar su recorrido por Veracruz, comenta: "Dirigimos nuestros pasos hacia una vieja iglesia, en la que las muchachas deseosas de casarse acostumbraban o acostumbraban tirarle una piedra a un santo, y su buena suerte depende de cómo se le apedrea, con lo que el santo se encuentra en condiciones lamentables".¹³

Al observar Thompson que en casi todas las casas existía una pintura de la imagen de la Virgen de Guadalupe, con la leyenda en latín "non fecit taliter omni natione", preguntó a un amigo la traducción, y la respuesta de éste "que nunca ella ha hecho tan excrables necios de ningún otro pueblo"¹⁴, le parece la traducción más precisa, aunque sea la menos literal.

El comentario anterior denota un enorme menosprecio a la idiosincracia y formas de expresión religiosa propias de un pueblo que amalgamó dos culturas, y en cuyos resultados estriba, precisamente, la condena de los anglosajones, para los que era de sagradable todo lo que no guardaba una pureza de contenido, de acuerdo con sus propios conceptos.

Las técnicas audiovisuales, que incluso hoy resultan modernas, utilizadas por los misioneros españoles para adoctrinar al indio y que prevalecieron en el tiempo, como son las representaciones teatrales, pastorelas, posadas, procesiones, bailables y, en general, todas las manifestaciones populares ligadas a las festividades solemnes son tradiciones incomprensibles para la mentalidad anglosajona.

En el pensamiento reformista propio de los viajeros, las tradiciones populares no tienen cabida y son calificadas de ritos pagano-religiosos, poco respetuosas y groseras. Para Mayer constituyen vergonzosas exhibiciones, nocivas tanto para el progreso intelectual como para la adoración pura y espiritual hacia Dios.¹⁵ Parecen olvidar, ellos tan buenos y constantes lectores de la Biblia, el baile que David ejecuta frente al Arca de la Alianza, y Guiliam, por ejemplo, exclama al ver danzar a unos indios ante un altar lleno de flores:

"Estaba convencido de que San Pablo habría enrojecido en nombre de la religión cristiana si hubiera

podido contemplar el bárbaro espectáculo; me sorprende que en esta época de una iglesia ilustrada, algunos sacerdotes piadosos no rueguen al Papa que purgue a la religión católica en México de las doctrinas enfermizas y heréticas".¹⁶

Cuánto pecado y ausencia de principios encuentran los viajeros en las festividades religiosas llenas de música y de flores, y para ellos, de una ostentosa riqueza y sensualidad, que prueba el debilitamiento del espíritu y lleva al mexicano a caricaturizar los aspectos más solemnes del cristianismo. Al terminar las ceremonias de Semana Santa, Mayer comenta:

"Entre humaredas, alaridos, chacota, trapisonda de carruajes, piafar de caballos, tronar de judas, cacería de perros a lazo y desatinos de toda suerte se puso término a esta farsa caricaturesca del acontecimiento más tremendo de la historia de la religión. Las clases superiores menoscaban el efecto de las solemnidades con su vanidosa ostentación personal, y se hecha a perder por completo con el espectáculo bárbaro y chabacano que se exhibe para dejar pasmado y boquiabierto al vulgo ignorante y rastrero".¹⁷

Todas estas manifestaciones mexicanas son la antítesis de lo practicado por sus antepasado los peregrinos, prácticas que incorporadas con el tiempo a su tradición cultural, hacen a ésta enormemente rígida, austera y plena de incompreensión hacia lo que no le es propio. Como se había ya mencionado, hay una condena unánime y absoluta a los métodos de evangelización de los misioneros españoles, en los que encuentran una permisividad -

peligrosa y muy alejada, como lo mencionan varios de los viajeros, del verdadero espíritu del cristianismo.

Las ceremonias dan pie a que se critique, también, la mezcla indiscriminada de clases que se observa en las mismas. Todos participan por igual, desde los más ricos a los más pobres y convive el lépero con el señor y la india con la dama, situación que sorprende mucho a los demócratas viajeros y les permite acusar a todos por igual, ya que como actores o espectadores todos intervienen juntos.

Otro de los aspectos denunciados es el papel de promotor que tiene el clero, al que se califica de ignorante, bárbaro y chabacano, entre otros epítetos, porque encargado de enseñar la verdadera religión, permite ceremonias supersticiosas y degradantes, y muestra su corrupción al aprovechar las mismas y la ignorancia de la gente en beneficio propio. Para Latrobe son evidentes los signos de la influencia de la iglesia:

"Las pruebas del dominio de la religión papista se pueden ver en cualquier calle, abundan pinturas, capillas y procesiones. Hay pocos lugares, en una u otra parte de las fachadas en donde no se pueda descubrir 'consagrado en piedra' a un santo patrón"¹⁸.

A Kendall, al igual que a otros viajeros, le llama la atención el nombre que se da a lugares "no santos":

"Casi todos sus mesones y fondas tienen denominaciones religiosas. Frecuentemente paramos en la taberna del Espíritu Santo, el hotel de la Santa Cruz y otros, la traducción de cuyos nombres pare-

cería irreverente y casi blasfema a mis compatrio-
tos" 19.

Todo esto parece ofensivo a los viajeros. El conflicto religioso entre ambas doctrinas, que empezara siglos antes, continúa y se hace patente en la mayor parte de los viajeros, que aparecen como pequeños o grandes reformadores que, al igual que lo hicieron Calvino y Lutero, atacan los dogmas y las prácticas religiosas: bendiciones, venta de indulgencias y servicios religiosos, que sirven solamente para enriquecer a un clero licencioso y sin principios.

Consciente o inconscientemente, y ya sea de manera implícita o explícita, los viajeros denuncian a una iglesia con la que ellos habían roto siglos antes por considerarla alejada de los principios practicados por Cristo, y que en México evidenciaba plenamente su fracaso dado el paganismo disfrazado en que la convirtieron los misioneros. Hay en ellos un sentimiento de cruzada reformadora, que recuerda a Thomas Gage convenciendo a Cromwell para que ayude a liberar del pecado y el oscurantismo a estos pueblos de América. Claro que, como en toda cruzada religiosa, los beneficios materiales serían una buena recompensa a tan nobles fines.

Los viajeros estaban seguros de que el clero mexicano defendería ferozmente sus instituciones y privilegios y que dada la penetración e influencia que tenía sobre el pueblo, las posibilidades de cambio eran nulas. Mientras la iglesia católica conservara el monopolio religioso su fuerza seguiría intacta. La combinación de esta iglesia poderosa y sin libertad de cultos con una forma de gobierno republicana, les parece irreconciliable.

Thompson, por ejemplo, cuestiona la oportunidad que tiene un

pueblo de cambiar su situación, si no es capaz de pensar por él mismo y, así, no se permite dudar del dogma eucarístico, - dejando la respuesta a los sacerdotes, con el argumento de que son ellos los que tienen el conocimiento. Las consideraciones anteriores llevan a Thompson a preguntar abiertamente: "¿Pueden los hombres romper las cadenas del despotismo o sostener instituciones libres, cuando delegan en otros el privilegio y autoridad de pensar por ellos en asuntos que conciernen a su eterno bienestar?".²⁰

Norman encuentra precisamente en la herencia-religiosa la diferencia en el desarrollo obtenido por ambos países:

"Agradecemos devotamente al cielo el que nuestros padres hayan amado más la libertad que el poder, y trazado anchas y profundas bases en la inteligencia, virtud y religión y no en la superstición y fanática devoción a las formas o a una ciega sumisión a la autoridad eclesiástica; (que lo hayan radicado todo) en la religión que reconoce a Dios como supremo y a todos los hombres iguales, en la que se eleva la gloriosa superestructura de la libertad nacional".²¹

Tal parece que, en efecto, las diferencias espirituales, que dieron lugar a la profunda escisión del siglo XVI, se traducen al lenguaje y tarea políticas exigidos por la época moderna. Como Ortega y Medina asienta:

"...los anglosajones invocando ahora a cambio de su verdad religiosa la democracia política, pero subsumiendo la auténtica igualdad; los otros, los

hispanoamericanos, sustentando la igualdad verdadera de todos los hombres, empero a costa de sus más elementales derechos políticos".²²

Para los anglosajones, no podía cristalizar una forma de gobierno republicano en México, mientras la iglesia se mantuviera como lo había hecho hasta ese momento. En ella encontraban el origen y principio de todos los males que padecía el país, y los golpes de superstición, ignorancia, conformidad y miseria que recibía la muchedumbre rebotaban hacia ella en forma de riqueza, poder e influencia.

Según Ruxton, el clero tenía la culpa de la falta de energía característica del mexicano, que lo mantenía en estado de servidumbre tanto física como moral y que impedía al pueblo levantarse como tal para mejorar su condición o disfrutar de libertad; conceptos estos últimos de los que alardeaba el gobierno, pero que en la práctica no eran sino falsedad y engaño²³.

Los viajeros destacan constantemente los beneficios visibles logrados por los norteamericanos, cimentados en los principios religiosos heredados de sus antepasados, así como en la igualdad entre los hombres, sin hacer explícito, claro está, que esos hombres para ser iguales deberían ser de raza blanca. Esta razón explica, por ejemplo, el desagrado que les produce entrar en una iglesia católica, endonde se mezclan sin distinción todas las razas y clases sociales, así como el efecto que causa ver a una muchedumbre miserable y desvalida, cuyo estado no pueden ni intentan comprender. A lo largo de sus obras, continuamente dan respuesta y solución a lo que encuentran de negativo en la sociedad, pero sin profundizar en la complejidad que tiene la mexicana.

Al igual que para los liberales mexicanos, para Mayer la solu

ción estaba en despojar a la iglesia de su riqueza improductiva, y que los ministros del culto imitaran a los de su país, que sí sabían trabajar en favor del pueblo²⁴. No se trata de que México encuentre los caminos convenientes dentro de su propia idiosincracia, la solución está en la imitación, conforme a un proyecto de regeneración, que plantea el cambio total con base en la negación de las costumbres y la tradición locales.

La riqueza y ostentación de las iglesias mexicanas que choca, como dice Thompson, con la ya citada "...pureza nada ostentosa y simplicidad de la religión protestante"²⁵; corrobora, según el punto de vista de este autor, los subterfugios de que se vale el clero católico para enriquecerse; subterfugios ya mencionados, como son la venta de indulgencias y la bendición de animales, en los que Thompson hace gran hincapié, así como también destaca, por resultarle incomprensible, la costumbre de donar bienes al clero en el momento de la muerte para contar con su intercesión ante el Ser Supremo.

En este mismo orden de apreciaciones, Guillian no sale de su asombro cuando se entera que las mesas de juego a las afueras de la Basílica de Guadalupe, donde se apostaba al "monte", eran propiedad de los mismos sacerdotes²⁶, a los que vio ahí entretenidísimos jugando una partidita. En estos hechos licenciosos y en los ya citados de carácter supersticioso ven ellos los medios que la iglesia aprovecha para obtener unas ganancias que no favorecían al pueblo y lo mantenían, en cambio, en un servilismo lastimero.

Las observaciones críticas de los viajeros en relación con la actuación del clero tienen como denominador común el desvirtuamiento de la religión y la riqueza improductiva. Así, la peca-minosidad generalizada de un clero, cuyo afán de lucro es su único valor real, hace afirmar a Latrobe: "En lo que se refiere a religión, no se mencione ninguna -el Dios del Sur es -

Mammón. No hay nada en el archidegradado catolicismo de Nueva España, que pueda conmover el corazón y elevar la naturaleza humana"²⁷. Mal contagioso que invadía incluso a los jóvenes europeos, como los que conoció en Tampico, que los hacía olvidarse del Dios de sus padres y de las enseñanzas recibidas de ellos.

Peor que lo anterior era que la riqueza acumulada por la iglesia se tradujera en impresionantes construcciones y objetos suntuarios inútiles. Inútiles porque al no ser productivo corrompen el espíritu y se alejan de los principios predicados por el fundador, y por otro lado, se convierten en un capital muerto que no genera bienes de consumo y detiene el desarrollo. En su código moral, que exalta como valores la iniciativa y la eficacia, no hay lugar para lo contemplativo.

Thompson censurará el que se "...hurtase (tanta) riqueza a los útiles propósitos de la circulación monetaria mundial, para desperdiciarse en esos ornamentos bárbaros, incompatibles con el buen gusto y la humildad"²⁸. El entrar en la catedral de la Ciudad de México lo había transportado a los fantásticos cuentos de las Mil y una Noches: "...tal parece -dice- como si toda la riqueza de los imperios estuviera ahí reunida"²⁹.

El esplendor de las iglesias mexicanas causa asombro a todos los viajeros, incluida la marquesa Calderón de la Barca, pero la crítica y el rechazo manifiesto lo acusan en mayor grado Thompson, Mayer, Latrobe y Guillian. Este último al asistir a una ceremonia religiosa, exclama: "Todo es vanidad y perturbación del espíritu"³⁰.

El enfrentamiento entre doctrinas con un mismo origen, pero -- escindidas en el siglo XVI, es patente. Los visitantes anglosajones hallaron en México testimonios que les permitían corroborar y denunciar los males de una religión que, al igual que

sus antepasados, encontraban falsa, tanto en sus aspectos dogmáticos como en los medios que utilizaba para conducir al individuo al conocimiento de la verdad y la búsqueda de su salvación.

El sentido de modernidad y progreso, tan anglosajón y reformista, contrastaba con el atraso y estancamiento propiciado por el catolicismo mexicano, y en esto radicaba la culpa, el pecado y, por consiguiente, la condenación del país. México era el producto de un mundo, como dice Ortega y Medina, "...viciosamente catequizado, revelado y cristianizado".³¹

A más de un buen cristiano del Norte, las ideas anteriores seguramente le hicieron sentir necesaria e impostergable una conquista purificadora que salvara al país y sobre todo a sus habitantes del pecado, provocado y sostenido por una religión que no les permitía progresar y desarrollarse. Convencidos de que su forma de vida, producto de los preceptos religiosos traídos por los grupos calvinistas que emigraron a Massachusetts, era la que debería prevalecer en el continente, se sintieron los elegidos para demostrar al mundo y, en especial a la América Hispana, las bondades de su doctrina.

De acuerdo con la idea predestinatoria, que empata la salvación con los logros materiales obtenidos, las bondades de su doctrina eran visibles, a diferencia de lo que ocurría en México, cuya condenación era por demás evidente, juzgada a la luz de las demostraciones pecaminosas implantadas por la iglesia católica. Iglesia en la que veían al mayor enemigo del progreso, la libertad y la verdadera democracia.

NOTAS

- 1 J. A. Ortega y Medina (1955), p. 96.
- 2 G. W. Kendall (1856), I vol. p. 49.
- 3 Ibidem., p. 182.
- 4 Ch. Latrobe (1836), p. 164.
- 5 Loc. cit.
- 6 B. Mayer (1953), pp. 3-4.
- 7 W. Thompson (1846), p. VI.
- 8 Ibidem., p. 105.
- 9 Ibidem., p. 103.
- 10 G. W. Kendall, op. cit., II vol. p. 214.
- 11 B. Mayer, op. cit., p. 303.
- 12 Loc. cit.
- 13 Mme. Calderón de la Barca (1967), p. 32.
- 14 W. Thompson, op. cit., p. 112.
- 15 B. Mayer, op. cit., p. 4.
- 16 A. Guillian (1847), p. 134.
- 17 B. Mayer, op. cit., p. 205.
- 18 Ch. Latrobe, op. cit., p. 112.
- 19 G. W. Kendall, op. cit., II vol. p. 189.
- 20 W. Thompson, op. cit., p. 109.
- 21 B. Norman (1845), pp. 187-88
- 22 J. A. Ortega y Medina, op. cit., p. 95.
- 23 G. Ruxton (1847), p. 107.
- 24 B. Mayer, op. cit., p. 4.

- 25 W. Thompson, op. cit., p. VI.
- 26 A. Guilliam, op. cit., p. 262.
- 27 Ch. Latrobe, op. cit., p. 26.
- 28 W. Thompson, op. cit., p. 40.
- 29 Ibidem., p. 39.
- 30 A. Guilliam, op. cit., p. 96.
- 31 J. A. Ortega y Medina, op. cit., p. 96.

7. EJERCITO: DEL LEVANTAMIENTO INTERNO A LA INVASION

Las consideraciones de los viajeros sobre la fuerza militar mexicana van más allá del pintoresquismo y la comparación con -- las virtudes de la raza anglosajona, ya que tienen como telón de fondo los conflictos latentes entre ambas naciones y el ambiente expansionista que prevalecía en Estados Unidos, al que no eran ajenos.

La inestabilidad política de México, con todas las implicaciones ideológicas que ésta conllevaba, era ya un elemento de juicio con fuerza suficiente para catalogar de débil al país, pero era necesario tener en cuenta la capacidad de defensa, de ataque y resistencia a la que tendría que enfrentarse Estados Unidos, en caso de que México no se aviniera a ceder voluntariamente los territorios que el gobierno de Washington codiciaba.

De esta alternativa de enfrentamiento, los viajeros no podían prever todavía su magnitud, consecuencias y circunstancias precisas, pero sí su inminencia, dada la actitud adoptada por México durante el conflicto texano. De aquí que no escape a su ojo avizor la situación del ejército de dicho país, y que sus comentarios giren en torno a la formación, capacidad y el armamento con que éste contaba.

Pese a que estos comentarios se suman a los que les dictó la observación de otros aspectos y facetas del país, de acuerdo con la técnica de comparación y análisis que emplean en sus -- obras, es fácil suponer que la descripción que hicieron los -- viajeros del ejército mexicano contribuyó a apuntalar las -- ideas expansionistas, al convencer a más de un ciudadano norteamericano del éxito militar que podían alcanzar sobre México.

Si en la comparación de los aspectos de la vida cotidiana en--

tre México y Estados Unidos era manifiesta la superioridad racial, espiritual y de organización anglosajona, no tenía por que ser distinto en cuanto a la capacidad del ejército mexicano; institución que tenía como defecto de origen, precisamente, la de estar formada por mexicanos, y a la que podía calificarse extensivamente por la opinión individual que éstos les habían merecido.

Conocida esta opinión por lo que se ha consignado en otros capítulos, se comprende que Norman se refiera en los siguientes términos al grueso del ejército:

La tropa del ejército mexicano está compuesta en su gran mayoría por indios nativos. La más grande parodia que en nombre de un soldado pueda siquiera concebirse, ya que se trata de una chusma envilecida, insolente, borracha, y semidesnuda si se compara con aquel regimiento del coronel Pluck, que tan brillantemente se exhibía y que hizo que la atención se fijara en Filadelfia .¹

Norman puede suponer que: "...una sola compañía de soldados anglosajones bien disciplinados, sería mas que suficiente para igualar al ejército mexicano"², ya que le maravilla que alguien pueda realizar algo en México: "...con esa miserable colección de seres semicivilizados y mal preparados, por ser el enlistamiento en general obligatorio; que luchan por unos años constituídos en tiranos insensibles, y no por ellos mismos o por sus hijos".³

Y, refiriéndose ya concretamente a lo sucedido en Texas, Norman continúa su comentario sobre las tropas mexicanas:

Si fue con regimientos como éstos, con los que -- Santa Anna se lanzó a sujetar a las obstinadas provincias texanas, no es de extrañar que un puñado -- de aventureros yanquis, fueran capaces no sólo de mantenerlos acorralados, sino de derrotar por completo tanto a él como a su ejército de espantapájaros .⁴

Con el mismo desprecio que Norman manifiesta en sus anteriores comentarios, Ruxton afirma:

Nada puede imaginarse tan poco parecido a un soldado como un militar mexicano. El ejército regular está compuesto en su totalidad por indios, pigmeos de aspecto miserable, cuyos granaderos miden cinco pies de altura .⁵

Al referirse a la preparación de los soldados, Ruxton asegura que no tienen ninguna disciplina, y que el mexicano ni siquiera es valiente, pero que su brutal indiferencia a la muerte podría volverse a su favor, si fueran bien dirigidos por hombres de coraje y espíritu.⁶

Lo que Ruxton relata sobre el enfrentamiento entre indios comanches y tropas mexicanas, en los territorios del norte, aseguraría el triunfo de cualquier ejército sobre estas últimas. "Las tropas -dice- están empleadas sólo nominalmente para -- contener a los indios, ya que rara vez los atacan, a pesar de que los comanches les dan todas las oportunidades y con un completo desprecio se les enfrentan, con igual número de hombres, en campo abierto, en donde casi invariablemente derrotan a las tropas regulares".⁷

Ruxton narra en su obra varias anécdotas que resultan la incapacidad defensiva de los mexicanos y le permiten calificar a todos los hombres de cobardes. Así, por ejemplo, cuenta que un día en el rancho La Punta, al norte del Sombrerete, al aparecer sorpresivamente unos indios comanches: "Los hombres del lugar corrieron a esconderse, abandonando a las mujeres y los niños a su suerte. De éstas, a las que no se llevaron, las violaron, dejando a otras moribundas atravesadas con flechas y lanzas".⁸

Es relativamente fácil imaginar la impresión que este tipo de anécdotas causaba en la opinión pública norteamericana. De hacer caso a Ruxton, no podía haber un enemigo más débil que el mexicano, de cuya inherente cobardía daba prueba tanto la actuación de sus tropas militares, como la actitud de los hombres del pueblo. Seguramente entre esos norteamericanos no faltarían altruistas, que pensarán en la necesidad y obligación que tenían de salvar de estas atrocidades a los indefensos pobladores de los estados del Norte, en especial a las mujeres y los niños, así como en el agradecimiento que éstos sentirían por su intervención.

Thompson hace un análisis más serio que el de Ruxton sobre las posibilidades que podía tener el ejército mexicano en caso de un enfrentamiento armado. También para él, por arriba del número, pesa la mala preparación que éste tiene, y al respecto comenta: "El ejército mexicano, la caballería en particular, puede ser muy efectiva si luchan entre ellos, pero en un conflicto con nuestras tropas o con las europeas, aquellos no sería una batalla, sino una masacre".⁹

La opinión anterior pone de manifiesto que el ejército mexicano servía solamente para dirimir las disputas por el poder que, continuamente, enfrentaban a varias facciones de la misma población, y que si luchara contra una potencia externa, su des-

trucción sería segura. Thompson inclusive, al imaginar un combate entre las fuerzas norteamericanas y las mexicanas, lo califica de injusto, dadas las condiciones de las segundas, y, así, se pregunta y responde:

¿Cuál sería, entonces, la homicida desigualdad entre los cuerpos de caballería americanos y un número igual de los mexicanos? Debido a la superioridad de sus caballos, los cuerpos norteamericanos cubrirían dos veces más del campo de batalla, y a la obstrucción que pudieron presentarles los mexicanos, en sus pequeños y huesudos caballos, difícilmente podrían evitar que los suyos tropezaran y cabalgaran sobre ellos .¹⁰

A esta desventaja de los caballos, agrega Ruxton la insuficiencia de hombres que tiene el ejército mexicano con respecto al de Estados Unidos: "...por lo menos, de cinco contra uno en combates individuales y más del doble en una batalla"¹¹, desproporción que los hace aún mas impotentes.

Thompson se refiere también a la debilidad de las fuerzas mexicanas para contener a los indios norteamericanos, y al respecto señala:

No es raro que bandos de comanches penetren varias millas adentro del territorio mexicano y se lleven tantos caballos, ganado y cautivos como deseen, y eso que de nuestras tribus del oeste los más cobardes son los comanches, a quienes los Delawers frecuentemente vencen, a razón de cinco a un enfrentamiento .¹²

Y abundando en el tema de la superioridad de los indios norteamericanos y la debilidad del ejército mexicano, Thompson insiste en su opinión sobre la escasa fuerza física de los habitantes de este país, a la que compara con la de una mujer norteamericana:

No creo que los hombres mexicanos tengan más fuerza física que nuestras mujeres. Por lo general, son de estatura reducida, totalmente desacostumbrados al ejercicio de un trabajo de cualquier tipo; y, como prueba decisiva de su inferioridad con respecto a nuestros propios indios, mencionaré el hecho de las frecuentes incursiones al interior de México que hacen bandas merodeadoras de comanches para apoderarse de sus bienes y que amenazan a una enorme extensión de las provincias del norte de ese país .¹³

Aún cuando Thompson se cuidaba mucho de los comentarios raciales, en los anteriores trasluce una debilidad de este tipo, de la que salen airoso los comanches, a los que curiosamente considera sus indios.

En su libro, Thompson se extiende en las explicaciones sobre la mala preparación de las tropas mexicanas, que en su vida habían visto un fusil, y en los inconvenientes del sistema de reclutamiento de levass, temas también tratados por Kendall.¹⁴ Thompson, además, menciona que las armas mexicanas eran desechos de los ingleses y transcribe un reporte de mister Maffit, comisionado en Texas en 1837 por el general Jackson para recabar información, con la lista de todas las batallas perdidas por los mexicanos, que solamente se habían apuntado un triunfo en el Alamo, lo que comprobaba la superioridad texana.¹⁵

Para resaltar esa superioridad, Thompson agrega: "Los texanos, por supuesto, no tenían armas de ningún tipo y los mexicanos adelantaron el ataque; sin embargo, en quince minutos fueron derrotados, ¿Tendremos que hacer la guerra a esta gente? ¿Enviaremos a Scott y Worth a espigar un campo que de tal manera ha sido segado?"¹⁶. Thompson pensaba que, dada la inferioridad mostrada por el ejército mexicano, la lucha armada no sería necesaria, y cabe hacer notar, que curiosamente menciona a Scott como uno de los generales que podría ser enviado a México, en el caso de que la guerra estallara.

Kendall, plenamente convencido del derecho de los norteamericanos a apropiarse del territorio mexicano, explica las dificultades que, desde su punto de vista, encontrarían éstos en caso de un desembarco:

Es mucho más fácil decir que diez mil hombres bien preparados, americanos o ingleses, pueden marchar directamente desde la costa a la ciudad de México, que hacerlo. Las tropas ordinarias del país ofrecerían escasa resistencia y poco obstaculizarían el camino si se las lleva a batallas en campo abierto; pero las fuertes barreras a la invasión pertenecen a la naturaleza, en forma de abruptas montañas .¹⁷

Además de esos obstáculos, Kendall advierte sobre las siguientes dificultades en el trayecto de un ejército hacia la ciudad de México:

En las cercanías de la capital se encontrarían mejores tropas (y hay que contar también), con la

oposición de los rudos rancheros, quiénes intervenirían de inmediato en la contienda, combinado todo esto con el frenesí religioso que, sin duda, ocasionarían y mantendrían los sacerdotes .¹⁸

Con lo anterior, Kendall no quiere dar a entender que los obstáculos no pueden ser superados, ya que como él mismo dice: "...lejos de eso, sólo desco ofrecer una opinión y manifestar que es de esperar algo más que días de fiesta para aquéllos -- que sean enviados a tal empresa".¹⁹

Para Kendall no hay duda de que la guerra estallaría en cualquier momento, y con el característico orgullo del norteamericano, recrimina al gobierno de su país, porque no toma las medidas necesarias para doblegar al mexicano:

La culpa no es del pueblo de los Estado Unidos, sino de sus gobernantes; ya que es notorio que el temor a perder su influencia política, ha llevado a los que se encuentran en el poder a sacrificar su independencia, comprometiendo el honor del país en más de una ocasión .²⁰

Situación que parecía comprobar el que no hubiera una respuesta pronta del gobierno norteamericano a las vejaciones de que eran objeto en México muchos de sus ciudadanos. Por lo que Kendall prosigue:

Bien ha entendido el gobierno mexicano (que el temor antes señalado) es el punto débil de nuestra política exterior; de otra manera, nunca --

hubiéramos escuchado de compatriotas nuestros arrestados, a quienes les han sido robadas sus pertenencias, se les ha negado audiencia y han sido llevados a prisiones repugnantes, mezclados con malhechores y obligados a trabajar con cadenas; todo ello para satisfacer el capricho o alimentar la venganza de un tirano como Santa Anna .²¹

Parece natural que Kendall sea ferviente propagandista de la necesidad y obligación que tenía el gobierno de los Estados Unidos de declarar la guerra de México, ya que él había estado en prisión, y se sentía ofendido como ciudadano norteamericano; pero lo que nunca aclara es que había llegado con tropas invasoras a "liberar" a la población de Santa Fé, con el fin de arrebatarse esta provincia al país que, tras oponerse inútilmente a esta arbitrariedad, tuvo que sufrir las consecuencias de haber sido derrotado.

Ante otra situación política difícil, la planteada en 1843 al ordenar el gobierno mexicano la expulsión de los norteamericanos de California y los departamentos contiguos, Thompson, sin el apasionamiento de Kendall, opina:

A pesar de sus alardes, los mexicanos nos temen más a nosotros, que a todas las otras potencias. No les importa una guerra naval, ya que difícilmente poseen algún barco, ni de guerra ni comercial; en cuanto a un bloqueo, agradecerían a cualquier potencia extranjera uno, pero ellos bien saben que nosotros podemos aproximarnos por tierra, y los texanos les han dado una 'probadita' de nuestra calidad .²²

El ambiente previo a la guerra mexicano-norteamericana se deja sentir en las opiniones de los viajeros consignados en este apartado. Dos de ellos, Kendall y Thompson, hablan abiertamente de la guerra y especulan sobre los resultados que se conseguirían cuando ésta estallara; los otros, con sus opiniones sobre la superioridad física, moral y de organización del ejército norteamericano y la descripción que hacen del soldado mexicano y de los problemas del país fortalecen la seguridad en la victoria.

La moral triunfalista de estas personas con informes de primera mano, que conocen México porque lo han recorrido, analizando la raíz de sus problemas y valorando sus posibilidades a la luz de la comparación con su propio país, posiblemente contribuyó a convencer, tanto a los gobernantes como a la opinión pública norteamericana, del éxito y la oportunidad de una invasión, que respondía plenamente a su proyecto político y económico de expansión territorial.

NOTAS

- 1 B. Norman (1845), p. 104.
- 2 Loc. cit.
- 3 Loc. cit.
- 4 Loc. cit.
- 5 G. Ruxton (1847), p. 14.
- 6 Loc. cit.
- 7 Ibidem., p. 102.
- 8 Ibidem., p. 82.
- 9 W. Thompson. (1846), p. 171.
- 10 Ibidem., p. 172.
- 11 Loc. cit.
- 12 Loc. cit.
- 13 Loc. cit.
- 14 G. W. Kendall (1856), II vol. p. 395.
- 15 W. Thompson, op. cit., pp. 175-176.
- 16 Ibidem., p. 177.
- 17 G. W. Kendall, op. cit., II vol. p. 395.
- 18 Loc. cit.
- 19 Loc. cit.
- 20 Ibidem., p. 212.
- 21 Loc. cit.
- 22 W. Thompson, op. cit., p. 228.

8. LOS MEXICANOS: PUEBLO POCO VIRTUOSO

El acercamiento a gente con costumbres, idioma y religión diferentes producirá, en mayor o menor grado, lo que podría llamarse un choque cultural. Cuando México obtuvo su independencia, se convirtió en un país que atrajo la curiosidad de los viajeros, por la imposibilidad que habían tenido anteriormente de penetrar en la colonia más rica del imperio español.

Durante los primeros años, las opiniones de los anglosajones que conocieron México fueron negativas, también las hubo justas, exageradas o arbitrarias, pero existía en ellas una cierta simpatía, tal vez por la atracción que ejerce lo diferente, y justificaban muchas de las fallas del sistema y de la gente como resultado del sojuzgamiento de España, a la que culpaban de todos los males que presenciaban en México.

Con el paso del tiempo, en el período que enmarca este estudio, 1830-1846, la actitud no fue la misma. El cambio esperado no se había producido, antes bien la decadencia de las instituciones de México era para ellos francamente notoria y no tenía excusa, juzgada a la luz de los prejuicios heredados de sus antepasados: los responsables del atraso de la nación eran sus pobladores. ¿Qué clase de gente habitaba este país que en vez de progresar, retrocedía? Ya habían tenido el tiempo suficiente para demostrar su capacidad de salvación, es decir de progreso, y de haber dejado atrás el mundo atrasado, lento, hispánico y católico, para pasar al progresista, activo, anglosajón y protestante, en cuyos principios se basaba la modernidad capitalista del siglo XIX.

México era un producto de sus habitantes, y éstos eran vistos por los viajeros aquí investigados como seres inferiores, degradados por sus vicios y empecatados hasta la médula de sus huesos. Ruxton, quien cruzó el país desde Veracruz hasta Colo-

rado, dice:

Si el mexicano posee una sola virtud, como espero que así sea, la debe esconder tan cuidadosamente - secreta en algún pliegue de su sarape, que escapó a mi modesta vista, a pesar de haber viajado a través de su país con los ojos bien abiertos y con -- una convicción madura y verdadera. Por su bien, - confío que pronto salte de su matorral la flama so- litaria de su virtud oculta, antes que la absorba la flama más potente que los anglosajones parecen estar dispuestos a derramar desde ahora sobre ese México en tinieblas .¹

La luz, o sea, la verdad, era un privilegio al que el mexicano no se había hecho acreedor; al contrario, se encontraba en ti- nieblas, con todas las implicaciones religiosas que esto tenía, y a las que aluden constantemente nuestros visitantes, llegan- do los más exaltados a hacer evidente la necesidad de una cru- zada religioso-punitiva y regeneradora. Los términos pecado, no cristiano, incivilizado aparecen constantemente en sus obras - para enjuiciar a los mexicanos en relación con los contrarios que ellos poseían, y hablan de condena y castigo como el pre- cio que los naturales deben pagar para merecer entrar al mundo civilizado y cristiano.

A Guillian, por ejemplo, los asaltos en las carreteras mexica- nas le parecen crímenes terribles y la incapacidad del gobier- no para controlar a los asaltantes una prueba de la maldad in- trínseca que forma parte de los habitantes del país. Destila tanto desprecio que, en ocasiones, da la impresión de que so- portaba a los mexicanos con un cierto horror, como si el sim- ple contacto con ellos lo pudiera contaminar. Esta supuesta -

superioridad le facilita convertirse en un juez implacable que debe dar a conocer al "mundo civilizado", los horrores primitivos con los que se encuentra:

Cuanta vergüenza hay en un gobierno que tolera (los asaltos) debido a su negligencia por extinguir el mal, tan deshonesto, no cristiano y criminal como éste es, permitiendo que tales hechos se practiquen comúnmente, no sólo en los asuntos públicos sino a lo largo de la vasta extensión de los dominios de los mexicanos. Es un pecado que les es privativo, que les debería cubrir de vergüenza y con el desprecio del mundo.²

Y termina su juicio sobre los asaltos, aseverando que se trata de un: "...crimen que clama al cielo para que castigue a la nación por sus actos de violencia y omisión".³ Por supuesto el brazo vengador cabe suponerlo, serían los norteamericanos.

Para Guillian, el castigo no debe hacerse esperar, ya que los mexicanos no han mostrado el comportamiento esperado por ellos, los civilizados. Los juicios que emiten él y otros viajeros no difieren de los que utilizaría contra cualquier otro grupo aquél que quisiera realizar una conquista argumentando la idea de salvación para justificar los intereses propios.

Cuando Kendall fue hecho prisionero en Nuevo México, dejó también traslucir su temor a caer en manos de los mexicanos, gente viciosa, pecadora y carente de cualquier virtud:

Si hubiéramos caído prisionero en manos de cualquier otra gente, que habita la tierra, nuestros

sentimientos habrían sido muy distintos; pero estábamos bajo el poder de hombres que poseían todos los vicios del salvajismo y ni una sola de las virtudes que la civilización enseña. A pesar de que nuestras vidas habían sido perdonadas al día anterior, sentíamos que era una suspensión temporal, y que seguíamos en las manos de un enemigo cruel y semicivilizado, implacable y traicionero, que nos veía como herejes y enemigos de su religión y raza⁴.

El temor de Kendall no pasó de ahí, ya que regresó a su país - en donde escribió su libro, para volver a México durante la invasión de 1846, ocasión en que pudo ver ondear la bandera norteamericana en el Palacio Nacional. El viejo sueño de los americanos se había cumplido: el de hallarse, por fin, "in the Hall of Moctezuma".

En la obra de Kendall, más que en cualquier otra de las estudiadas, está presente la idea de una invasión. De hecho, aunque negara conocer la intención de los texanos de apropiarse de Santa Fe, vuelve a Estados Unidos tan convencido de la necesidad de que éste extienda su dominio, que se dedica a hacer proselitismo entre sus conciudadanos a favor de las ideas anexionistas, en numerosos artículos periodísticos.

El puritanismo que condena irremisiblemente a los mexicanos, porque no daban prueba alguna de avanzar hacia la modernidad, acendra en Kendall el sentimiento de superioridad racial y moral propia del pueblo anglosajón y la idea salvífica del destino manifiesto: para los mexicanos no encuentra más salidas que la autodestrucción o la supervivencia si se mezclaban con la gran raza anglosajona. La gran falla en México era que mantenían la inercia heredada de razas no progresistas, lo que día a día

llevaba a una mayor degradación; así, para Kendall, los mexicanos:

...se mantienen pertinazmente en las costumbres de sus antepasados, y cada año se encuentran más empobrecidos y a mayor distancia moral, física e intelectual de las naciones que tienen emprendida la carrera del progreso. Dadles solamente tortillas, frijoles y chile colorado para satisfacer sus deseos animales del día, y siete de cada diez mexicanos estarán satisfechos; y así seguirán comportándose hasta que la raza se extinga o se una a la estirpe anglosajona, ya que ni un cambio político ni una revolución lograrán desarraigar esa indolencia y apatía que les impide cambiar, lo que en esta era de progreso y avance traerá tarde o temprano su ruina. En estos días maravillosos del vapor, quedarse inmóvil es retroceder.⁵

Se aplicaba a los mexicanos la misma condena justificatoria con la que se legalizaba la destrucción del piel roja, su marginación o extinción total.

La falta de interés por conseguir mejores condiciones de vida, era razón suficiente para menospreciar a quien no aceptara los valores proclamados por la cultura anglosajona, ya que veían en este hecho una incapacidad racial para el progreso. Los anglosajones se habían erigido a sí mismos en ejemplo y se consideraban los poseedores únicos de los verdaderos principios morales capaces de salvar a los pueblos.

En cada uno de los comentarios emitidos por los viajeros estudiados, hay un juicio moral que conlleva siempre la superioridad

dad de quien lo expresa. Norman, por ejemplo, hace la siguiente aseveración durante su estancia en Tampico:

La población nativa o criolla es, en su mayor parte, vergonzosamente ignorante y envilecida, y con muy raras excepciones, carente de principios morales...Y en tanto como tuve la oportunidad de juzgar que no fue poco, debo decir, que, como raza, están desprovistos de ambición para mejorar, así como para educarse .⁶

Y páginas adelante, continúa refiriéndose a la gente de Tampico:

En estas regiones, los nativos mexicanos como raza son indolentes, arrogantes y déspotas. Todavía adheridos a la bárbara política de la Vieja España, que guarda un total menosprecio a la población de cualquier otra nación, exceptuando la suya, aun cuando en aquélla se encuentren mayores avances que en la de ellos. Definitivamente, son la clase de gente más desagradable de este país, de escasa inteligencia y mala información. El nivel de educación es muy bajo. De este comentario general escapan algunas brillantes excepciones, pero desgraciadamente son pocas y están a mucha distancia unas de otras.⁷

Para Norman, los criollos conservan todos los defectos de la herencia hispánica, y el mestizaje sólo produjo un grupo de la peor ralea: poco inteligente y sin educación, que difícilmente podría cumplir lo que se esperaba de él.

Latrobe, uno de los viajeros ingleses, recoge comentarios de otros europeos residentes en México los que, desde luego, coinciden con sus apreciaciones personales, pero con los que quiere dar idea ante la similitud de juicios, de sus dotes de observación, ya que como él mismo consigna estuvo poco tiempo en el país. Así, según relata, se expresaron un barbero francés y un mesonero belga:

Bellas calles, bellas iglesias, bellas ropas, pero la gente, toda ella, desde el presidente hasta el lépero, son los que nosotros llamamos en Francia canaille .

Ma fai qu'ils son betes ces mexicaines -decía un belga dueño de un mesón en Tacubaya-. Todos, desde el más alto al más bajo son tan ignorantes como una botella-, y señalaba hacia una que se encontraba vacía. Si usted hace una pregunta, todo lo que recibe por respuesta es ¡Quién sabe!. Si les enseña algo que nunca han visto, ¡Santa María, qué bonito! es la única exclamación .⁸

Latrobe encontraba a la sociedad mexicana muy cerrada, a tal grado, que ella menospreciaba al cuerpo diplomático residente en la ciudad de México, el que tenía que circunscribirse al trato social de un grupo de europeas de clase alta y de media docena de mexicanos. Estos mexicanos selectos eran los que empezaban a desprenderse de los males propios de su origen y, por lo mismo, tenían algo en común, según Latrobe, con los altos círculos europeos:

"Sus visitas a Europa los han hecho un poco más susceptibles a las ventajas de una sociedad que vi

ve en una situación muy diferente a la que tienen -
en su país .⁹

De los escritores que se han consultado, Ruxton es el que hace una de las aseveraciones más duras con respecto a la naturaleza, para él, casi infrahumana del mexicano:

Como personas, los mexicanos tienen definitivamente una baja jerarquía en la escala humana; son deficientes tanto moralmente como en su condición física; con esto último no pretendo asegurar que carezca de cualidades corporales, aunque en fuerza física son ciertamente inferiores a la mayoría de las razas, deficiencia que invariablemente se encuentra acompañada por una baja condición moral o pobreza intelectual .¹⁰

El juicio anterior lo complementa el mismo Ruxton con una descripción del carácter de los mexicanos:

Por naturaleza son traicioneros, solapados, indolentes, carentes de energía y cobardes. La cobardía inherente e instintiva rara vez se encuentra en las razas humanas; pero aún así, afirmo que en este caso existe y es muy evidente; al mismo tiempo, poseen una indiferencia embrutecedora hacia la muerte, que puede convertirlos en grupos de buenos soldados, los que, dirigidos correctamente, se comportarían medianamente bien, pero no más que medianamente...¹¹

No es fácil encontrar una opinión pseudo-científica, tan desvatadora como ésta de Ruxton, que cataloga racialmente a los seres humanos en inferiores y superiores, y hace depender sus categorías morales de la apariencia de sus rostros. Los que vio en las calles de la ciudad de México debieron parecerle terribles ya que, al observar los semblantes de los léperos, oficiales, sacerdotes, frailes y monjes que ahí vivían, asegura:

...difícilmente se encontrará una excepción en su fisonomía, que no muestre una expresión de vicio y crimen, además de una conciencia culpable en cada uno de ellos .¹²

En una u otra forma, esta idea de superioridad racial y moral se manifiesta en casi todos los viajeros de los que nos ocupamos. Piensan que solamente con la inmigración de otros grupos, anglosajones de preferencia, podrían los mexicanos, tal vez por contagio, superar todos los defectos morales que, como tales, les eran (o les son, quizá piense alguien todavía allá) propios. Con argumentos así de simplistas, justificaban estos viajeros una penetración extranjera al estilo de Texas para -- apropiarse del territorio, o bien avalaban actitudes mesiánicas que, como la de Guilliam, desembocaban en acciones regeneradoras. Refiriéndose a lo que vio en México, dice este último:

Nunca hubiera podido comprender la exactitud de la declaración de Mr. Randalph en el Congreso, -- cuando dijo que en México los hombres eran unos malevantes y todas las mujere unas..., y que el gobierno de los Estados Unidos había cometido un error muy grande y tenía ahora una responsabilidad

mayor, al haber recibido a ese país en la familia de las naciones, hasta que tuve oportunidad y la necesidad me obligó a visitarlo. El testimonio ocular de lo que vi me forzó a creer. Sin ningún temor, me atrevo a acusar en casa la desgracia que supone el carácter nacional de ese país, y mi deseo sincero de que ocurra algo, la gota que derrame el vaso, para castigar a nuestra hermana república con una reforma .¹³

Aunque no se le dé este nombre, la idea del destino manifiesto aparece como tal en los anteriores comentarios. El concepto está implícito en la actitud condenatoria y en el deber que, según Guillian, tiene la nación norteamericana de regenerar y castigar a un pueblo carente de moral y de principios. En sus escritos se percibe el verdadero horror que le causó encontrar un pueblo tan pecaminoso y realmente clama a los cielos para que sea reprimido, si no directamente por Dios, sí a través de su brazo ejecutante, los norteamericanos, que actuarían como su instrumento, y podrían reformar a los mexicanos poseídos como están por el diablo, según dice el mismo Guillian:

Los mexicanos no son muy afectos a la carne de cerdo, porque dicen que los demonios residen en estos animales. Pero tengo para mí que esto es un gran error, ya que los espíritus diabólicos deben haber abandonado la creación porcina, para tomar como residencia el corazón de los mexicanos; por algo la carne de los primeros es buena y saludable y los actos de los otros pertenecen al demonio .¹⁴

Para Guillian, la única solución ante tanto mal y pecado inhe-

rente a los mexicanos es "instruirlos en el temor a la furia del cielo"¹⁵, y por su tono, parece tener en mente una cruzada religiosa, dada la obligación moral adquirida por Estados Unidos al aceptar irresponsablemente como nación, a un país que no merecía ser tratado como civilizado y cristiano.

Además, continúa Guillian, los vicios evitaban el progreso, -- por que éste era producto de las virtudes de los habitantes de un país; progreso que en México no se manifestaba en ningún aspecto, y cuya ausencia en una república como la nuestra le parecía inconcebible; simplemente, la clase media pujante norteamericana no existía en México. Aserto que la marquesa Calderón parece corroborar cuando describe el Paseo de la Viga, en donde se mezclaban todas las clases sociales.

...entonces podríais creer que México es el más floreciente, el más feliz y el más apacible lugar del mundo y sobre todo el más rico; y no por cierto de una República, que aquí el pueblo apenas anda vestido, apenas existe el eslabón entre la frazada y el raso, entre las amapolas y los diamantes.¹⁶

La miseria es solamente una demostración del fracaso que representa no ser republicano, anglosajón y protestante, con todos los valores espirituales, sociales y económicos que esto implicaba.

El pueblo mexicano vicioso y pecaminoso no hacía más que mostrar por medio de sus obras su condenación. Como grupo aparte estaban los indios, por los que nada habían hecho españoles y criollos; grupo igualmente degradado por carecer de los resortes que los anglosajones consideraban fundamentales para alcanzar una vida más perfecta: amor al trabajo e impulso hacia una

mejor vida material, condicionada ésta a su propio sistema de valores, del que estaban convencidos era el único y el mejor.

Mayer encontraba en la condición del indio uno de los mayores problemas para el desarrollo del país:

De la mejora de la suerte y carácter de sus indios (que son cerca de cuatro de los siete millones que componen la nación) se seguirá el rápido progreso del país; mas en tanto esto no acontezca sus mas rendidos admiradores no pueden conservar sino menguadas esperanzas de que progrese o tan siquiera de que subsista como nación .¹⁷

Para alguien como Mayer, educado en el concepto de una república democrática, la situación que presentaban tres cuartas del país era incompatible con el derecho participativo al que era acreedor cualquier ciudadano por el simple hecho de serlo, con lo cual el sistema republicano mexicano estaba condenado a perecer, y ponía, por ende, en peligro a la nación misma. La independencia y la nueva forma de gobierno no habían podido, no ya erradicar, sino modificar en algo el viejo sistema español y formar verdaderos ciudadanos. El régimen colonial español, en palabras de Mayer, sojuzgó a los indios y "corrompieron el espíritu los ritos de un sacerdocio ignorante y ...ahora, faltos de esperanza, faltos de educación, sin que nadie se interese en su suerte, excepto alguno que otro cura de aldea, de buen corazón, arrastran su existencia mísera, de bestialidad y de crimen. ¿Puede esperarse que tales hombres se gobiernen a sí mismos?".¹⁸

Para Mayer, la falta consistía en no haber incorporado al indio a la vida política y, por lo tanto, a la fuerza productiva

del país, y se pregunta;

¿Qué beneficios puede traer consigo la forma republicana de gobierno para la plebe de una población como ésta? Ninguna ambición de mejorar su condición; pues de lo contrario, ésta habría mejorado en un país tan rico; están contentos viviendo y durmiendo como las bestias del campo; carecen de aptitud para gobernarse a sí mismos, ni pueden tener esperanza de ello, ya que ni con una vida tan trabajosa han podido liberarse de tanta miseria ¿Es posible que tales hombres se conviertan en republicanos? ¹⁹

Y continúa diciendo: "Paréceme a mí que la vida que lleva en nuestro país un negro que tiene un buen amo es muchísimo mejor que la degradación bestial del indio aquí. Entre nosotros, el negro al menos es un hombre".²⁰ Mayer justifica la esclavitud en Norteamérica en detrimento de la supuesta libertad del indio. Con el mismo espíritu redentor heredado de los ingleses, aborda de nuevo la polémica de la esclavitud reconocida y controlada por razas puras, idea netamente puritana que brota de su prosa cuando dice refiriéndose a los indios: "...mezcladas sus razas la conquista los degradó y esclavizó..."²¹

Si bien México había dado un paso adelante de los Estados Unidos al abolir la esclavitud, los viajeros justifican el que ésta existiera en el país, ya que, dadas las condiciones de vida del indígena, encuentran que este avance legal no los ha favorecido en nada. Esta idea les sirve al mismo tiempo para denunciar el fracaso de un sistema republicano en un país como México y para sostener la tesis esclavista y proteccionista como la adecuada para ayudar a los infelices que pueblan dicha nación, los que, como seres productivos, reditúan excelentes

ganancias a sus amos. En general, los viajeros siempre tendrán a punto una respuesta para quien ose reprochar la esclavitud practicada en Norteamérica, y aún como simple idea atacarán y negarán las bondades derivadas de la igualdad entre los hombres. Así, para Norman:

Los indios constituyen otra clase también inferior de nativos, aunque nominalmente libres son de hecho esclavos. Son los peones y sostienen la carga de toda la comunidad. Son ignorantes, indolentes y atrasados al último grado, y parece que no tienen idea de la posibilidad de mejorar su condición...Las leyes aunque no reconocen la esclavitud en abstracto, están hechas de tal manera que admiten ciertos arreglos. Lo que ha traído como consecuencia que un gran número de indios por indolencia o descuido se han visto obligados por necesidad a endeudarse con sus vecinos blancos, como verdaderos esclavos, tal como estaban antes de la revolución.²²

A los conceptos anteriores puede agregarse lo que Thompson expresó con referencia a los negros en México, aunque confiesa que vio sólo a unos cuantos: "...le pueden llamar prejuicio, pero éste existe en donde quiera que la raza caucásica se encuentre, y en ningún lugar se siente tan fuerte como en México -y continúa- "...cualquiera que sea la protección teórica que la ley ofrece al castigo corporal, en la práctica, el esclavo mexicano no se encuentra mejor que el esclavo africano de Estados Unidos. Todos los peones son indios, todos los propietarios españoles o mestizos, y digo todos porque podrá haber unas cuantas excepciones, pero muy pocas en todo caso. Lo mismo sucede en el ejército, los altos oficiales son todos

hombres blancos o mestizos, los soldados son indios".²³

Sin embargo, los reproches que hacen a la condición a la que se ve sometido el indio, no enmascaran el desprecio que sienten hacia esta raza; si destacan dicha condición es para culpar al español y su sistema de todos los males sociales que abruman al país, denunciando implícitamente el fracaso colonizador de la Península. Ante lo que cabría preguntar, ¿cuáles eran las condiciones de vida del indio norteamericano? Pregunta a la que sin querer responde Thompson cuando hace una referencia a indígenas de su país para describir a las poblaciones mexicanas: "Sus casas -apunta- parecen iguales, con la misma holgazanería, suciedad y escuálida pobreza".²⁴

El ideal puritano de trabajo, progreso y limpieza choca con lo que ellos califican de indolencia, suciedad y un conformismo que raya en lo pecaminoso, al no alentar la superación y el deseo de llevar una vida que sobrepase las condiciones de mera subsistencia. Esta carencia resulta incomprensible a la mentalidad anglosajona, que no puede entender que las ganancias obtenidas las gasten en lances de juego, apuestas y peleas de gallos. Norman ve en este derroche una evidencia de la condición degradada de los mexicanos:

...se embriagan y sus ahorros los gastan de la forma más desordenada, en una boda o un bautizo, bajo la supervisión, además, de un sacerdote.²⁵

El problema de México parecería consistir en que todas las razas y las clases sociales comparten los mismos defectos; no existe un grupo que dé ejemplo de lo que debe o no debe hacerse. Al describir a sus compatriotas en estos términos la situación moral de México, proclaman el valor de modelo que pue-

de tener el pueblo norteamericano, y cuando reafirman que estas tierras no merecen los dueños que tienen, alientan el ideal de una misión purificadora que lleve a esos territorios verdades y principios, realizando así, desde su punto de vista, su "destino manifiesto". Kendall, por ejemplo, no ve otra posibilidad:

En esa república en descenso, el viajero no ve pueblos nuevos surgiendo a la vida o mejoría alguna en aquéllos ya construídos; nada indica ese bullicio y actividad propios de un estado saludable; al contrario, las aldeas que no están estancadas van a la ruina, lo que continuará en forma lenta, tal vez, pero con toda seguridad, a menos que terminen las revoluciones o el país caiga en otras manos .²⁶

El cese de las revoluciones y la posibilidad de otra forma de Gobierno lo ve Kendall como solución remota:

Hay poca esperanza en lo primero, por ser la naturaleza de la población tal, tan egoísta y celosa, y tan ambiciosos los hombres que la dirigen y gobiernan que no se puede confiar en la estabilidad o en que pueda asentarse otra forma de gobierno .²⁷

De esta manera, radica en sus habitantes la imposibilidad del país para estabilizarse y detener su destrucción constante, la que podría cesar sólo si el país cayese en otras manos...; no es, pues, difícil adivinar en qué manos estaba pensando Kendall.

La misma señora Calderón, nacida en Inglaterra y que vivió varios años en los Estados Unidos, reprocha el uso inadecuado -- que se hace en México de los recursos naturales, de los que -- el país le parecía tan pródigo igual que les pareció a los demás viajeros. En ella, también campea el espíritu de empresa y el moderno capitalismo, y en los baños del peñón encuentra -- una segura fuente de riqueza si se explotaran como se hacía en otros países:

No dejamos de comentar acerca de la forma que podría hacer un yanqui emprendedor y negociante, si estos baños estuvieran en sus manos; de cómo edificaría un hotel al modo de los de Saratoga, si cubriría las paredes de los cuartos de papel tapiz, y de qué medios se valdría para embellecer este -- rústico templo de agua hirviente. ²⁸

A un norteamericano podría ocurrírsele este tipo de explotación ya que ellos sí tenían ese sentido, más que innato podría calificárseles de cultural, para beneficiarse con lo que la -- tierra ofrecía. Posteriormente, la marquesa vuelve sobre el -- mismo asunto, con motivo de un día de campo en el Desierto:

Y ahora estos fértiles sitios (que el ojo conocedor de un yanqui descubriría enseguida como muy a propósito para ser explotados) no tienen dueño y -- permanecen desiertos en su solitaria belleza. Algunos pobres indios moran entre las ruinas de los antiguos claustros, y el venado montaraz posee la indisputable soberanía de los bosques. ²⁰

Seguramente sin deseos de atacar a los mexicanos como tales, - dado el tono general que guarda en su obra, la marquesa coincide con las opiniones emitidas por los demás viajeros, a los -- que guiaban otras intenciones, en cuanto a la falta de sentido progresista, de explotación de la naturaleza, así como del rechazo del mexicano a producir bienes que lo salvarían del estado político y económico en que se hallaba durante la primera - mitad del siglo XIX.

La falta de desarrollo tecnológico era imperdonable y Thompson explica en forma tajante: la ausencia se debe a que "...el español nunca cambia en sus hábitos, excepto de gobierno. Toda - la pasión por el cambio que existe en otros hombres, la centra él en los cambios políticos".³⁰

En estas descripciones del criollo, el mestizo y el indio mexicano se utilizan los valores anglosajones y sus prejuicios raciales para juzgar y catalogar a un pueblo desde una idiosincracia ajena a éste y a la luz de una moral también extraña, - que centra los valores en ser civilizado y cristiano. Las diferencias culturales, ni buenas ni malas per se, las esgrimen como acicate y pretexto para preparar y justificar una invasión que les convenía política y económicamente.

Con contadas excepciones, como lo hacen notar los mismos escritores viajeros, México era un pueblo de maleantes, vividores, revoltosos, jugadores, sensuales y borrachos, que necesitaban el ejemplo de extranjeros emprendedores para poder salvarse; - primero moralmente, lo que requeriría regeneración y castigo para hacerlos merecedores del adjetivo civilizado, adquirido - el cual todas las demás bondades les vendrían por añadidura.

Ante tanto pecado como florecía en México, el destino manifiesto aparecía obvio, y sin ningún reparo; los norteamericanos manejaban estos argumentos para justificar un programa político

que tenían ya concebido desde años atrás: su expansión territorial.

NOTAS

- 1 G. Ruxton (1847), p. IV.
- 2 A. Guilliam (1847), p. 35.
- 3 Loc. cit.
- 4 G. W. Kendall (1856), II vol. pp. 291-92.
- 5 Ibidem., p. 46-47.
- 6 B. Norman (1845), p. 182.
- 7 Ibidem., pp. 170-71
- 8 Ch. Latrobe (1836), p. 141.
- 9 Loc. cit.
- 10 G. Ruxton, op. cit., p. 105.
- 11 Loc. cit.
- 12 Ibidem., p. 35.
- 13 A. Guilliam, op. cit., p. 158.
- 14 Ibidem., p. 261.
- 15 Ibidem., p. 115.
- 16 Mme. Calderón de la Barca (1967), p. 84.
- 17 B. Mayer (1953), p. 226.
- 18 Ibidem., p. 222.
- 19 Ibidem., pp. 221-22.
- 20 Ibidem., p. 222
- 21 Loc. cit.
- 22 B. Norman, op. cit., pp. 104-105
- 23 W. Thompson (1846), p. 7.
- 24 Ibidem., p. 12.

- 25 B. Norman, op. cit., p. 116
- 26 G. W. Kendall, op. cit., II vol. p. 128.
- 27 Ibidem., p. 129
- 28 Mme. Calderón de la Barca, op. cit., p. 127
- 29 Ibidem., p. 215.
- 30 W. Thompson, op. cit., p. 18

9. LA MUJER: EL "DOLCE FAR NIENTE"

En una sociedad dirigida política y económicamente por hombres, la mujer mexicana de principios del siglo XIX, será vista por los viajeros anglosajones a la luz de los valores y virtudes - que como tales esperaba de ellas su propia cultura, lo que les lleva a destacar, como es de suponer, algunas variantes de la conducta de la mujer mexicana que no encajaban en la misma.

El papel pasivo que se le asignaba salvó a la mujer de los ataques despiadados de que fueron objeto los varonés mexicanos de todas las clases sociales. Para ella tienen mayor condescendencia, porque no dirigía el destino del país, y las faltas -- graves eran imputables al sexo masculino en quien recaía la -- responsabilidad tanto de los asuntos de estado, como de los financieros, productivos y religiosos.

Los viajeros hablaban del aspecto físico de la mujer, de sus - cualidades morales y costumbres, y se refieren con mayor fre-- cuencia a las damas de sociedad, por ser con las que tienen -- más trato. Hacen de éstas las representantes tipo, ya que los pertenecientes a esta clase, tanto hombres como mujeres, son a los que genéricamente denominan mexicanos; el resto son indios, rancheritos y léperos, por citar algunos apelativos.

Para Mayer, la mujer mexicana no es bella conforme a los cánones de belleza que rigen en Estados Unidos:

"No se ve el cutis encantador y la tez de rosa, ni se observa la variedad de matices que en nuestro - suelo resulta de la mezcla de muchas naciones; mas, con todo esto, hay en la mujer mexicana, rubia o - morena, algo que atrae al mirarle; es quizá cierta expresión común de dulzura y simpatía confiada".¹

Mayer continúa con esta descripción e insiste en que los rasgos de la mujer no son muy regulares, pero se explaya en otras cualidades:

"...sus ojos grandes, magníficos, en que parece haber establecido su morada el espíritu mismo de la ternura, y su gracia natural se conquistan a cualquiera. Su andar es lento, grave y majestuoso".²

Con respecto al andar de la mujer mexicana la marquesa Calderón difiere de Mayer, ya que según comenta: "Porfían en introducir el pie en un zapato media pulgada más corto, y arruinan el pie, destruyen su gracia al andar, y, en consecuencia el de sus movimientos".³ En cambio, coincide con el autor antes citado en cuanto a los ojos: "La belleza de las mujeres de aquí -dice la marquesa- consiste en los soberbios ojos negros, en el hermoso cabello oscuro, en la hermosura de brazos y manos, y en su pequeño y bien formado pie".⁴

En cuanto a los defectos de la mujer mexicana, la marquesa encuentra que: "...con demasiada frecuencia son de corta estatura y demasiado gordas, de que sus dientes suelen ser malos y el color de su tez no es el olivo pálido de las españolas ni el moreno brillante de las italianas, sino un amarillo bilioso".⁵

Las mujeres nacidas en la capital a las que acaba de referirse no son las más bellas. La marquesa encuentra que las indias son: "...sencillas, de humilde y dulce apariencia, muy afables y corteses en grado superlativo cuando se tratan entre sí..."⁶, pero más que estas cualidades le sorprende, como ella misma dice:

"...encontrar entre el vulgo caras y cuerpos tan bellos, que bien puede suponerse que así sería la india que cautivó a Cortés; con ojos y cabello de extraordinaria hermosura, de piel morena pero luminosa, con el nativo esplendor de sus dientes blancos como la nieve inmaculada, que se acompaña de unos pies diminutos y de unas manos y brazos bellamente formados y que ni los rayos de sol ni los trabajos alcanzan a ofender".⁷

Los pies pequeños, diminutos, llaman poderosamente la atención tanto a la señora Calderón como a Mayer, que al respecto dice: "La mujer más vulgar con que topais por las calles, sin más que unas faldas de fantasía y su chal o rebozo, (sic), tiene un andar de reina, con sus pies pequeños hasta la deformidad".⁸

Como prisionero capturado en Santa Fe y traído a la ciudad de México, Kendall no tiene más que elogios para las mujeres mexicanas por haber recibido de ellas, durante todo el trayecto, atenciones, comida y algunas lágrimas de compasión. De ellas dice: "son alegres, sociables, criaturas bondadosas en términos universales, generosas en exceso; sencillas en su manera de ser y con gracia natural; realmente dan la impresión de tener más entendimiento que los hombres".⁹

Todos los visitantes que se refieren a la forma de ser de la mujer en México, coinciden con la siguiente apreciación de la señora Calderón:

"En cuanto a su amabilidad y cariñosos modales nunca me he encontrado con mujeres que puedan rivalizar con las de México, y me parecería que las de cualquier otro país parecerían frías y entonadas en comparación. Para los extranjeros esto constituye un en-

canto infalible, y es de esperarse que, no obstante las ventajas que puedan observarse de ese trato, nunca lleguen a perder esta deleitosa cordialidad que ofrece tan agradable contraste con la frialdad inglesa y americana".¹⁰

La marquesa Calderón es la que más se ocupa de la posición de la mujer en México, ya que mujer ella, es quien mejor percibe las diferencias entre los principios en que ella misma fue educada y los que guían a la mujer mexicana. Al referirse a la educación que ésta recibe, salvo algunas excepciones que ella reconoce no le permitirían generalizar, comenta:

"...las señoras y señoritas mexicanas, escriben, leen y tocan un poco, cosen y cuidan de su casa y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben, no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía, y cuando digo que tocan, no afirmo que posean, en su mayoría conocimientos musicales".¹¹

Dada esta situación, agrega la marquesa: "Si comparamos su educación con la de las muchachas de Inglaterra o de los Estados Unidos, no es una comparación sino un contraste".¹² Y así, le parece más conveniente comparar a las mujeres mexicanas con las españolas, de las que heredaron ese far niente o gusto por no hacer nada, para el que encuentra una explicación, entre otros motivos, en el clima que impide la concentración, así como de las que heredaron también unas costumbres sociales en las que los quehaceres femeninos tienen una impronta secundaria, que tiñe su vida, en general, de frivolidad.

También Thompson encuentra que la vida de las mujeres de la clase alta transcurre en un dolce far niente: (sic) fórmula que - así, en italiano, emplea al describir como transcurren los días para las mismas:

"La rutina común en la vida de una mujer es levantarse tarde y pasar la mayor parte del día en las - ventanas abiertas de sus casas, las cuales dan hasta el piso. Podría asegurar que el que camine por las calles a cualquier hora entre las diez y las - cinco verá a una o más mujeres de pie en las ventanas, en más de la mitad de las casas. A las cinco salen al paseo y después van al teatro, en donde permanecen hasta las doce de la noche y, así, al día - siguiente, y repiten la misma rutina cada uno de - los días del año".¹³

Pero eso sí, termina Thompson: "...en cuanto a las cualidades del corazón que hacen a una mujer adorable y adorada, no las - hay mejores".¹⁴

La costumbre de ir al teatro choca con los hábitos austeros del norteamericano anglosajón, en la que ven una frivolidad innecesaria, que juzgan de liviandad femenina y social. Al igual que a Thompson, a Mayer le parece una costumbre relajada, que deteriora los valores femeninos.

Esta salida al teatro, asegura Mayer: "Hace que las mujeres se habitúen a vivir fuera de casa y que se les acreciente el deseo de ser admiradas. A la prosaica mañana casera sigue el paseo - - vespertino, y a éste la acostumbrada función de ópera o teatro, en que oyen repetir las mismas piezas, coquetean con los mismos galanes o hacen preciosidades con sus abanicos".¹⁵

Mayer reprocha la vanidad y ostentación que no encaja en el concepto de sencillez puritana propio de una sociedad productiva, en donde el derroche es mal visto porque conduce únicamente a una competitividad pésimamente entendida. Con ocasión de la feria de San Agustín, Mayer comenta:

"La moda exige que las mujeres de familias respetables se presenten a estas fiestas, en las cuales pretenden ante todo eclipsarse unas a otras con la esplendidez y variedad de sus atavíos. Lo grande es tener un vestido para la misa de las diez, otro para la pelea de gallos, otro para el baile del Calvario y un cuarto para el baile de la noche. ¡Y todavía es menester que toda la serie sea distinta para cada uno de los días que dura la fiesta!"¹⁶

Los momentos de esparcimiento deben también contribuir a elevar la calidad espiritual de los individuos, de aquí que, para Mayer, el hecho de que las mujeres vayan al teatro a ver obras de mala calidad, represente una pérdida de tiempo, ya que en nada las beneficiaba y sólo debilitaba su fuerza moral. Y no se limitaban al teatro, sino también concurrían a otros actos públicos, como las corridas de toros y las peleas de gallos, que seguramente escandalizaban aún más a los viajeros, a los que inclusive alarmaba la costumbre generalizada entre las mujeres de fumar cigarrillos en todo tiempo y lugar.

Algunos viajeros parecen convenir en que el clima de México tiene una influencia determinante en este gusto por "callejear", en cambio como Thompson señala, "...no es difícil estimar la influencia moral de las reuniones familiares a las que estamos acostumbrados nosotros, alrededor de la chimenea, en

esas alargadas tardes de invierno, que pasa uno leyendo un excelente libro o en una conversación no menos instructiva".¹⁷

Sin embargo, con excepción de la marquesa, ninguno de los viajeros alude a lo que es una práctica generalizada de la época, la entrada al convento de buena parte de las jóvenes de sociedad, que escogen este camino como forma de vida. No se puede precisar si esta otra cara de la moneda se les escapó por falta de perspicacia o porque no se avenía bien con los argumentos que manejan para destacar la frivolidad femenina mexicana.

El que la profesión religiosa no era desacostumbrada, parece probarlo el siguiente comentario de la marquesa Calderón: "he visto tomar el velo a tres monjas, y considero que, después de la muerte, es el acontecimiento más triste que pueda ocurrir en este mundo; y no obstante, la frecuencia de estos sacrificios no es aquí tan extraño como pudiera parecerlo a primera vista".¹⁸

El enclaustrarse de por vida le parece a la marquesa un enorme sacrificio, porque la elección la provoca una insatisfactoria vida familiar y la influencia de los confesores, que la pintan como la mejor vía de salvación; sentir que se desprende de su siguiente comentario:

"Una muchacha que nada sabe del mundo, que, como sucede a cada paso, no encuentra en su hogar ni diversiones ni enseñanzas; que no conoce más sociedad que la de su casa; que desde su infancia está bajo el dominio de su confesor, y cree, a pie juntillas, que si entra al convento se asegura la gloria; además de que en él le esperan muchas compañeras de sus mismos años, y las monjas antiguas la colmarán de alabanzas y de mimos, no es de admirar que, después de todo, consienta en asegurar su salvación en tan fáciles términos".¹⁹

Para los viajeros, la mujer mexicana parece quedar circunscrita a la dama de sociedad; del grueso de la población femenina se ocupan incidentalmente, cuando complementa las descripciones paisajistas, un tanto idílicas, que suelen hacer, y nunca como grupo importante en el que recaía una carga pesada de la producción económica familiar.

NOTAS

- 1 B. Mayer (1953), p. 77
- 2 Loc. cit.
- 3 Mme. Calderón de la Barca (1967), p. 73.
- 4 Loc. cit.
- 5 Loc. cit.
- 6 Loc. cit.
- 7 Loc. cit.
- 8 B. Mayer. Loc. cit.
- 9 Q. W. Kendall (1856), I vol. p. 321.
- 10 Mme. Calderón de la Barca, op. cit., p. 74.
- 11 Ibidem., p. 167.
- 12 Loc. cit.
- 13 W. Thompson (1846), pp. 162-63.
- 14 Ibidem., p. 163.
- 15 B. Mayer, op. cit. pp. 375-76.
- 16 Ibidem., p. 112.
- 17 W. Thompson, op. cit., p. 127.
- 18 Mme. Calderón de la Barca, op. cit., p. 142.
- 19 Ibidem., p. 142.

10. ARQUEOLOGIA; UNA BUSQUEDA DE AMERICANIDAD

El interés por las culturas prehispánicas que muestran algunos de los viajeros entronca con la corriente de investigación que desde principios de siglo XIX habían seguido ya anticuarios y arqueólogos norteamericanos en busca del pasado indígena americano y el origen de las razas. Corriente que, como dice Ortega y Medina, situaba a los investigadores norteamericanos y a los interesados en el tema en dos posiciones bien definidas:

Hacia los treinta y cuarenta del pasado siglo se hallaban divididos arqueológica y patrióticamente; en un grupo se encontraban aquéllos que hacían depender las culturas aborígenes americanas del Viejo Mundo, grupo que se sometía a esta dependencia cultural, sector minoritario y europeísta; en el otro estaban los partidarios de la autoctonía, la que negaba toda dependencia y subordinación cultural.¹

Humboldt, fuente de primera mano para todo aquel interesado en viajar, a la que fue la Nueva España, había descrito algunos de los lugares propiamente indígenas que visitó y sostenido la teoría de la diversidad de los orígenes americanos. Con esta base, guiados por mera curiosidad o por intereses más científicos, el pasado prehispánico cobra fuerza entre los viajeros. Para ellos, los españoles tenían la culpa de la destrucción de las grandes ciudades y de toda una cultura, y los actuales mexicanos tampoco estaban libres de ella, dado el escaso interés que mostraban en estudiar y conservar los vestigios de ese pasado que habían logrado salvarse. A este respecto, Latrobe comenta:

De hecho, en todas las épocas, los habitantes de esta ciudad, aún los más cultos, pudiendo enumerar a muchos hombres educados, han sido especialmente apáticos en lo que concierne a los vestigios de los antiguos pobladores, sobre los que se asentó el imperio que ellos mismos establecieron por el derecho de conquista. Durante dos siglos completos, el mismo espíritu crítico y fanático de destrucción desenfrenada, que los historiadores dicen influyó en los conquistadores y causó la aniquilación de gran parte de aquello que es interesante y valioso, parece haber poseído a sus descendientes hasta hace bien poco, sino es que hasta el presente .²

El abandono en que estaba el museo sorprendió a quienes pudieran y quisieran acercarse a indagar lo que representaban y significaban las piedras ahí guardadas. Mayer, ante la despreocupación mostrada por el mismo grupo criollo del que hace mención Latrobe, y refiriéndose a las copias que se conservaban en el museo, ya que muchos originales habían sido transportados a Inglaterra, después de la Independencia, comenta:

Quizá vale más que estén allí que no en México, donde las reliquias de la antigüedad no despertan curiosidad y quedan años y años cubiertas de polvo en las paredes y rincones de la Universidad .³

A continuación, Mayer se extiende en el escaso interés que despertó el museo, tanto en el gobierno, como en los estudiosos a sueldo, y al respecto dice:

A excepción de don Carlos Bustamente, no conozco a nadie que estos últimos años haya dedicado ni siquiera una hora a estos interesantes estudios, y el director del Museo, don Isidro Gondra, se halla tan ocupado con sus deberes políticos y con la publicación de La Gaceta del gobierno, y es tan poco lo que éste le ayuda, ya que ni siquiera le da puntualmente mil pesos al año para sus investigaciones, que se contenta con abrir las puertas de estos salones en días fijos y sentarse a fumar tranquilamente en un rincón.⁴

En cuanto a la actitud del común de la gente no hay sólo apatía sino horror-ante formas y representaciones que no encajan en los moldes estéticos de la época, según lo expresa el mismo Mayer, en su referencia al museo:

...las señoras y los caballeros holgazanes y los léperos van curioseando de caja en caja, y levantan las manos al cielo para manifestar su asombro ante las formas grotescas. Y si les preguntamos qué significan estas formas y figuras, qué representa tal o cual ídolo, recibiremos la eterna respuesta mexicana: ¿Quién sabe? .⁵

El interés con que se abocaron los norteamericanos al estudio de las culturas prehispánicas tiene origen en la búsqueda de su reafirmación continental. La orientación política hacia el Continente señalada en 1823 por la Doctrina Monroe se vigoriza con las aspiraciones y realizaciones expansionistas del destino manifiesto en la década de los cuarenta, y ante este potencial, los norteamericanos perciben que para estar a la altura de su papel histórico les faltaba "algo entrañablemente pro-

pio, auténticamente continental; es a saber Americano".⁶

Ahora, ¿cómo podían conciliar el acercamiento a un mundo indígena con una repugnancia racial que los llevaba a rechazarlo? Ortega y Medina da una respuesta, cuando dice: "Por el lado artístico y arqueológico era posible empaparse de una auténtica substancia original americana, sin correr el menor riesgo (al recibirlo todo sin dar nada en cambio) y, sobre todo, sin temor al contagio y a la despersonalización, reviviendo un pasado histórico, que por muerto era aprovechable y, por lo mismo, no peligroso".⁷

De los viajeros, Norman, el explorador que recorre el Pánuco - en Canoa y que previamente había estado en Yucatán, y Mayer, - el diplomático preocupado por el comercio de su país y la avaricia de dominio territorial de Inglaterra, fueron los que se ocuparon de manera especial del pasado indígena mexicano y de difundir sus estudios y conocimiento del mismo.

Con la intención clara de apropiarse de ese pasado y esas raíces americanas, como parece probarlo el siguiente comentario - de Norman en el prefacio de su libro:

"La exploración y conocimiento de estas maravillas de la antigüedad pertenecen propiamente a la literatura americana, y debería realizarlas una empresa americana. Si esto no se intenta pronto, el honor, el gusto y el beneficio recaerán con toda seguridad, en otras manos. Ya han despertado suficiente interés y curiosidad general entre los buscadores de maravillas y los exploradores aventureros europeos, y si no nos apresuramos en la continuación de nuestros pequeños inicios, por medio de

una eficiente y persistente investigación, los Bellonzi, y los Champollions del Viejo Mundo, se anticiparán a nuestro propósito y ganarán para siempre la palma y el premio".⁸

Según Norman, ante la competencia de Europa, a Norteamérica correspondía rescatar un pasado que podía reclamar como suyo y, con ello, el honor y el prestigio intelectual que conllevaría el dar a conocer al mundo estas grandes civilizaciones americanas. Hispanoamérica quedaba excluida de esta lid, ya que como se ha mencionado, el desinterés de los habitantes de estas naciones era razón suficiente para que su pasado llegara a ser propiedad del primero que lo reclamara o adquiriera.

Stephens, explorador norteamericano de las ruinas mayas, cuyos libros constituyen la culminación del pensamiento arqueológico norteamericano frente al pasado indígena, dio la pauta en la serie de razones que se esgrimieron para eliminar el peligro de la expropiación artística prehispánica por parte de los pobladores de esas regiones. Ortega y Medina se refiere a Stephens y su pensamiento, en la siguiente cita:

...dicho pasado había sido destruido implacablemente por los españoles conquistadores, y por tal razón resultaba imposible a más de sarcástico, que los criollos y mestizos pudieran reclamarlo, supuesto que eran descendientes del pueblo destructor; los herederos de su barbarie e incuria. De los mestizos, en especial, tampoco había que esperar mucho, a éstos los ve como los poseedores de todas las malas cualidades de ambas razas y ninguna de las buenas. Tampoco los indios podían reivindicar su glorioso y espléndido pasado monumen-

tal, dado el estado de servidumbre, envilecimiento, abyección, decadencia y olvido en que habían caído. En suma, ni criollos ni mestizos ni indios podían demandar para sí aquel pasado; todos y cada uno carecían de una auténtica conciencia histórica americana.⁹

Por otro lado, cabe destacar la aportación de Stephens a la arqueología americana, representada no por sus descubrimientos, sino por declarar bellas la escultura y arquitectura maya. El mensaje estético de Stephens, dice Ortega y Medina, "purgaba el pasado prehispánico de sus postreros residuos negativos y demoníacos, y lo liberaba al mismo tiempo de la calificación bárbara con que Europa lo había otrora rechazado".¹⁰

Norman, que había aceptado ya la autoctonía racial y cultural de los pueblos prehispánicos en su primer viaje a Yucatán, -- siente la necesidad de distanciar en el tiempo a quienes levantaron esos grandes centros artísticos de los pobladores inmediatos a la conquista, para quedar, así, libre y purificado de toda contaminación; como parece probarlo el comentario que consignó en el libro en que describe su viaje a Tampico:

Me siento con toda la libertad para admitir que las impresiones que me formé durante mi viaje, 'paseos', por las ciudades en ruinas de Yucatán, las he podido confirmar plenamente con lo que me fue posible observar en México. En vista de todos los hechos y las analogías que presentan, me veo forzado a asignar aquellas ruinas a gente que desapareció hace mucho, y no a las razas o a los progenitores de las razas que habitaban el país en la época del descubrimiento.¹¹

Norman basa la afirmación anterior en la inexistencia de una tradición oral entre los indígenas referida al pasado y al origen de aquéllos que erigieron esas ciudades; situación que contrasta con la leyenda de la fundación de Roma, que se conservaba a pesar de los siglos transcurridos desde dicho suceso. No podía entender que se pudieran olvidar en menos siglos las leyendas y, menos aún, que se perdiera la pista de una historia tan gloriosamente ilustrada por aquellas construcciones. Situación que le obliga a exclamar: "No lo puedo admitir...no lo puedo concebir"¹².

Para Norman, las ruinas pertenecían a diferentes épocas y razas, mismas que se mezclaban con las que iban llegando; deducción nada mal encaminada, pero sí arteramente utilizada en su afán de interponer un largo período entre los constructores de esas "grandes civilizaciones" y los descendientes de los pobladores conquistados por los españoles.

Mayer, que se contaba entre los que aceptaban la autoctonía cultural del pasado indígena, se dedicó a establecer las relaciones de semejanza artística entre las grandes culturas mesoamericanas y, a partir de esto, la interdependencia cultural entre estos grupos, la que trató de demostrar era extensiva a las culturas indígenas suramericanas. Su aportación arqueológica más trascendental es su afirmación de que todas las culturas indígenas prehispánicas estaban emparentadas entre sí, sin excluir siquiera los muy modestos descubrimientos hechos en territorio americano, como lo demostraban, por ejemplo, dos hachas de piedra, encontrada una en Maryland y otra en San Luis Potosí¹³.

Ahora bien, tanto en Norman como en Mayer, los dos viajeros que se ocupan especialmente de la arqueología mexicana, por arriba de su interés en la misma brilla el deseo de legitimizar para los norteamericanos un derecho que hiciera suyos

"...por razones de primacía en el estudio, y fundamentalmente - por razones y exigencias de la unidad continental, la totalidad del pasado cultural de los indios del continente: Norteamérica había instrumentado estéticamente y unitariamente el pasado prehispánico y se lo había naturalmente apropiado con el sano intento - de así poderse traducir en esencias propiamente americanas"¹⁴.

NOTAS

- 1 J, A. Ortega y Medina (1962), p. 55.
- 2 Charles J, Latrobe (1836), p. 170.
- 3 B. Mayer (1953), p. 139.
- 4 Loc. cit.
- 5 Loc. cit.
- 6 Loc. cit.
- 7 J. A. Ortega y Medina, op. cit., p. 84.
- 8 B. Norman (1845), pp. VI-VII
- 9 J. A. Ortega y Medina, op. cit., pp. 82-83.
- 10 J. A. Ortega y Medina, en Brantz Mayer (1953) p. XXVIII.
- 11 B. Norman, op. cit., p. 203.
- 12 Ibidem., p. 205.
- 13 B. Mayer, op. cit., p. 131.
- 14 J. A. Ortega y Medina en Brantz Mayer, op. cit., p. XXX.

CONCLUSIONES

El pecado y la maldad existen en el mundo y nosotros estamos comprometidos por las Escrituras y nuestro Señor Jesús a oponernos a ellos con todas nuestras fuerzas ... América ha mantenido encendida la antorcha de la libertad. Recemos por la salvación de todos aquellos que viven en esa oscuridad totalitaria, para que descubran la alegría de conocer a Dios, pero mientras esto sucede, debemos estar prevenidos y conscientes de que ellos son un foco de maldad en el mundo moderno .

R. Reagan

El triunfo militar de las fuerzas invasoras norteamericanas pudo significar la anexión total de México a los Estados Unidos. Salvó al país el que se comisionara para discutir los términos de la paz a Nicholas P. Trist, un convencido de la catástrofe que supondría para Estados Unidos quedar en posesión de todo el territorio mexicano. Ante el temor de que un retardado acuerdo desembocara en tal hecho, asume plena responsabilidad en la reunión que celebra con los comisionados mexicanos el 2 de enero de 1848, y permite que éstos logren salvar de la anexión a Baja California, que quedará unida por tierra a Sonora, y que impidan prospere la concesión a Norteamérica de un tránsito perpetuo por el Istmo de Tehuantepec. El tratado en el que se estipulan estas y otras cláusulas se firmó el 2 de febrero en la Villa de Guadalupe.

¿Qué pensarían de la actitud y posición de Trist y del resultado final del movimiento expansionista los viajeros anglosajones de los que nos hemos ocupado en las páginas anteriores?

El límite de la expansión territorial es uno de los temas que trataron los viajeros y, al igual que sucedía con la opinión

pública norteamericana, presentan diferentes opciones, entre las que prevalece el peligro de extenderse a regiones habitadas por razas distintas a la anglosajona y, más aún, que no ofrecían indicio alguno de cambio en sus características culturales y de mejoría y progreso en sus condiciones sociales, políticas y económicas.

Esta posición explica la fuerza que adquieren los argumentos que justifiquen la anexión como un derecho a ocupar tierras deshabitadas, con recursos desaprovechados o gobernadas de manera tiránica, a veces abogando por el uso de la fuerza, otras por la simple ocupación y algunas por el mandato divino de poblar la tierra.

Sin los actuales medios de comunicación, la literatura viajera constituía una fuente de información para los sectores y personas interesadas en el conocimiento de México, nación con la que se mantenían relaciones tensas, especialmente a raíz de la independencia de Texas, a las que agravaban las presiones que el gobierno norteamericano ejercía sobre el de México, en favor de su proyecto político anexista.

En las obras de los viajeros anglosajones de este estudio, seguramente se encontraron argumentos que ayudaban a justificar dicho proyecto anexionista, propiciados por la técnica de comparación empleada para transmitir sus impresiones y opiniones como testigos oculares. Al referirse a México y explicar sus instituciones y su gente a la luz de sus propios valores, prejuician y denigran lo ajeno, y al exaltar lo propio apoyan la idea mesánica, la empresa regeneradora y el destino manifiesto.

El convencimiento de estar actuando conforme a dicho "destino" y a favor de la libertad y la democracia, los absuelve de cualquier juicio moral, eleva su doctrina a principio único y uni-

versal, e indirectamente salvaguardan con ellos sus intereses económicos y disfrazan con esos oropeles la búsqueda de su propio beneficio.

La herencia puritana norteamericana rechazada (y aún lo sigue haciendo), tanto individualmente como a nivel de naciones, todo sistema que no respondiera y se adecuara a los valores que ésta proclamaba, de aquí una aproximación a la cultura y el pueblo mexicano que, en ningún momento, intenta comprender el origen de las diferencias entre ambas naciones y sus habitantes, y se limita a confirmar todos los prejuicios culturales y raciales puestos en boga años atrás por el antagonismo entre el proyecto de colonización inglés y el español.

El norteamericano de origen anglosajón, protestante y republicano, que incluso hoy en día necesita pensar que su intervencionismo es para salvar al mundo, seguramente encontró en las obras de los viajeros la justificación de una misión regeneradora ante un país que no manifestaba signo alguno de "salvación", dada su inestabilidad política, nulo progreso, inexistente productividad y ahorro; que desconocía los elementales principios de la higiene, y cuya iglesia estaba tan degradada, que no podía sustentar y menos dar ejemplo de los valores. Un país, en fin, presa de sus deudas y que bien podía caer en manos de cualquier potencia europea, en especial la inglesa, que abiertamente actuaba en la extensión de su "Commonwealth".

Los viajeros encontraron en México todos los signos evidentes de condenación: una estratificación social que en los festejos iguala al hombre culto y la dama de alta sociedad con el lépero y la mujer indígena; un catolicismo herético y permisivo, manejado por un clero que persigue el poder a costa del bien común; un retraso tecnológico explicable sólo por el propio beneficio que la clase gobernante buscaba en los cargos públicos y unos ricos que explotaban a sus peones y trabajadores para -

incrementar sus ganancias sin sentido alguno de lo que debía ser el progreso y el destino nacional.

Para los viajeros, el mexicano resultante de una estrambótica mezcla, era formalista, mentiroso, cobarde, fraudulento e hipócrita, y los indígenas una raza irredenta, explotada en el ejército por oficiales venales e ignorantes; en su conciencia por sacerdotes sin escrúpulos, y en su desarrollo social y económico por patronos que mantenían rasgos feudales y esclavistas. Una raza que denigran como anglosajones, y a la que utilizan favorablemente sólo para dar un tono bucólico a muchas de sus descripciones pintoresquistas.

Ante estas condicionantes raciales se entiende el interés por las provincias o departamentos del norte de México, casi deshabitadas, con recursos sin explotar y suficientemente alejadas del centro del poder como para no poderlos defender. El objetivo fácil e inmediato sería ese, el otro lo había sustentado Thompson, el escritor diplomático, al hablar de una anexión gradual, efectiva en la medida en que los habitantes del sur aceptaran los valores anglosajones.

Hoy en día, en México, la penetración se da en usos y costumbres, sobre todo entre las clases medias y altas, el confort del "Wash and wear" la promoción del viaje a "Disneyworld", el "Halloween", los "Vips" y las hamburguesas van ocupando un lugar que hacen creer en un falso progreso al identificarlos con los signos de bienestar material del país del norte, pero que no cambian la estructura económica y social del nuestro, y por ende el concepto que de él tienen los norteamericanos apegados a sus valores tradicionales.

El discurso político norteamericano no cambia, como bien puede confirmarse con la cita de Ronald Reagan que inicia este capítulo, y que fue tomada de un artículo publicado por el Time,

en marzo de 1983, con el título "The Right Rev. Reagan", y la idea de Norman de extender las fronteras norteamericanas hasta Panamá parece sigue vigente, según se desprende de las siguientes palabras del mismo Reagan:

Si triunfa la violencia de la guerrilla ...El Salvador se unirá a Cuba y Nicaragua para formar una plataforma desde el cual extender la violencia a Guatemala, Honduras e incluso a Costa Rica. La montaña aumentará y amenazará a Panamá, al Canal y -- por último a México ...avanzarían los objetivos de los teóricos militares soviéticos que quieren tener atadas nuestras fuerzas en nuestra propia frontera sur y limitar, así, nuestra capacidad para -- actuar en lugares más distantes, como Europa, el Golfo Pérsico, el Océano Indico y el mar de Japon².

Actualmente el enemigo es otros, y la lucha por la hegemonía mundial no parece haber hecho olvidar a los Estados Unidos el antiguo programa político de la extensión territorial hacia el sur, aunque en otros términos, dado el viejo planteamiento de ¿qué haremos con un pueblo de raza, religión y costumbres tan diferentes a las nuestras y tan contunazmente inveteradas? La obligación de asumir el papel protagónico de salvador sigue presente ante la opinión pública, convencidos de la carga predestinatoria que les ha tocado llevar sobre sus espaldas, en nombre de la "libertad y democracia" para salvaguardar el área de influencia que desde el siglo pasado se adjudicaron como propia, para obtener los beneficios de sus recursos y el control político sujeto al dominio económico.

A P E N D I C E

GALERIA DE RETRATOS

LUCAS ALAMAN (1792-1857)

"Don Lucas Alaman, que ha pasado en la Europa muchos años, y en 1820 fue diputado a las Cortes Españolas.. Poco tiempo después de su regreso fue nombrado ministro de relaciones extranjeras, alto puesto que ha desempeñado durante muchas épocas difíciles. Es hombre erudito, y se ha mostrado siempre protector de las artes y las ciencias. En su conversación es más reservado, menos brillante, más minucioso que el Conde de la Cortina, y siempre cauteloso al expresar sus opiniones, pero invariablemente dispuesto y capacitado para dar informes acerca de cualquier tema relacionado con este país, mas siempre que no tenga que ver con la política".

Calderón de la Barca, pp. 261-62

JUAN NEPOMUCENO ALMONTE (1803-1869)

"El general Almonte, Ministro de la Guerra, hombre hermoso y agradable, militar de gran valentía, muy impopular con uno de los partidos y especialmente antipático para los ingleses, pero, sin embargo, un excelente amigo nuestro".

Calderón de la Barca, p. 165

"Al general Almonte lo conoce mucha gente en este país, y en cualquiera de los lugares en donde es conocido, estaría de más decir que en todos sentidos, es un elegante y perfecto caballero, virtuoso, valiente y honorable. A algunos de los texanos que estuvieron en la batalla de San Jacinto les escuché decir que los mexicanos que se salvaron en aquella ocasión deben sus vidas al general Almonte. El desesperado ataque de los texanos, con sus gritos salvajes, sus relucientes cuchillos de monte, y los rifles ensanchados en el extremo era algo a lo que estaban completamente desacostumbrados los mexicanos, que cayeron en un estado de pánico absoluto. No peleaban, y nunca se les ocurrió bajar las armas, o sencillamente rendirse formalmente. Los texanos, desde luego, continuaron con la carnicería, pues después de la primera cargada aquello dejó de ser una batalla. Así las cosas, Almonte dijo a los oficiales que se encontraban a su alrededor: 'Caballeros observen como nuestros hombres no pelean, paralizados por el pánico, vamos a reunirlos a todos y a rendirnos', lo que hizo poniendo con ello fin a la matanza. El fue quien salvó la vida de una mujer, la única superviviente de la sangrienta escena de El Alamo, a la que después proveyó de un caballo y los medios necesarios para que se reuniera con sus amigos. Durante la administración de Bustamante, fue secretario de guerra y a pesar de que una muy reciente experiencia ha demostrado la gran fortuna que puede hacer alguien empleado en esa oficina, Almonte abandonó su puesto cuando le debían gran parte de su salario, y su situación era tan precaria que para poder mantenerse tuvo que ofrecer conferencias populares hasta no ser nombrado ministro en los Estados Unidos .

"Confió en no cometer una imprudencia al relatar un hecho conocido por todos en México, si pensara que así lo podía juzgar el general Almonte, por ningún motivo lo haría. Se trata del hijo del general Morelos, el nombre más honrado y venerado en el corazón de todo mexicano, como bien lo merece..."

MANUEL ARMIJO

"Tenía un aspecto realmente solemne, rayando en la magnificencia. En esta ocasión iba montado en una mula ricamente enjaezada?, - de enorme tamaño, y color castaño. Armijo mide más de seis pies de altura, es corpulento y bien formado y tiene, además, un aspecto decididamente militar. Sobre el uniforme llevaba puesto un poncho azul del mejor paño, con bordados de diversos dibujos en oro y plata, y del agujero del centro emergía la cabeza de aquél ante quienes los habitantes de Nuevo México se ven obligados a inclinarse con miedo y estremecimiento. Sin duda, Armijo es uno de los hombres mejor parecidos que conocí en el país, pero es un fanfarrón cobarde, que carece de todos los principios morales, pero le faltan las otras cualidades de un buen gobernador.

"En su tosco palacio de Santa Fe se comporta con mayor despotismo que en cualquier otro lugar, se mantiene orgulloso y obliga a que se le rindan homenajes reales y a que se sigan las ceremonias cortesanas impuestas por el tirano. Un guardia con mosquete al hombre, marcha ante la puerta de entrada y niega el paso a todo el mundo, a menos que previamente se haya obtenido el permiso real. Si su excelencia se siente con humor de salir, el grito del centinela 'El gobernador y comandante en jefe, presente', hace eco y retumba de guardia en guardia hasta los cuarteles. Cuando su majestad está en la calle, cada uno de sus respetuosos súbditos se excusa por el sombrero que lleva puesto, quitándose-lo de la cabeza. Cuando la esposa del gobernador, una mujer vulgar, con cara licenciosa, sale del edificio, la práctica es aún más ridícula, ya que entonces resuena por todas partes el grito de 'La gobernadora' o 'La comandante generala' (sic). Esta mujer está contagiada con todas las depravaciones conocidas por la naturaleza humana y, al igual que su marido, es una libertina con una 'prerrogativa especial', que no tiene ningún escrúpulo en actuar como alcahueta (sic) de su marido en todos sus amoríos. Al mismo tiempo, a ella no le faltan sus propios amantes. ¡Digna pareja! Sinceramente..

"Debo matizar esta apresurada biografía de don Manuel Armijo, con el abundante material que no he usado todavía, con las historias de sus atrocidades que sonrojarían el rostro de la tiranía. Podría detallar varios crímenes horribles que ha cometido. Podría relatar muchas historias espeluznantes de los abusos realizados en contra de los derechos de la mujer, que harían arder indignados el fuego del corazón de los anglosajones, ya que éstos veneran a la madre del hombre como objeto aparte y sagrado. Podría hablar de su disimulo hacia los indios apaches, en los robos que cometen a sus vecinos del estado de Chihuahua, ya que proporciona pólvora, balas y rifles a esta intrépida tribu montañesa, sabiendo que caerán con la rapidez de las águilas, sobre sus propios compatriotas. Podría hacer un catálogo con el nombre de los hombres que ha apartado de sus hogares y familias sin ningún motivo, solamente porque se interpusieron en su camino. Asesinatos, robos, seducciones de la virtud, extorsiones e innumerables actos de rompimiento a la palabra dada, son temas sobre los cuales tengo material en abundancia, con los detalles más ciertos, pero mis lectores se enfermarían y mi relato me conduce por otro camino. Unas cuantas anotaciones y habré terminado con él .

"El semblante y la conducta de Armijo no están mal calculados para causar terror a la gente timorata, ya que, como he dicho, es un hombre fuerte, de porte grande, aspecto decidido y ademanes tempestuosos. No posee ni una pizca o ápice de valentía personal, ya que se le conoce por ser el más insigne cobarde. En todas las revoluciones que se han efectuado desde el primer momento de su real poder, nunca ha expuesto su persona, con excepción de una ocasión. En una escaramuza con algunos indios recibió una herida en la pierna y debido a ella todavía cojea, pero esta acción no la preparó él, y su conducta fue la de un hombre comprometido en un asunto que no tenía nada que ver con sus deseos. Como sea, ha sacado buen provecho de su pierna lisiada y, al igual que su gran modelo, Santa Anna, está decidido a que sus

súbditos nunca olviden que fue herido en combate contra el enemigo .

"Pero el golpe maestro de este gran hombre fue la captura de la expedición texana a Santa Fe. Estas partidas pequeñas de soldados andrajosos, capturadas poco a poco, las multiplicó y convirtió, en un comunicado grandilocuente, en una legión de Buckramites, y por este acto de la más heroica osadía fue, condecorado por Santa Anna. Armijo conoce muy bien a su gente, ha estudiado su carácter con el más acucioso discernimiento y una frecuente observación suya es 'Vale más ser teñido por valiente que serlo' (sic) y, así, alardeando y fanfarroneando mantiene sujetos a los tímidos nativos .

"Podría extrañar que el gobierno central no haya puesto atención a la tiranía de Armijo, pero su política es solamente parte de aquélla que prevalece en muchos departamentos. En nuestra Confederación vemos a la inteligencia vinculada a la unión; lo contrario de lo que sucede en México, prueba suficiente para corroborar que la tal llamada República, no es una República en absoluto. Al general Armijo le diré ahora adiós, pero no puedo hacerlo sin decir, otra vez, que aún cuando este retrato le pudiera sorprender, él no puede argüir que no es fiel en una sola sílaba".

Kendall pp. 315 y 358-360

JOSE MARIA BOCANEGRA (1787-1862)

"El señor Bocanegra, Ministro de Relaciones Exteriores, además de abogado distinguido, es juez de la Suprema Corte, y todo el mundo en México se refiere a él como juez eminente y virtuoso, como la delegación americana tiene más asuntos comprometidos con varios y diversos principios de las leyes internacionales en México, que -

en cualquiera otra de nuestras misiones exteriores. Tuve que tratar mucho con el señor Bocanegra; además, negocié con él dos importantes convenciones, y puedo decir con toda sinceridad, que lo encontré siempre leal y firme en la defensa de los intereses de su nación; en todas las ocasiones se mostró cortés y franco y nunca observé que tomara alguna de esas pequeñas ventajas que muchos erróneamente suponen son obligadas para un diplomático. Como compañero era evidentemente alegre y jovial. Tuve por el señor Bocanegra un gran respeto y una muy sincera estimación. Creo poco probable que México pueda encontrar un hombre que conduzca los asuntos del Ministerio de Relaciones Exteriores con mayor habilidad y éxito que él".

Waddy Thompson, p. 82

ANASTASIO BUSTAMANTE (1780-1853)

"El general Bustamante parece hombre bondadoso, con una expresión de honestidad y benevolencia, franco y sencillo en sus maneras, y de ningún modo con aire de héroe. Su conversación no fue muy brillante, y no me acuerdo bien cuál fue el tema de ella, supongo que sobre el tiempo, y desde luego, y de preferencia, sobre medicina. No podría ofrecerse mayor contraste, tanto en la apariencia como en la realidad, que entre él y Santa Anna. Su mirada no tiene nada de diabólica. Es franco, abierto, sin reservas. Es imposible mirarle cara a cara y no creer que es un hombre honrado y bien intencionado. Un escritor carente de principios, pero muy inteligente, ha dicho de él que no está dotado de grandes capacidades ni de genio superior; pero bien sea por reflexión o por dificultad en comprender, es siempre extraordinariamente calmado en sus determinaciones, que antes de tomar partido inquiere y considera hasta el fondo si será justo, mas una vez convencido de que lo es, o que le parece serlo, sostiene sus puntos de vista con

firmeza y constancia. Añade el dicho escritor que está hecho más para obedecer que para mandar; por cuya razón fue siempre tan ciego servidor de los españoles y de Iturbide después .

"Es fama que sabe ser buen amigo, que su honradez es proverbial y, por su persona, valiente; sin embargo su energía moral decae en algunas ocasiones. Es en consecuencia, una persona estimable y que quiere cumplir con su deber hasta donde sus facultades se lo permiten, aun cuando es problemático determinar si posee aquella severidad y energía suficientes en estos desdichados días en que le ha tocado gobernar".

Calderón de la Barca, p. 47

"No conocí personalmente al General Bustamante. Había sido desterrado un poco antes de mi llegada a México y su regreso ocurrió después de la caída de Santa Anna. Existió un hecho singular y es: que tres presidentes mexicanos se encontraron en calidad de desterrados al mismo tiempo -Gómez Farías, Bustamante y Santa Anna. Cuando Santa Anna llegó a Cuba, se encontró ahí con Bustamante, quien regresaba a México. Si hubiera ido a Nueva Orleans se hubiera encontrado con Gómez Farías .

"A pesar de que Bustamante había sido desterrado unos cuantos meses antes de mi llegada a México, con toda honestidad puedo decir que solamente oí mencionar su nombre con respeto. Esto no es muy común, si uno recuerda que su rival triunfador ocupaba entonces el poder, y que no existía forma alguna de adulación que no recibiera a cada minuto, la carrera de Bustamante no puede considerarse de ninguna manera corta, ya que se inició con la guerra de independencia, pero toda ella es incorrupta, sin que se le acuse siquiera de un acto de crueldad, deshonesto, o anti-patriota, al contrario todos le reconocen patriotismo, valor y desinterés. Durante el período de su caída se le debían cincuen

ta dólares, de un salario que no había cobrado por haberlos asignado a las siempre apremiantes exigencias del gobierno; abandonó el país tan pobre que se vió obligado a vender todo lo que poseía, incluso su bastón para caminar, el que me fue ofrecido por la persona que se lo había comprado. Entre los romanos se consideraba el más alto honor que alguien que hubiera ocupado altos cargos muriera tan pobre que tuviera que ser enterrado con el gasto público. Esto es mucho más honroso para alguien que ha sido presidente de México, donde la total ausencia de responsabilidad ofrece tantas tentaciones de peculado".

Waddy Thompson, pp. 86-87

CARLOS MARIA DE BUSTAMANTE (1774-1848)

"La reputación de Don Carlos Bustamante diputado por Oaxaca, es, ante todo, literaria. Son considerables sus investigaciones sobre las antigüedades mexicanas; y ha publicado la historia del 'Descubrimiento de América', escrita por el P. Vega, -es conocida hasta entonces; también la 'Galería de los príncipes mexicanos'; 'Texcoco en los últimos días', etc. Me mandó últimamente las 'Mañanas de la Alameda'- una obra escrita con el propósito de enseñar a las jóvenes mexicanas la historia de su propio país. Sólo he leído algunas páginas, pero me asombró la liberalidad de sus observaciones referentes a los españoles, las cuales, viniendo de tal procedencia, son mucho más valiosas y dignas de crédito que cualquiera de las que podría hacer un extranjero, de tal manera que estoy tentada de traducir..."

Calderón de la Barca, pp. 260-261

CONDE DE LA CORTINA , JOSE GOMEZ DE LA CORTINA (1799-1860)-

"El general conde de la Cortina, como se le conoce comunmente en México, es un tipo de persona muy diferente. Es un cabal ejemplo de caballero castellano, valiente, cumplido, cordial, generoso y muy honorable. Ha ocupado muchos altos cargos en México, y durante mi estancia en el país, comandaba un selecto regimiento de -- granaderos.

"Posee una gran fortuna y vive con magnificencia principesca. Dudo que en este continente exista una colección tan buena de pinturas y estatuas como las que se encuentran en su casa. En ella, - cinco o seis cuartos tienen las paredes cubiertas de piso a techo con pinturas de los viejos maestros, entre ellas muchas de Murillo".

Waddy Thompson, p. 86

LUIS GONZAGA CUEVAS (1800-1867)

"...el Señor Cuevas, Ministro de lo Interior, casado con una hija de la Marquesa de Vivanco, persona afable y buena, que parece ser bien querida por todos, y que también nos ha demostrado una verdadera amistad".

Calderón de la Barca, p. 166

"Al señor Cuevas, actual ministro de Relaciones Exteriores, lo -- conocí muy poco. Goza de gran reputación en México por sus do--- nes, ya que se trata de un hombre ilustre y sumamente agradable, con esas buenas maneras de todo caballero mexicano o español, que no tienen punto de comparación. De sus modales llama la atención la naturalidad, cordialidad y sinceridad y, como lo expresó muy bien una dama americana radicada en México, una 'franqueza refinada', que nunca trasciende los límites de la más estricta propiedad, así como una perfecta tranquilidad, igualmente alejada de la timidez que del gran atrevimiento; sería lo que los franceses expresan, tan bien con su beau tranquile, cualidad que, creo, - ellos mismos difícilmente poseen".

Waddy Thompson, pp. 89-90

VALENTIN GOMEZ FARIAS (1781-1858)

"Gomez Farías, el principal causante de esta revolución es uno de los hombres que llaman la atención aun entre las notabilidades del país. Sus principios han sido en todas ocasiones los de 'progreso rápido y radical'. Nacido en la ciudad de Guadalajara, se dice que hizo una carrera literaria brillante. También se asegura que es de temple enérgico y de imaginación ardiente. No ha ocurrido suceso de alguna importancia en la República, en que no aparezca su nombre. La independencia le debió servicios importantes; más tarde, siendo diputado por Zacatecas, hizo patente su entusiasmo en favor de Iturbide; luego fue ardiente partidario de la causa federal, contribuyó a la elección del general Victoria y a él se debió la de Pedraza; tomó parte activa en las reformas políticas de 1833 y 34; detesta a los españoles, y durante su presidencia hizo lo posible para abolir los privilegios del clero y de los militares. Suprimió instituciones monásticas, concediendo absoluta libertad de opiniones, abolió las leyes represivas de la prensa y creó muchos establecimientos de enseñanza para la literatura. Cualesquiera que hayan sido sus errores políticos y la rudeza con que, en nombre de la libertad y de reforma, haya procedido para alcanzar los fines, sin respetar las cosas más sagradas, se le considera generalmente, aun por sus enemigos, como hombre íntegro, como un iluso que se engaña a sí mismo tanto como a los demás. Ahora con la esperanza de obtener algún bien incierto e imaginario, y al propio tiempo que declara su horror por la guerra civil y por el derramamiento de sangre, se ha levantado en contra del actual gobierno, y es la causa de esta guerra cruel que azota, no el campo abierto, ni siquiera los dispersos suburbios, sino el corazón mismo de una populosa ciudad".

"Todo lo que he dicho del General Bustamante puede decirse ciertamente por igual de Gómez Farías, agregando que es un hombre de gran talento y enormes dotes .

"Por sus grandes cualidades e inmaculada pureza de carácter, tanto pública como privada, Gómez Farías sería un hombre extraordinario en cualquier nación. La única falta que siempre se le imputa es la de ser demasiado 'exaltado', hombre que lleva sus ideas de libertad a un grado tal que resultan impracticables en México o, dicho en otras palabras, es un admirador tan grande de nuestras instituciones y se esfuerza tanto para que sean asimiladas en México, que resulta demasiado para ellos".

Waddy Thompson, p. 88

MANUEL GOMEZ PEDRAZA (1789-1851)

"En lo que se refiere a Don Manuel Gómez Pedraza, ha ocupado demasiados puestos distinguidos en los sucesos políticos del país para que no sea conocido por todos. Oficial en la época del gobierno español, se señaló por una severa disciplina y una conducta moral estricta. Comandante de la Huasteca, en tiempo de Iturbide, apoyó al Emperador, el cual le hizo después comandante general de la ciudad de México. En 1827, durante la presidencia de Victoria, fue ministro de la Guerra, y distinguióse por su extraordinaria actividad, de la que carecía el Presidente. En 1828 fue nombrado junto con Guerrero, candidato a la Presidencia, y al cabo de una terrible tempestad política, Gómez Pedraza fue electo. La efervescencia reinante motivó la furia de los dos partidos, Guerreristas y Pedrazistas, que se habían mezclado con los Iturbidistas, y subió de punto con la llegada de Santa Anna a Perote con ochocientos hombres, el cual, encerrándose en la fortaleza, se pronunció por Guerrero, y en un manifiesto encumbra a este General a la categoría de héroe y exhibía a su ri-

val como un hipócrita. Vino después la famosa revolución de la Acordada, y tanto Pedraza como Guerrero desaparecieron. Pedraza abandonó la República, y después de otra Revolución, juzgando que 'La Constitución y las leyes habían sido restablecidas', regresó a Veracruz, en donde se encontró con una orden que le prohibía desembarcar. Se dirigió entonces a Nueva Orleans, de donde regresó al ocurrir nuevos cambios políticos, y en la hora presente vive tranquilo al lado de su esposa, persona de extraordinario talento e instrucción, hija del Licenciado Señor Azcárate. Tal es el correr de las agitadas vidas de los 'hijos de la tierra'".

Calderón de la Barca, pp. 259-260

MANUEL EDUARDO GOROSTIZA (1789-1851)

"Don José (sic) Eduardo Gorostiza, aunque nacido en Veracruz, es hijo de un oficial español, y muy joven fue a España, en donde figuró en la política como liberal. Sobresalió como un escritor de piezas teatrales, que fueron y siguen siendo populares; y aquellas que se limitó a traducir, tuvo el mérito de adaptarlas a la escena española y castellanizarlas con mucha chispa. Una de sus piezas, que vimos la otra noche en el teatro, "Contigo pan y cebolla", es deliciosa. Además de ocupar un puesto en el Gabinete de México, ha sido encargado de negocios en Holanda, y ministro ante la corte de Saint James. Es muy gracioso y agradable en su conversación, y ha coleccionado algunas buenas pinturas y valiosos libros durante sus viajes por la Europa".

Calderón de la Barca, p. 260

GUERA RODRIGUEZ

MARIA IGNACIA RODRIGUEZ DE VELASCO Y OSORIO BARBA (1778-1850)

"La Guera Rodríguez, de la que se dice que hace muchos años fue celebrada por Humboldt como la mujer más bella que él hubiera visto en todo el curso de sus viajes. Considerando el tiempo que ha transcurrido desde que este distinguido pasajero visitó estas partes, no pude menos que asombrarme cuando vi su tarjeta de visita en donde rogaba ser recibida, y mucho más de ver que, a pesar de los años y de las huellas que el tiempo se complace en dejar en el rostro más bello, la Guera conservaba una abundancia de bucles rubios sin un solo cabello gris, una hermosa y blanca dentadura, ojos lindos y gran viveza .

"Encontré a la Guera muy agradable, y la más cabal de las crónicas vivientes. Su actual marido es el tercero; tuvo tres hijas, las tres célebres por su belleza; la Condesa de Regla, que murió en Nueva York y está enterrada en la Catedral de aquella ciudad; la Marquesa de Guadalupe, también fallecida, y la Marquesa de Aguayo, ahora una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt, y haciendo mención de sí misma en tercera persona, me refirió todos los pormenores de su primera visita, y la admiración que sintió por ella; que entonces era muy joven, sin embargo de estar ya casada, y madre de dos niños, y que cuando Humboldt fue a visitar a su madre, se encontraba sentada cosiendo en un rincón, y en donde el Barón no podía verla, hasta que, conversando éste muy seriamente acerca de la cochinilla, inquirió si podría visitar cierto lugar en que existía una plantación de nopales. 'Ciertamente que sí', dijo la Guera desde su rincón, 'y nosotras mismas podemos llevar allí al señor de Humboldt'. Echándola de ver entonces, quedóse admirado y suspenso, exclamando al fin: '¡Válgame Dios! ¿Quién es esta muchacha?' Desde aquella ocasión estaba constantemente con ella, y más cautivado, dicen, por su ingenio que por su hermosura, considerándola como la Madame de Stüel de Occidente. Todo esto me induce a sospechar que tan grave viajero fue -

muy sensible a los encantos de su amiga, y que ni minas, ni montañas, ni geografía, ni geología, ni conchas petrificadas, ni alpenkalkstein le ocuparon bastante para que excluyera un ligero stratum de devaneo amoroso. Conforta el pensar que, 'a veces - hasta el gran Humboldt sucumbe'".

Calderón de la Barca, p. 64

JOSE MARIA GUTIERREZ ESTRADA (1800-1867)

"En una revista política de México, escrita años ha por un mexicano que se ocupaba sin temor, y al parecer con imparcialidad, de los caracteres de todos los hombres prominentes de aquella época, encuentro algunas observaciones acerca del Señor Gutiérrez Estrada y en las cuales podréis depositar mayor fe, ya que vienen de una fuente menos parcial que de aquellos que, como nosotros, sienten por él y por su familia, un gran afecto. Al hablar de la conducta del Gobierno, dice: 'El Señor Gutiérrez Estrada fue uno de los pocos que permanecieron firmes en sus ideas y, sobre todo, en sus compromisos políticos. Este ciudadano es nativo del Estado de Yucatán, donde reside su familia, distinguida bajo todos sus aspectos. No es necesario decir que Gutiérrez Estrada recibió una educación cuidada y escogida, basta haberlo tratado para conocer que fue así; y que supo aprovecharse de ella en la carrera del servicio público a la que se dedicó, y en la cual ha permanecido puro y sin mancha en medio de una clase corrompida. Desde el principio fue destinado a las legaciones de Europa, en razón de hablar y escribir corrientemente los idiomas francés e inglés, y es uno de los pocos que han empleado útilmente su tiempo en las capitales del Viejo Mundo; flexible por carácter, honrado por educación y principios, y expedito para los negocios; su servicio ha sido perfecto y, sobre todo, leal y

conciencioso'. Y sigue diciendo: '...su conciencia política es firme, segura e ilustrada; por eso, no obstante la seriedad de su carácter, no se le hace ceder en nada de lo que él cree de su obligación, aun cuando se atraviesan amistades íntimas y consideraciones de mucho peso'. Se diría que el escritor se anticipó a las conciencias presentes. Todavía no he leído el folleto, que es considerado por los amigos del autor como una prueba, a la vez, de su noble independencia, de su ardiente patriotismo y de su vasta ilustración; pero, a decir la verdad, estos mucho más interesada en las consecuencias domésticas que en sus resultados en el público, y aun en el de sus propios méritos".

Calderón de la Barca, p. 202

JOSE JOAQUIN DE HERRERA (1792-1854)

"Del general Herrera, solamente sé que es un viejo general de buen carácter y con capacidad, pero, hasta donde estoy enterado, no ha hecho nada extraordinario".

Waddy Thompson, p. 90

JOSE MORAN Y DEL VILLA (1774- 1841)

"El general Moran, ahora lleno de achaques y desde hace mucho tiempo alejado de la vida pública, es universalmente respetado, como militar y como caballero. Está casado con la hija del finado Marqués de Vivanco, general de división, que durante mucho tiempo se opuso a la Independencia, y cuando el sistema colonial tocó a su fin, sus aspiraciones nunca fueron más allá de ver a

un príncipe de sangre real en México. El general Morán, que ha sufrido el destierro varias veces y su salud resentido los padecimientos físicos y morales, termina sus días en tranquilo retiro, rodeado de su familia".

Calderón de la Barca, p. 262

MARIANO PAREDES ARRILLAGA (1797-1849)

"El general Paredes, autor de la revolución que dio lugar a la caída y destierro de Santa Anna, es un hombre de talento y con reconocidos logros en su profesión, del que todos dicen es un caballero y patriota. Pero por una u otra razón, nadie ve en él a un presidente. Yo no sé cómo pudo pasar, quizá sucedió por ser él un oponente del partido Federal y Santa Anna la cabeza del contrario. Además, Paredes, Valencia y Tornel eran tres hombres prominentes en México y existían unos celos tripartitas y ese odio entre ellos, que siempre aseguran la combinación de dos contra terceros".

Waddy Thompson. pp. 84-85

ANDRES QUINTANA ROO (1787-1851)

"Don Andrés Quintana Roo, el mejor poeta moderno de México, nacido en Yucatán, el cual llegó muy joven a la metrópoli para estudiar leyes. Dicen que posee grandes conocimientos, y que su entusiasmo por la causa de la Independencia rayaba en fanatismo, de tal manera que junto con su esposa Doña Leona Vicario, que compartía con él su ardiente amor a la libertad, desafiaron toda clase de peligros en aras de la causa, sufriendo cárceles, se fu

garon de la Inquisición y escaparon de las manos de los ladrones, y padecieron toda clase de incomodidades; de tal manera, que su historia formaría una novela. A la fecha está entregado a las letras, y aunque de vez en cuando lanza algún opúsculo político, es probable que ya esté cansado de revoluciones y posea toda la calma del hombre que ha tenido una juventud exaltada y tormentosa, por lo que al fin de sus días sólo encuentra consuelo en el estudio; el pozo de la ciencia le ha resultado ser un leteo, en cuyas aguas mata el recuerdo de todas sus tristezas pasadas. Y este es el caso muy frecuente en los tiempos actuales en México; de que los hombres más distinguidos sean los que lleven una vida más retraída; los que han desempeñado su papel en la arena de la vida pública y han visto cuán inútiles fueron sus esfuerzos en favor de su país, y se han refugiado en el seno de sus familias, en donde tratan de olvidar las calamidades públicas entregados a la vida doméstica y a las tareas literarias".

Calderón de la Barca, p. 261

MIGUEL RAMOS ARIZPE (1775-1843).

"Calderón se fue temprano a devolver la visita del celebrado Don M. Ramos Arizpe, ahora un anciano y canónigo de la Catedral, pero antiguo diputado de las Cortes Españolas, y uno de los más celosos partidarios de la causa de la Independencia. Dicen que el influjo que ejerció sobre los hombres medianos, debióse más bien a su energía, algunos dicen a su don de mando, que el talento, y aseguran que era de entendimiento claro y sagaz, con la extraordinaria cualidad de saber descubrir los más recónditos impulsos y designios secretos, y que siempre supo mantener entre sus subordinados un tenaz empeño en el despacho de sus asuntos. Calderón visitó también al obispo, el Señor Vázquez, el cual obtuvo -

el reconocimiento de la Independencia".

Calderón de la Barca, p. 250

ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA (1794-1876)

"...Su actitud en la conversación es suave, seria y caballeresca. Cuando se anima, usa muchos y elegantes ademanes, y parece poner toda el alma en lo que dice, aunque sin perder el dominio de sí mismo y de sus emociones .

"A Santa Anna lo vi una vez en su carroza, rodeado de guardas y con toda la pompa militar, en una revista que pasó a sus ocho mil soldados; lo he visto rezando en la iglesia, apostando en una pelea de gallos, -en el salón de audiencias-, a la mesa, y en entrevistas privadas de delicada diplomacia, en que se trataba de los intereses políticos de ambas naciones. Nadie puede olvidarlo fácilmente; y, si he diferido hasta ahora el dar una descripción de él, es por el temor de engañarme a mí mismo o a los demás. Según la opinión pública su carácter es un enigma; ciertamente, las apariencias son otras, y si lo juzgamos por su persona y trato es o bien un hipócrita redomado o un actor de primera .

"El general Santa Anna es hombre de unos seis pies de alto, bien conformado y de graciosa postura, aunque cojea con su pata de palo pasada de moda, ya que ha desdeñado por incómodas todas las piernas artificiales con resortes y otras piezas automáticas, que le han obsequiado aduladores del mundo entero. Como ante dije, siempre que aparece en público viste uniforme de alto oficial del ejército, con el pecho recamado de condecoraciones cuajadas de piedras preciosas .

"Su frente, sombreada de cabellos negros con algunos manchones grises, no es ancha, ni mucho menos; antes, al contrario, estrecha y lisa. Aunque la cabeza es más bien pequeña y tal vez demasiado larga, tiene perfiles nítidos y atrevidos, que marcan una línea sobre los ojos, pequeños y brillantes que, según dicen, llamean cuando los anima la pasión. Tiene la tez oscura y cetrina, y temperamento evidentemente bilioso. Su boca es el rasgo más notable de su fisonomía. Cuando está en reposo, su expresión dominante es una mezcla de dolor y angustia; al verla en estado de completa quietud uno creería que se halla junto al lecho de muerte de un amigo cuyos padecimientos sintiera en lo íntimo y sin esperanza. Su cabeza y su rostro son de índole atenta, pensativa y melancólica, pero decidida. En su expresión no hay ferocidad, rencor ni ira, y cuando se anima en una conversación grata a la que parece entregarse de lleno, aunque con voz tímida y apagada, y cuando se ilumina con esa sonrisa insinuante y dulce, demasiado apacible para convertirse nunca en carcajada, uno siente que se halla delante de un hombre que se distingue entre millares por su refinamiento tranquilo y su temperamento sereno, que conquista a la vez respeto y simpatía; delante de un caballero bien nacido y de un soldado resuelto, que puede vencer tanto por el atractivo de una habilidad insinuante como por la autoridad de un carácter imperioso.

"Tal es el retrato del hombre que desde los comienzos de la revolución mexicana ha desempeñado el papel más importante en el drama de su época, y que se ha abierto camino hasta la cumbre partiendo de los rangos militares más humildes, destructor y constructor de muchos regímenes y personalidades, no siempre se ha puesto de parte del republicanismo, entendido según las ideas liberales e ilustradas del Norte, pero es de esperar sinceramente que, a fuer de viejo soldado y valiente luchador, ame demasiado profundamente la causa de la libertad como para echarse atrás ahora y caer en la locura del despotismo".

"El general Santa Anna muy señor, de buen ver, vestido con sencillez, con una sombra de melancolía en el semblante, con una sola pierna, con algo peculiar del inválido, y, para nosotros, la persona más interesante de todo el grupo. De color cetrino, hermosos ojos negros de suave y penetrante mirada, e interesante la expresión de su rostro. No conociendo la historia de su pasado, se podría decir que es un filósofo que vive en digno retraimiento, que es un hombre que, después de haber vivido en el mundo, ha encontrado que todo en él es vanidad e ingratitud, y si alguna vez se le pudiera persuadir en abandonar su retiro, sólo lo haría, al igual que Cincinato, para beneficio de su país. Es curioso cuán frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros ...sus modales revelaban calma y caballerosidad, y en conjunto resultó ser un héroe mucho más fino de lo que yo me esperaba. Si hemos de juzgar por el pasado, no habrá de permanecer largo tiempo en su actual estado de inacción, ya que además, según Zavala, posee en su interior 'un principio de acción que le impulsa siempre a obrar'.

Calderón de la Barca, p. 26

"Don Antonio López de Santa Anna es un hombre entre cincuenta y sesenta años, de apariencia robusta, con un semblante adusto y una pierna de madera bien hecha. La señora, una hermosa joven de diecisiete años, lloraba por la fría recepción en la que no se escuchó un solo 'viva' y, su madre, una vulgar y gruesa matrona, se separó repentinamente de la procesión que la disgustaba mucho. El general vestía de uniforme completo y no se veía nada contento por la ausencia de aplausos, ya que había esperado una mejor recepción. Su apariencia revelaba bien su carácter; sin duda, jamás he visto una fisonomía en la que las pasiones malignas

nas, que él poseía notoriamente, estén mejor dibujadas. Apariencia turbia, traicionera, avaricia y sensualidad, estaban marcadas con precisión y llevaba estampados en el rostro su bien conocido carácter y sus vicios. Es corpulento, con una buena constitución que le ganaba las buenas opiniones y miradas del bello sexo, de quienes recibía las mejores atenciones".

George F. Ruxton, p. 36

"No soy de ninguna manera un admirador incondicional del general Santa Anna, ya que no es precisamente lo que Caleridge llamaría un 'hombre modelo'; tiene muy grandes defectos y algunos vicios, como hombre público y privado, pero también tiene muchas grandes y generosas cualidades. Inició su vida en un convencimiento fervoroso de la República Federal, pero pronto se llegó a dar cuenta de que su nación no estaba preparada para esa forma de gobierno, opinión, que creo comparten los extranjeros inteligentes que han visitado México. Creo que es un patriota y su gran vicio, es la avaricia, la que finalmente lo ha hecho caer.

"No sólo en México, sino en todos los países hispanos, la ausencia total de una auténtica responsabilidad en todos sus funcionarios públicos, ofrece las más peligrosas tentaciones al peculado y la mordida. Y si debo creer la mitad de lo que he escuchado, Santa Anna no está libre de estos vicios. Con esta excepción, que es grave y condenable, creo que la dirección general de su administración fue patriota y sabia. Me atrevo a decir que, tanto en lo que se refiere a la confianza pública, como en lo relativo a las relaciones exteriores, México nunca ha estado mejor gobernado que como lo estuvo durante su última presidencia, cuan

do él era literalmente el estado, y deseaba, tan sinceramente como yo, el bienestar de su país. Me alegraría verlo de nuevo a la cabeza del gobierno, hecho que no creo imposible".

Waddy Thompson, pp. 80-81

FRANCISCO TAGLE

"Don Francisco Tagle, es un caballero de la vieja escuela, y su nombre figura en todos los acontecimientos políticos que han ocurrido desde la Independencia de la cual fue uno de los firmantes. Es muy rico, y posee además una finca muy productiva de magueyes, cerca de México, enormes propiedades en la frontera de Texas, y es, por otra parte, administrador del Monte Pío, antiguamente la casa de Cortés, un verdadero palacio, en el que viven él y su familia. Es muy ilustrado y bien informado y demasiado distinguido para que no haya tenido que padecer en su persona las consecuencias de las convulsiones políticas. Con su experiencia de un México republicano ¿tomaría ahora el mismo camino? Es demasiado prudente para decirlo. El y su familia figuran entre nuestros más íntimos amigos, y, con pocas excepciones, todos los que os he mencionado han venido a vernos desde nuestro regreso, y es una de las razones de porqué sus nombres hayan venido a mi memoria, pero faltan en la lista muchas personas distinguidas".

Calderón de la Barca, p. 262

JOSE MARIA TORNEL Y MENDIVIL (1789-1853)

"El general Tornel, secretario de Guerra, es particularmente refi

nado, una personalidad atractiva en todos los aspectos. En cualquier país se le vería como un hombre completo. Es muy elegante y a veces hábil escritor. Ahora, si es verdad lo que oí en algunas ocasiones en México, existe otro lado del retrato. Pero de todas las ciudades del mundo, México es la más chismosa y, por lo mismo, me abstengo de emitir una opinión definitiva sobre el general Tornel, y más si se tiene en cuenta que hubo entre nosotros un altercado un tanto violento a los pocos días de mi llegada a México, y que nuestras relaciones fueron poco amistosas y nunca muy cordiales, durante algún tiempo".

Waddy Thompson, p. 84

IGNACIO TRIGUEROS (1805-1879)

"Del señor Trigueros, ministro de Finanzas durante mi estancia en México, se podría pensar que no tiene, más de cuarenta años. Era un próspero comerciante en Veracruz, y pienso que manejó las finanzas del país con una notable habilidad y éxito. Al ocupar el puesto, encontró los asuntos de su Departamento en terrible confusión, con una deuda pública de tal magnitud que creo imposible pueda pagarla el país en un largo período. Parece un milagro que se encuentren fondos para sostener incluso al gobierno durante un año".

Waddy Thompson, p. 82

GABRIEL VALENCIA (1799-1848)

"El general Valencia es un oficial que subió de las filas de la tropa hasta su importante posición actual, hecho que demuestra ta-

lento y coraje y que, al mismo tiempo, excusa la falta de educación y maneras que señalan fuertemente su origen".

Waddy Thompson, p. 86

GUADALUPE VICTORIA (1786-1843)

"Pero por encima de la multitud de color de bronce, apareció un plumaje de coloradas plumas y se dio paso luego a un ayudante del Gobernador, general Guadalupe Victoria. Era un hombre altísimo, de vistoso uniforme cubierto de oro, con colosales charreteras y con su penacho guarnecido de plumas de todos los colores del arco iris. Le ofreció a Calderón la bienvenida y las felicitaciones del general, y aquellos cumplimientos, muy a la española y gratos al oído, sean o no verdaderos .

"Calderón hizo esta mañana una visita al general Victoria. Encontró a su Excelencia en un gran salón, sin muebles ni ornatos de ninguna especie, hasta sin sillas, todo de una simplicidad más que republicana. Acaba de pagarle la visita, acompañado de su colosal ayudante .

"El general Guadalupe Victoria sería el último entre todas las gentes a quien se le podría dar tan resonante apellido, que, en realidad, no es el suyo propio, ya que es adoptivo, y tomó el de Guadalupe en honor de la famosa imagen de la Virgen de ese nombre, y el Victoria, con menos humildad, para conmemorar sus triunfos en los campos de batalla. Es un honrado y sencillo ciudadano, melancólico, cojo y de alta estatura, de limitada conversación aparentemente amable y de buen natural, pero ciertamente no cortesano ni orador; un hombre de innegable valentía, capaz de soportar padecimientos casi increíbles; humano, y que siempre ha demostrado ser sincero amante de lo que él conceptúa libertad, y que nun-

ca ha procedido por ambición o motivos interesados .

"Se dice que sus defectos eran la indolencia, la falta de resolución y la excesiva confianza en sus propios conocimientos. Es el único presidente mexicano que ha terminado, como primer magistrado, el término fijado por las leyes. Se cuenta como prueba de su simplicidad, aun cuando ello parezca demasiado absurdo para ser cierto, habiendo recibido un despacho en cuyo sello figuraba el águila de dos cabezas, hizo observar al atónito enviado que le entregó: 'Nuestro escudo es muy parecido, sólo veo que las águilas de su Majestad tienen dos cabezas. He oído decir que algunas de esta especie existen aquí, en tierra caliente, y de he mandar por una .

"El general no es casado, pero parece que se halla más que deseoso de entrar al 'Estado Unido'. Nos recomienda con mucha insistencia que no tomemos literas, pues sin ir más lejos, ya nos habremos descalabrado antes de llegar a Jalapa. Trastabillando en busca de su sombrero, que al fin le fue entregado por su ayudante, se despidió de nosotros".

Calderón de la Barca, pp. 20-22

BIBLIOGRAFIA

Bosch García, Carlos.

1961

Historia de las Relaciones entre México y los Estados Unidos. 1819-1848.

México, U.N.A.M.

1969

La base de la política exterior estadounidense.

México, U.N.A.M. Fac. de Filosofía y Letras.

Bravo Ugarte, José

1959

Historia de México. Tomo Tercero. México II. Relaciones Internacionales, Territorio, Sociedad y Cultura.

México, Editorial Jus.

Calderón de la Barca, Madame

1967

La Vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país. 2a. ed.

Trad. y prol. de Felipe Teixidor.

México, Editorial Porrúa, S.A.

Cué Canovas, Agustín.

1960

Historia Social y Económica de México (1521-1854). 2a. ed.

México, Editorial F. Trillas.

1970

Diccionario Porrúa. Historia, Biografía y Geografía de México. 3a. ed.

México, Editorial Porrúa.

García Cantú, Gastón.

1971

Las invasiones norteamericanas de México.

México, Era.

Glantz, Margo.

1964

Viajes en México. Crónicas Extranjeras.
Selección, traducción e introducción de
Margo Glantz. México. S.O.P.

Guilliam, Albert

1847

Travels in Mexico, during the years
1843-44; including a description of Ca-
lifornia, the principal cities and mi-
ning districts of that Republic, the
Oregon Territory, etc.

Aberdeen, published by George Clark
and Son. Ipswich: J. M. Burton.

Kendall, George Wilkins.

1856

Narrative of the Texas Santa Fe Expedi-
tion. Comprising a description of a
tour through Texas and across the great
southwestern praires, the comanche and
cayglla hunting grounds, with and account
of the sufferings from want of food,
looses from hostile indians and final
capture of the Texas and their march,
as prisoners, to the city of Mexico:
7a. ed. New York, Harper Brothers
Publishers, Franklin Square. II vols.

Latrobe, Charles Joseph

1836

The Rambler in Mexico: MDCCCXXXIV
London, Published by R. B. Seeley
and W. Burnside.

Mayer, Brantz.

1953

México lo que fue y lo que es. Trad.
de Francisco A. Delpiane. Prólogo y

- notas de Juan A. Ortega y Medina.
México, Buenos Aires. F.C.E.
- Moyano, Angela.
1974 "Nuevo México y los viajeros norteamericanos". Anglia. Anuario Estudios Angloamericanos 6.
México, U.N.A.M. pp. 31-39.
- Norman, B. B.
1845 Rambles by land and water or notes of travel in Cuba and Mexico; including a canoe voyage in the River Panuco and research among the ruins of Tamau-lipas etc. New York, Published by Paine Burgess.
New Orleans: B. M. Norman.
- O'Gorman, Edmundo.
1977 México; el trauma de su historia.
México, U.N.A.M.
- Ortega y Medina, Juan A.
1953 México en la conciencia anglosajona. I
México, Porrúa y Obregon. S.A.
- 1955 México en la conciencia anglosajona. II
México, Antigua Liberia Rabredo.
- 1962 "Monroismo arqueológico. Un intento de compensación de americanidad insuficiente". Ensayos, tareas y Estudios Históricos. Cuadernos de la facultad de filosofía y letras, Universidad Veracruzana. Xalapa, Ver. Universidad Veracruzana pp. 37-89.

- notas de Juan A. Ortega y Medina.
México, Buenos Aires. F.C.E.
- Moyano, Angela.
1974 "Nuevo México y los viajeros horteame-
ricanos". Anglia. Anuario Estudios
Angloamericanos 6.
México, U.N.A.M. pp. 31-39.
- Norman, B. B.
1845 Rambles by land and water or notes of
travel in Cuba and Mexico; including
a canoe voyage in the River Panuco
and research among the ruins of Tamau-
lipas etc. New York, Published by Paine
Burgess.
New Orleans: B. M. Norman.
- O'Gorman, Edmundo.
1977 México; el trauma de su historia.
México, U.N.A.M.
- Ortega y Medina, Juan A.
1953 México en la conciencia anglosajona. I
México, Porrúa y Obregon. S.A.
- 1955 México en la conciencia anglosajona. II
México, Antigua Liberia Rabredo.
- 1962 "Monroismo arqueológico. Un intento de
compensación de americanidad insufi-
ciente". Ensayos, tareas y Estudios
Históricos. Cuadernos de la facultad
de filosofía y letras, Universidad
Veracruzana. Xalapa, Ver. Universi-
dad Veracruzana pp. 37-89.

- 1972 Destino Manifiesto. Sus Razones Histó-
ricas y su Raíz Teológica.
México, Sep-Setentas.
- 1973 "Fundamentos doctrinales del Manifest
Destiny". Anglia. Anuario - Estudios
Angloamericanos 5.
México, U.N.A.M. pp. 11-51.
- Rappapert, Amin. ed.
1964 The war with Mexico; why did it happen.
Chicago, Rand mc. Nally.
- Ruxton, George.
1847 Adventures in Mexico and the Rocky
Mountains.
London, Joh Murray, Albernarle Street.
- Sudo, Takako
1973 "La novela popular norteamericana y
la guerra del 47". Anglia Anuario -
Estudios Angloamericanos 5.
México, U.N.A.M. pp. 51-71.
- Thompson, Waddy.
1846 Recollections of Mexico.
New York - London, Wiley and Putnam.
- Tirado, Luis
1973 "El expansionismo territorial estadou-
nidense y la guerra con México". Anglia.
Anuario Estudios Angloamericanos 5.
México, U.N.A.M. pp. 127-147.
- Vazquez, Josefina Z.
1973 "El Congreso de los Estados Unidos y

la guerra del 47". Anglia. Anuario -
Estudios Angloamericanos 5.
México, U.N.A.M. pp. 71-93.

1977

Mexicanos y norteamericanos ante la
guerra del 47.
México, Ateneo.

1978

"La guerra de Texas" Historia de Méxi-
co. T. 8.
México, Salvat Mexicana Editores. S.A.
pp. 1831-1847.

Vazquez Josefina Z y Mayer Lorenzo.

1982

México frente a Estados Unidos. Un en-
sayo histórico 1776-1980.
México. El Colegio de México.

Velasco, Jesús.

1978

"La guerra con los Estados Unidos" His-
toria de México. T. 8.
México, Salvat Mexicana Editores. S.A.
pp. 1865-1888.